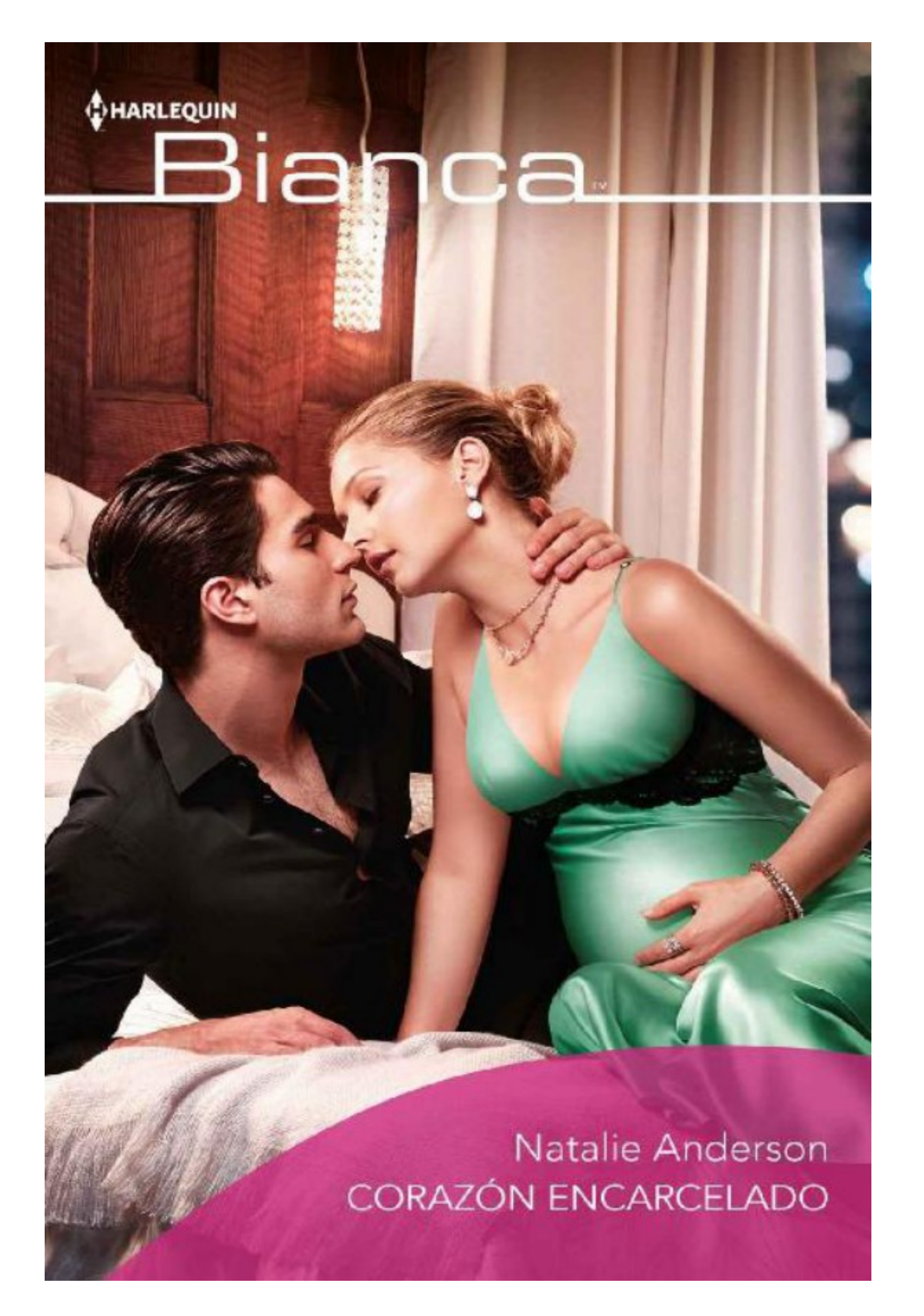

HARLEQUIN
Bianca
Natalie Anderson
CORAZÓN ENCARCELADO

Bianca™

CORAZÓN ENCARCELADO

Natalie Anderson



Capítulo 1

CÓMO que quiere que «nos libremos de ello»? –Antoinette Roberts tomó en brazos al terrier de color gris y lo abrazó–. ¿No se da cuenta de que «ello» es una criatura viva y maravillosa? –miró de reojo a Joel, su joven compañero.

–Creo que no se da cuenta, Ettie –respondió Joel con un suspiro agitado–. Entró aquí, pidió acceso al apartamento de Harold y empezó a sacar cosas.

–¿Estás de broma? –Ettie sintió una oleada de rabia.

Cavendish House, un exclusivo edificio de apartamentos en el corazón de Mayfair, Londres, ofrecía servicio de conserjería a sus inquilinos, que eran muy celosos de su intimidad. Como conserje jefe, Ettie estaba acostumbrada a hacer encargos para los exigentes clientes, desde recados diarios a las peticiones más extravagantes.

No solo organizaba entregas de paquetes y hacía reservas en restaurantes, sino que buscaba primeras ediciones de novelas famosas y convencía a chefs con estrella Michelin para cocinar en el apartamento de algún inquilino… y estaba orgullosa del servicio que proporcionaba. Hasta aquel momento no se había encontrado con ninguna petición que no fuera capaz de cumplir.

Pero trazaba la línea en la eutanasia de una mascota perfectamente sana por el mero capricho de un desconocido.

–Supongo que George le dejó entrar, ¿verdad? –gruñó.

Joel asintió.

No era de extrañar. George, el administrador del edificio, era servil con los clientes, puntilloso con las normas absurdas y sin embargo de manga ancha para lo importante. Y abusón con el personal. Ettie se pasaba la mitad del tiempo arreglando sus meteduras de pata y suavizando el rencor de los miembros del equipo cuando él los culpaba.

Era culpa suya haber llegado tan lejos con el perro. Había llegado tarde por primera vez en años porque había estado casi toda la noche en vela aconsejando a su estresada hermana Ophelia, que

tenía pavor a haber suspendido su último examen de física. Aunque Ophelia no había suspendido un examen en su vida. Era increíblemente estudiosa, y ahora estaba en un internado con una beca parcial. Ettie le pagaba el resto del coste y Ophelia deseaba desesperadamente asegurarse una plaza en la universidad. Eso significaba otra beca, y para ello había que conseguir resultados impresionantes en cada asignatura de su último año de escuela. Ophelia era increíble, pero a Ettie le preocupaba que la tensión fuera demasiado intensa. Aunque no permitiría que Ophelia renunciara a su sueño. Ettie se había sacrificado demasiado como para dejar que sucediera eso. Así que tras calmar a su hermana se había quedado despierta dando vueltas a cómo podría apoyarla mejor económicamente. Desde la muerte de su madre dos años atrás, dependía de Ettie que eso sucediera.

Estaba acostumbrada a hacer que las cosas sucedieran. Había aprendido y trabajaba para ello, haciendo listas e incorporando sistemas para no olvidarse de nada y no dejarse llevar por su instinto impulsivo y distraído. Pero aquel día se había quedado dormida, salió sin desayunar y perdió el tren.

Cuando por fin llegó a Cavendish House aquella mañana descubrió para su horror que su inquilino favorito, Harold Clarke, había sido trasladado al hospital por la noche. Murió rápidamente y sin dolor, pero su familia, una familia a la que Ettie no había visto ir a visitarle en los cinco años que llevaba trabajando allí, ya estaba saqueando el botín de sus pertenencias. Al parecer, no veían a Toby, el pequeño terrier de Harold, como un botín. Se lo habían entregado a Joel, su compañero, para que «se librara de ello».

Si Ettie hubiera estado trabajando en aquel momento, el sobrino nunca habría entrado en el apartamento y menos aún hubiera dejado aquellas instrucciones tan espantosas para Toby.

–Hay algo más, Ettie –le dijo Joel a su espalda.

No, en aquel momento no lo había.

La furia, el dolor y el shock superaban la precaución y la calma en las que se había entrenado durante años. Ettie sostuvo con fuerza al perrito contra su pecho y entró a toda prisa en el ascensor. No tenía tiempo para tonterías ni distracciones. Esa familia era monstruosa.

Cuando se abrieron las puertas, Ettie se bajó en la planta de Harold. La puerta del apartamento estaba abierta y se oían voces cortantes en el pasillo. Lo recorrió acariciando inconscientemente la piel del perrito. Un vistazo rápido a la estancia le mostró a George en la esquina más lejana, tan zalamero como siempre, al lado de

una pareja mayor. Los tres miraban a un hombre alto que le estaba dando la espalda a Ettie, pero teniendo en cuenta los rostros taciturnos de los demás y el ambiente helado, estaba claro que era quien mandaba. Su inmaculada apariencia y el pelo bien peinado la molestaron todavía más. Estaba claro que tenía dinero a juzgar por el impecable traje hecho a medida que le enfatizaba la altura y la fuerza. Una sola mirada le bastó para saber que tenía buen cuerpo, estaba sano y era rico. Entonces, ¿por qué tenía que revolver con tanta codicia las cosas de Harold? ¿Por qué tanta crueldad?

–No debería estar usted aquí –Ettie no vaciló al entrar en la habitación.

¿Cómo era posible que aquel hombre no hubiera visitado a Harold en todo aquel tiempo y sin embargo apareciera en cuanto supo que podía haber alguna pertenencia de valor que reclamar?

–No puede entrar aquí, empezar a saquear las cosas de Harold y condenar a su perro a una muerte instantánea –se detuvo para tomar aire–. ¿Quiere que nos «libremos» de Toby?

Le tembló la voz pero se mantuvo firme en el sitio sin permitir que el temblor de las rodillas se le extendiera por el resto del cuerpo.

Porque el hombre se había dado la vuelta y Ettie se quedó sin aliento. Era mucho más alto y joven de lo que esperaba. No tendría más de treinta años. Pero era su rostro lo que la había detenido… tenía la cara más bella que había visto en su vida. Pómulos altos, la nariz recta, labios carnosos, un hoyuelo en la barbilla y una mandíbula cuadrada y masculina. Y como colofón, unos ojos marrón profundo de una intensidad insoportable. Los ojos marrones normalmente transmitían algo de calor, pero no los suyos. Ettie nunca había visto tanta belleza ni tanta frialdad. Resultaba absolutamente intimidante.

Pero estaba claro que no estaba acostumbrado a que lo dejaran sin palabras. Bien. Ya era hora de que alguien desafiara sus horribles instrucciones. Ettie aspiró con fuerza el aire y se recuperó lo suficiente para continuar con su ataque.

–Toby es el perrito más dulce del mundo, aunque usted no lo puede saber porque no los ha visitado, ni a él ni a Harold, en todo este tiempo –le tembló la voz al pensar en aquel amable anciano que estaba tan solo–. Y ahora apenas han pasado cinco minutos de… ¿y quiere terminar con Toby? ¿Qué clase de ser humano es usted?

George se aclaró la garganta.

–Ettie…

–No va a salirse con la suya –continuó ella apasionadamente–. No se lo permitiré.

Fue consciente de que Joel había llegado y que estaba a su lado sin aliento. La pareja mayor miraba al desconocido alto en silencio.

La mirada gélida del hombre se posó sobre ella, clavándola en el sitio con fuerza casi visceral.

–¿Tú quién eres?

Ettie se negó a dejarse intimidar.

–Creo que esa pregunta debería hacerla yo. Usted está allanando una propiedad privada.

–Creo que no –respondió el hombre con voz calmada. Tenía un ligero acento extranjero.

George estaba haciendo una especie de baile detrás del arrogante desconocido. Pero Ettie no le prestó ninguna atención, estaba demasiado enfadada. Cansada, dolida y triste, no pudo contener el desprecio.

–No ha puesto usted un pie aquí ni una sola vez hasta ahora.

–No –afirmó él.

–Es usted despreciable –le dijo Ettie.

–¿Despreciable? –el hombre miró hacia atrás y pilló a George haciendo un gesto de mímica como si se estrangulara. Se giró para mirarla a ella otra vez–. Creo que tu compañero está intentando decirte que has cometido un error.

Los labios del hombre dibujaron una especie de mueca, como si el momento le pareciera divertido.

Ettie frunció el ceño sin entender.

–No soy el sobrino del señor Clarke –le informó el hombre con fría precisión–. De hecho, no tengo ninguna relación con él.

Ettie parpadeó, pero se negaba a dejarse intimidar.

–Entonces, ¿qué hace usted aquí? –le espetó.

¿Por qué todo el mundo lo miraba como si fuera alguien muy importante? ¿Por qué se iba poniendo George cada vez más verde?

–Has cometido un error –el hombre deslizó la mirada por su uniforme en una rápida inspección que resultaba casi insultante–. Y, sin embargo, creo que eres la conserje de la que tanto he oído hablar. La ayudante perfecta de Cavendish House.

Ettie sintió que un agujero gigante se abría ante ella, pero ya había dado el paso fatal. Ya era demasiado tarde para detenerse.

–Me llamo Leon Kariakis. Y soy el dueño de este edificio desde ayer por la tarde.

¿Leon Kariakis? ¿Ese Leon Kariakis? ¿El Leon Kariakis serio, multimillonario y enemigo de la notoriedad?

Ettie se lo quedó mirando con la boca abierta. Definitivamente, había caído al pozo. Lo único que pudo hacer fue comentar estúpidamente:

–Es usted el dueño de… y no es…

–No soy familiar. Este hombre es el sobrino del señor Clarke y ya he hablado con él y con su esposa sobre las pertenencias del señor Clarke. Nada va a salir de este edificio hasta que el albacea del testamento haya hecho inventario de todo.

El otro hombre empezó a farfullar, pero Leon Kariakis se giró hacia él y lo acalló con una mirada fulminante.

–¿Es cierto que ha dado instrucciones al personal para que se deshagan del perro?

–No era mi intención el…

–Está claro cuál era su intención –lo atajó Leon–. Salgan de aquí inmediatamente.

–No puede echarnos.

–Enseguida comprobarán que sí puedo –respondió Leon con tono bajo. La atmósfera se hizo todavía más fría.

La amenaza quedaba clara a pesar de que no se movió ni un centímetro. Si Leon Kariakis quería sacar a aquel hombre del apartamento lo haría con total facilidad.

A Ettie le latió el corazón a toda prisa. ¿Desde cuándo estaba Cavendish House en el mercado? ¿Y por qué lo había comprado Leon Kariakis? Incluso ella había oído hablar del imperio hotelero Kariakis. Los padres de Leon poseían un gran número de hoteles de cinco estrellas en el continente, pero su único hijo había entrado en el mundo de las finanzas y había conseguido todavía más cantidades de dinero en un sorprendentemente corto espacio de tiempo. Al parecer, comprar edificios de apartamentos exclusivos era su nueva afición. Y ella acababa de insultarle, de acusarle de crueldad animal y de codicia.

–Esto no ha terminado, Kariakis –farfulló el sobrino–. Tendrá noticias de nuestros abogados.

–Lo estoy deseando –respondió Leon con sequedad–. Seguro que es mucho más agradable tratar con ellos que con usted.

Ettie se mordió el labio inferior cuando el sobrino y su mujer salieron del apartamento de Harold. No la miraron ni a ella ni al perrito que tenía en brazos, pero ninguno de los dos estaba todavía fuera de peligro. Al poderoso y malencarado Leon Kariakis no le habría hecho ninguna gracia que le gritara en público de aquella manera.

–Todos los demás, salgan también, por favor –atravesó a Ettie

con una mirada helada–. Menos tú.

Vale, acababa de perder el trabajo.

Se giró para enfrentarse a su destino, desconcertada al ver que Leon Kariakis seguía mirándola y no sonreía. Sintió una oleada de indignación y alzó la barbilla. Solo había hecho su trabajo, proteger a la mascota de su cliente, y no iba a disculparse por ello. El silencio resonó en el apartamento. Ni siquiera Toby se movió entre sus brazos, pero ella siguió acariciándole de todas formas.

–Eres Antoinette Roberts –afirmó él–. La supereficaz conserje de Cavendish. He oído hablar mucho de ti, y sin embargo…

¿Le había decepcionado?

Pues mala suerte. A pesar de que estaba a punto de perder su trabajo, Ettie sintió una punzada de orgullo por que le hubieran hablado de ella.

–Tengo un equipo muy bueno –afirmó.

Leon seguía mirándola fijamente, pero sus ojos no mostraban ninguna calidez.

Seguramente debería disculparse por haberlo confundido con uno de los perversos parientes de Harold, pero de pronto no fue capaz de articular palabra. Sintió un escalofrío en la espina dorsal y la tensión interior se transformó en otra cosa. Aquello era una locura. Ettie Roberts no sentía desenfreno por nadie. Era demasiado sensible.

Pero Leon Kariakis era inusualmente guapo y la estaba mirando de un modo insoportablemente intenso. Aquello mezclado con que no era un tirano cruel que quería asesinar a un animal inocente era lo que lo hacía más atractivo en aquel momento, ¿verdad? No era real. Ella nunca podría interesarse por alguien como Leon Kariakis, ni él por ella.

Sintió de pronto la necesidad de ponerse a la defensiva.

–Si va a despedirme, acabemos de una vez.

Hubo otro momento de profundo silencio. Ettie sentía una espantosa mezcla de vergüenza, nervios y resentimiento. Odiaba lo calmado y controlado que estaba él. Aunque ella le había gritado no había perdido en ningún momento la compostura.

–¿No te gusta la incertidumbre? –él la miró fijamente.

–No me gusta que me hagan esperar.

Leon alzó las cejas.

–Me estoy tomando mi tiempo para pensar.

–¿Normalmente tarda tanto? –no pretendía ser maleducada, pero estaba sorprendida. Era un hombre de mucho éxito y seguro que no tardaba tanto en tomar decisiones triviales respecto al

personal de nivel bajo.

–Me he dado cuenta de que dedicar tiempo a un problema en lugar de hacer un juicio rápido hace que duerma mejor –sonrió con sarcasmo.

Ettie había dado por hecho que era el sobrino de Harold y aquello era un claro reproche. Leon se la quedó mirando un largo instante y luego deslizó la vista hacia la criatura que tenía en brazos.

–El perro es viejo –le espetó.

–¿Y por eso hay que matarlo? –respondió Ettie sintiendo cómo se le encendía la llama de nuevo.

–Echará de menos a su dueño –respondió Leon con sorprendente dulzura–. Tendrá miedo.

Su tono compasivo hizo que Ettie se sintiera extrañamente más incómoda.

–Entonces encontraremos a alguien que pueda estar con él todo el rato para que tenga la compañía que necesita mientras pasa el duelo. No puede ir a un refugio –añadió ella.

Leon le acarició la cabeza al perro con suavidad. Ettie se quedó paralizada, asombrada por la ilícita punzada de deseo que sintió ante su cercanía.

–¿Tú te lo quedarías? –preguntó él. Los ojos le brillaban con curiosidad.

–Sí –aseguró Ettie sin vacilar–. Pero trabajo muchas horas y estaría solo. Y además en mi edificio no permiten mascotas.

–En estos apartamentos tampoco –murmuró Leon–. ¿No es una norma que implantó el antiguo dueño?

–Ningún inquilino se ha quejado nunca de Toby. Es maravilloso y estaba aquí antes de que impusieran esa absurda norma –Ettie miró al perro con gesto protector.

No le gustaba aquel dueño que había querido cobrar más a los inquilinos, pagar menos al personal y ofrecer menos servicios. Y además había contratado al espantoso George para implantar el «nuevo estilo».

–Habéis mantenido a Toby en secreto para el señor Clarke, ¿verdad?

Todos lo habían hecho. Pero Ettie levantó la barbilla, no iba a excusarse ni a arrastrar consigo a sus amigos.

–¿Va a despedirme por esto?

Leon se mantuvo impasible, pero ella percibió que lo estaba sopesando.

–Eso depende. ¿Qué otras reglas has roto?

–Solo las estúpidas.

Él se la quedó mirando, esperando a que se extendiera en la respuesta, pero Ettie se negó a hacerlo. No iba a llenar desesperadamente aquel incómodo silencio que Leon estaba dejando deliberadamente. Y tampoco iba a permitir que su impresionante aspecto siguiera teniendo un efecto hipnotizador en su cerebro. Ella estaba allí por Toby, que era lo último que podía hacer por Harold Clarke.

–Necesita un ambiente familiar –aseguró–. Teniendo en cuenta que no molesta a nadie debería permitir que Toby se quedara en Cavendish House, ¿no le parece? –preguntó con un tono excesivamente desafiante–. Se lo debemos a Harold.

–¿Se lo debemos?

–Sí –Ettie alzó la barbilla y lo miró a los ojos–. ¿Por qué no se lo queda usted? –lo desafió directamente.

Hubo otro momento de absoluto silencio en el que a Leon le brillaron los ojos.

–No veo por qué no –murmuró–. Toby se vendrá a mi ático. Y tú lo sacarás a tomar el aire.

Ettie se quedó boquiabierta.

–¿Quiere que Toby duerma en su apartamento?

–Es un arreglo temporal –aseguró Leon–. Y con la condición de que tú lo saques a pasear y le des de comer. Yo solo le ofrezco el espacio.

¿Qué diablos le había llevado a hacer aquella absurda sugerencia? Leon Kariakis apretó los dientes. No quería tener nada que ver con el perro, era una criatura anciana, artrítica y seguramente incontinente. Pero tenía los ojos más tristes que Leon había visto en su vida y no pudo resistirse a acariciarle con dulzura. Cuando retiró la mano rozó inadvertidamente el brazo de Antoinette con los dedos. Alzó la vista para mirarla, y se encontró con unos luminosos ojos verdemar.

¿Por qué parecía tan enfadada ahora?

Era él quien debería estar furioso. Y la verdad era que le molestaba que hubiera dado por hecho que era el malnacido egoísta que había dado la orden de destruir a aquella criatura inocente. Quería hacerle pagar de alguna manera por la conclusión a la que había llegado tan precipitadamente y de forma tan injusta.

No «de alguna manera».

Su cuerpo sabía perfectamente cómo quería que pagara. Quería

que siguiera mirándole con aquellos ojos verdes y excesivamente emocionales, pero no con rabia ni enjuiciándole. Quería ver en ellos ansia y disposición. «Deseo».

Un instinto básico se apoderó de él. Porque sabía que estaba también dentro de ella. Antoinette le observó atentamente cuando se dio cuenta de su error y había respondido al mismo nivel básico que él: la chispa de inquietud en la mirada y el sonrojo de su rostro la habían delatado.

Quería tenerla debajo de él. Aquella respuesta primaria lo pilló por sorpresa. La deseaba del modo más animal y básico.

Era el pensamiento más poco apropiado de toda su vida. Desearla así no estaba bien. Se iba a quedar en el edificio solo durante una semana para conocer de primera mano el proceso de funcionamiento antes de decidir qué cambios había que hacer. Lo último que debería estar haciendo era coquetear con un miembro del personal que estaba literalmente en la línea de despido. Y, además, Leon nunca perdía el control. Aquella era una situación que requería una conclusión rápida. Pero no pudo resistir implicarse directamente.

–Tendrás que traer al perro y todas sus cosas –Leon consultó el reloj y luego volvió a mirarla.

–Sí, por supuesto –ella alzó la barbilla.

El gesto no sirvió para hacerla más alta. Seguía siendo más baja que la media y estrecha de hombros. Tenía el rubio cabello recogido en una coleta suelta y sus grandes ojos verdes reflejaban sus sentimientos con una claridad poco habitual.

No era la autómata que se había imaginado cuando le hablaron de ella. Apenas llevaba maquillaje, tal vez un poco de brillo en los labios. Pero tenía la piel suave y brillante. El uniforme de pantalones negros y camiseta con monograma no revelaba mucho de su figura, pero sí parecía delgada y esbelta. La impresión general era de feminidad fresca y sutil.

Pero no era su tipo. Le había hablado de un modo en el que nadie más osaba hacerlo, sin la menor vacilación a la hora de decirle lo que realmente pensaba. No solo no escondía el corazón en la manga, sino que lo había ondeado como una bandera frente a él.

Aquello era toda una novedad. En su vida no solo no se le había animado a comunicar emociones, sino que incluso se castigaba. Como sus padres le habían inculcado duramente, cualquier tipo de exhibición emocional era una pérdida de autocontrol y una debilidad.

Pero no quería que Antoinette empezara a medir ahora sus

palabras. Le gustaba saber con certeza lo que estaba sintiendo exactamente. Y lo que le fascinaba era su fiero espíritu protector. Como una leona protegiendo a su único cachorro, había mantenido la posición sin ceder ni un ápice por muy alto que fuera el coste personal. Estaba firmemente convencida de que Leon la iba a despedir, pero él sabía que la gente cometía errores. Le daría una oportunidad para redimirse.

–Sé puntual. Siempre. No me gusta que me molesten –dijo con sequedad.

–Soy capaz de ser discreta –respondió ella desafiante.

Leon se la quedó mirando. Como si fuera capaz de entrar en su apartamento sin ser vista, ni oída.

Sintió una punzada de diversión al ver cómo ella se quedaba paralizada ante su silencio. Supo el momento exacto en el que reprodujo las palabras que acababa de decir y se percató de su significado alternativo. El mismo escenario íntimo que él se estaba imaginando. Un sonrojo le cubrió la piel: las mejillas, el cuello, incluso el pequeño asomo de piel que se veía con el cuello en pico. Y luego volvió a ver la rebelión de su mirada… junto a su poco sutil intento de reprimirla.

Leon no quería que reprimiera nada.

Las ganas de tener cerca a aquel pequeño tornado y besarla en un frenesí de deseo se apoderaron de él. Luchó contra las ganas de provocarla para que se llevara todo lo que quisiera de él. Sabía que podía. Lo había visto en sus ojos. Las mujeres lo encontraban atractivo y el sexo era un relajante divertido. Pero apostaba a que el sexo con aquella joven no solo sería divertido, sino asombroso. Si la incandescencia de su furia era un indicador, en la cama sería una fuerza de la naturaleza.

Sexo del mejor. Del irresistible.

Sabía que ella sentía las chispas. Por eso se había sonrojado con su elección de palabras. Por eso había temblado antes cuando la rozó sin querer. Por eso lo miraba ahora con un gesto inconfundiblemente rebelde. Porque ella tampoco quería aquella química. Y ese irritante rechazo era justo la razón por la que él no podía resistirse a cometer lo que sabía que sería un error garrafal.

–Te quiero en mi apartamento dentro de una hora.

Capítulo 2

POR QUÉ no me lo dijiste? –se quejó Ettie a Joel en cuanto estuvo a salvo en el pequeño despacho de conserjería con Toby todavía en brazos.

–No tuve oportunidad…

Claro que no. Ettie lo interrumpió y sacudió la cabeza, lamentando lo injusto de la pregunta.

–Lo siento. Ya sé que no.

–¿No te parece que es como de otro mundo? –Jess, una de las doncellas, se apoyó en el escritorio de Ettie–. Chloe vio a una modelo saliendo anoche de su ático. Despeinada –alzó las cejas–. La primera noche aquí y ya está…

–Nada de cotilleos –atajó Ettie a la doncella, aunque lo suavizó con una sonrisa.

La noticia no le sorprendía. Por supuesto que se acostaba con modelos. Él mismo era un modelo de belleza. No tendría ningún problema en llevarse a la cama a cualquier mujer que quisiera. Era tan guapo que casi producía dolor mirarlo.

Jess se rio sin echar cuenta a la reprimenda de Ettie.

–Bueno, creo que es guapísimo. Yo me lo haría con él.

–Es un ogro desagradable –murmuró Joel–. Un estúpido arrogante que se cree especial. Fue muy áspero contigo, Ettie. Y en cuanto a George…

Sí, no era de extrañar que al jefe se lo hubiera tragado la tierra. Se había escondido hasta que las cosas se calmaran. Pero Ettie sonrió al escuchar el tono protector de Joel.

–Será todavía más áspero si no llevo esas cosas a su apartamento en menos de una hora.

–¿Necesitas ayuda?

Ella sacudió la cabeza.

–Ya tenemos bastante lío aquí. Vosotros ocuparos de esto y yo lidio con el ogro.

Tenía que entrar en su apartamento. Varias veces. Y el corazón

le latió estúpidamente al pensarlo. La serie de pensamientos inapropiados que se le pasaron por la cabeza fue de lo más amplia. ¿Cuando entrara al día siguiente por la mañana temprano estaría despierto o dormido? Seguro que no llevaba pijama… ¿y si estaba con otra modelo? Uf.

Tenía que contenerse y actuar como una profesional.

Solo le quedaban quince minutos para que terminara la hora que él le había dado, y no iba a llegar dos veces tarde el mismo día. Con el perro en un brazo y empujando un carrito con todas sus cosas en el otro, Ettie tomó el ascensor. Llamó, pero no hubo respuesta, así que introdujo el código de seguridad.

–¿Hola? ¿Señor Kariakis? –entró en el apartamento, pero la sala estaba en silencio.

¿Se suponía que debía dejar a Toby allí solo o esperarlo? Contuvo un suspiro de frustración, dejó al perro en el suelo y se giró para sacar toda la parafernalia del carro. Cuando tenía los brazos ocupados se dio cuenta de que Toby se dirigía a un dormitorio. Lo llamó y fue a buscarlo, y en el peor momento posible la goma de pelo que le sujetaba el cabello se rompió, soltándole la melena. Dejó las cosas del perro en medio de la sala y buscó algo que pudiera utilizar. Vio un bolígrafo en la mesa más cercana, lo agarró y se hizo un moño informal en lo alto de la cabeza que sujetó con el bolígrafo.

–Señorita Roberts.

Ettie se giró para mirarlo cuando Leon salió del dormitorio. Normalmente aquel era el momento en el que le decía su nombre de pila al nuevo inquilino, pero algo le impidió hacerlo con Leon Kariakis. Tal vez debido a la mueca de desaprobación de su rostro.

Seguía teniendo un aspecto impecable con aquel traje gris. Al parecer, no se relajaba ni siquiera en su propio espacio.

–Llegas tarde –dijo.

–De hecho, no –Ettie alzó el reloj y luego avanzó por la sala intentando no derrumbarse.

Distante y controlado, Leon la miró avanzar hasta que ella dejó la cesta de Toby en una esquina de la sala con impresionantes vistas a la ciudad desde los enormes ventanales.

–¿Lo que tienes en la cabeza es mi bolígrafo?

Ettie se quedó paralizada. ¿Cómo podía tener una voz tan glacial?

–Lo siento, se me rompió la goma del pelo –le miró y vio el asombro en sus ojos–. ¿Es un bolígrafo especial?

–Puede escribir boca abajo.

¿Estaba de broma? Ettie no pudo evitar sonreír al verlo tan serio.

–¿Toma notas haciendo el pino?

–Es mi bolígrafo –Leon ignoró la broma–. Me lo has robado.

–Lo he tomado prestado –Ettie suspiró–. ¿Quiere que se lo devuelva?

–Si no te importa.

¿De verdad era tan estirado por un bolígrafo?

Cuando se lo quitó el pelo le cayó en una caótica cascada. Fue consciente de la mirada de Leon sobre su melena y luego volvió a mirarla a los ojos. De pronto sintió mucho calor.

Le ofreció el bolígrafo. Leon lo tomó sin decir nada y se lo puso en el bolsillo de la chaqueta. Sobre el corazón.

Ettie se dio la vuelta rápidamente y deseó que él lo dejara estar. Pero Leon se quedó mirando la caída de su cabello y todos los movimientos que hacía mientras colocaba la manta de Toby y sus cacharros de comida. Toby se dirigió directamente a su cesta y se curvó como una bolita.

Leon se apoyó contra el muro sin dejar de mirarla intensamente mientras le daba un par de palmaditas tranquilizadoras al perro.

–¿Hay algo que no puedas hacer? –le preguntó él.

Muy a su pesar, Ettie fue incapaz de resistirse a mirarle. No tenía muy claro si estaba siendo sarcástico o no, pero decidió tratarle como hacía con el resto de los clientes difíciles: con respeto y distancia.

–Hay muchas cosas que no puedo hacer –murmuró. Controlar su pelo, por ejemplo.

–Has pensado en todo.

Ettie estiró la espalda.

–Mi trabajo es pensar en todo.

–Y eres muy buena en tu trabajo –dijo él arrastrando las palabras.

Ella lo miró directamente a los ojos.

–Sí, lo soy.

Aquella era la razón por la que no iba a despedirla por el error anterior. Y por eso iba a mantener ahora una distancia profesional con él.

Ophelia necesitaba que no perdiera su trabajo. Más le valía recordarlo. Ignoró el silencioso y magnético tirón.

–Supongo que Seguridad te ha dado tu propio código de acceso, así que no importa si estoy aquí o no.

Su tono susurrado contribuyó a crear una sensación de

intimidad. Ettie asintió, momentáneamente fascinada por el descubrimiento de que sus ojos no eran completamente invernales, había como un amago de luces ámbar en ellos. Cálidas.

–Esto es una solución a corto plazo, hasta que podamos encontrarle un hogar más adecuado –le recordó él.

–Sí, por supuesto.

Leon se agachó para acariciar al animal, y Ettie no pudo evitar sentir una oleada de intenso placer al ver a aquel hombre tan poderoso agachado a sus pies.

–Los dejaré a los dos para que se vayan conociendo mejor. Gracias por ocuparse de él –susurró.

Algo brilló en los ojos de Leon.

–Al contrario de lo que has pensado antes, no soy un monstruo.

No, no lo era. Lo que sí parecía era una persona extremadamente seria. No le había visto sonreír ni una vez.

–Lamento ese error –se disculpó finalmente Ettie sonrojándose un poco. Se apartó un mechón de pelo rebelde de la cara.

Leon la observó con la misma impasibilidad de siempre.

–Gracias.

Pero Ettie no se sentía perdonada, se sentía en carne viva.

No supo si fue él quien dio un paso adelante o si ella se tambaleó, pero de pronto no parecía haber espacio entre ellos. Se quedó sin aliento. Estaba demasiado cerca. Pero también estaba absolutamente quieto, de una forma inhumana, con una intensidad tan profunda en la mirada que Ettie se sintió alcanzada por un rayo.

Transcurrió otro largo instante antes de que su cerebro entrara en acción. Dios, seguramente Leon pensaba que estaba esperando a que hiciera algún movimiento. Debía de estar acostumbrado a que las mujeres se le tiraran encima. Como la modelo del ascensor. Ettie hizo un esfuerzo por recuperar la cordura y la dignidad.

–Será mejor que baje –graznó antes de salir a toda prisa de allí.

Leon estaba a punto de perder el poco control que le quedaba. Se había pasado el día decidido a olvidarse de Antoinette Roberts. Y por primera vez desde hacía mucho tiempo, había pasado el día fracasando.

No paraba de aparecer en sus pensamientos, fresca y bella con su cabello ondulado brillando cada vez que giraba la cabeza. Nunca tendría que haberle pedido que le devolviera el bolígrafo, porque ahora le perseguía la fantasía de tener aquella gloriosa melena expandida por la almohada, y su cuerpo arqueado…

Leon salió de Cavendish House con el cuerpo en tensión. Era tarde por la noche, pero no se molestó en cenar. Decidió pasear hasta agotarse. Toby se había dormido rápidamente en la cesta y era demasiado mayor para seguirle el ritmo. Sabía que Antoinette había regresado antes para pasearlo y darle de comer. Leon se había mantenido alejado adrede, pero su aroma había quedado impregnado en las habitaciones, llevando de regreso a su cerebro en la dirección que llevaba todo el día evitando.

¿Desde cuándo había perdido el control de su propio pulso? El frío control era lo único que siempre mantenía. Antoinette Roberts lo ponía en peligro con una única mirada. Tal vez llevaba mucho tiempo sin tener una amante. Debería haber aceptado la oferta de la noche anterior.

Torció el gesto mientras enfilaba por el camino. Las tiendas estaban abiertas aunque era tarde y había gente pululando por ahí. Miró sin ver hacia los escaparates, y en uno de ellos le pareció ver la brillante melena de una mujer menuda que le estaba dando la espalda.

Genial. Ahora la veía por todas partes.

Pero entonces escuchó también su voz preguntándole a un cliente si necesitaba ayuda. Leon se quedó mirando la tienda y escuchó a través de la puerta abierta. O Antoinette Roberts tenía una doble o había acudido directamente allí tras su turno en Cavendish y ahora estaba ayudando a una mujer a elegir unas tarjetas de felicitación.

Leon entró en el establecimiento y se fijó en los artículos de papelería de alta gama que abarrotaban la tienda. Unos minutos más tarde, la clienta pasó por delante de él con un paquete bien envuelto y una sonrisa satisfecha en la cara.

Leon se acercó a la mujer que estaba detrás del mostrador.

–¿Señorita Roberts?

Se trataba sin duda de ella. Y no podía dejar de mirarla. Ya no llevaba el práctico uniforme de conserje y en su lugar se había puesto un vestido negro y corto. Por fin podía verle las piernas, y tal y como sospechaba, eran preciosas y bien torneadas. Sabía que, si era capaz de hacer que aquellos pantalones negros resultaran sexys, tenía que ser dinamita con un vestido. Llevaba la gloriosa melena libre de la coleta y ahora le caía en brillantes y salvajes ondas por la espalda.

–Oh –la joven se sonrojó ligeramente y se humedeció los labios–. ¿Señor Kariakis? –luego entornó los ojos.–. ¿Ha dejado a Toby solo?

El reproche de su mirada hizo que se sintiera culpable, aunque

no debería.

–Como sabes, ha cenado bien y ahora está dormido. No me echa de menos.

La tensión interna que había intentado sofocar volvió a él. Tenía que salir de aquel apartamento sin alma, olvidar el fantasma de Antoinette allí de pie, retándole con aquella mirada seductora mientras le devolvía el estúpido bolígrafo. Y ahora estaba otra vez atrapado en aquella red de deseo.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó irritado.

–¿A usted qué le parece? –respondió ella con la misma frialdad.

Leon sintió una punzada de tensión ante aquella sobrecarga de trabajo.

–Ya has trabajado todo el día.

Antoinette se puso tensa.

–Mucha gente tiene más de un trabajo. Seguro que usted también trabaja muchas horas.

Pero había una sombra de cansancio en sus ojos.

–Estás cansada –Leon se negaba a creer que quisiera trabajar catorce horas al día o más.

–Oh, no –respondió ella con tono ligero–. De hecho, cuando termine aquí me voy de fiesta.

–¿En serio? –Leon se lo tomó como un desafío–. Genial. Llévame contigo. Soy nuevo en la ciudad y no conozco los sitios de moda.

Una expresión de desconcierto cruzó su rostro y Leon se rio por dentro. No podían seguir mintiéndose a sí mismos. Su oferta de cuidar del perro estaba basada en una motivación egoísta: ver más a Antoinette. Quería verla en su cama. A ser posible aquella misma noche. Lo suyo había sido deseo a primera vista. Un deseo que se acentuaba cuanto más tiempo pasaba a su lado. Tal vez si lo saciaba desaparecería tal y como había llegado.

¿Y su reacción hacia él? Podría tentarla.

–Yo… –Antoinette consultó su reloj y un sonrojo volvió a cubrir aquellos pómulos delicados.

Faltaban cinco minutos para el cierre y Leon no tenía pensado irse.

–¿Te gusta trabajar aquí?

Inició una conversación para calmar la vergüenza de Antoinette. A pesar de aquellos destellos de osadía, también daba muestras de timidez. Y la combinación le resultaba increíblemente fascinante.

–No está mal –asintió ella.

Leon se puso tenso.

–¿Mejor que Cavendish?

¿Estaba pensando en dejar el trabajo de conserje? En cierto sentido sería bueno… les libraría de cualquier lío teniendo en cuenta sus posiciones allí.

–Es más tranquilo que Cavendish, pero no se establecen las mismas relaciones con los clientes que allí –miró hacia el mostrador–. Me gustan los productos que tienen.

–¿Por eso trabajas aquí, porque te gustan los artículos de papelería?

Ella se rio suavemente.

–No, si solo me gustara el producto me lo compraría.

–Así que es el dinero –Leon frunció el ceño, no le gustaba la idea de que se viera obligada a tener dos trabajos–. No te pagamos lo suficiente.

Una expresión recelosa le cruzó la cara a Ettie.

–Está bien. Es que tengo compromisos. Como todos, supongo.

Leon no debería seguir preguntando, pero no pudo evitar mirarla fijamente y esperar a ver si decía algo más. Sus ojos claros tenían algunas sombras.

–Estoy ahorrando –murmuró Antoinette.

Sintió más curiosidad, y aquello no era normal en él. Pero no era asunto suyo. No tenía derecho a seguir presionándola.

–Bien por ti.

Ella asintió algo incómoda.

–¿Querías algo en particular?

Leon contuvo la brusca respuesta de lo que realmente quería y respiró hondo antes de hablar.

–Quería ver si realmente eras tú.

–Bueno, pues sí soy yo –una sonrisa traviesa le asomó a los labios–. Con otro uniforme, aunque también negro. Parece que siempre estoy preparada para ir a un funeral –bromeó–. Pero es discreto.

–Nunca te calificaría como discreta –murmuró Leon.

Había entrado en su vida como una llamarada de pasión y furia.

Ella lo miró a los ojos, preguntándose en silencio sobre cómo acababa de describirla. Una sensibilización no hablada surgió entre ellos.

–Debería volver al trabajo –murmuró Antoinette sonrojándose–. Es casi la hora de cerrar.

Estaba otra vez ansiosa. Leon se sentía fascinado por su baile inconsciente, avanzaba un poco más con aquellos desafíos y luego se retiraba con timidez. Miró a su alrededor en la tienda, complacido al descubrir que no había ya más clientes.

–Enséñame tu mejor producto.

–¿De verdad? –preguntó ella con escepticismo.

A Leon le hizo gracia la expresión de su cara y se acercó más.

–¿Por qué no? ¿Crees que no puedo pagarlo?

Ella volvió a mirarle.

–Bueno, sé que no necesitas un nuevo bolígrafo –sacó un artículo del mostrador y le dedicó una sonrisa de dependienta–. Pero tenemos una exquisita variedad de diarios.

–Exquisita –repitió Leon con ironía.

–Sí, aunque te parezca increíble –afirmó ella negándose a reconocer el sarcasmo.

–¿Qué les pasa a las chicas con los diarios? –Leon pasó el dedo por la suave portada de cuero de uno de ellos–. ¿Sueltas todo lo que tienes en el alma cada noche en uno de estos?

–¿Y qué si lo hago? –Antoinette alzó la barbilla con aquel irresistible gesto suyo de desafío.

–¿Sería una lectura fascinante? –sentía una extraña curiosidad. Por primera vez estaba intrigado por conocer los pensamientos de una mujer, todos sus deseos, hasta el último secreto.

–Por desgracia, no. En el mío solo hay listas –ella agarró un diario y lo abrió para mostrárselo–. ¿Ves?

–¿Este es el tuyo? –a Leon se le aceleró un poco el pulso.

–Escribo en él en momentos de tranquilidad –dijo ella–. Tengo permiso de mi jefa… está bien ver nuestros productos en uso.

Le divertía que se pusiera a la defensiva. ¿Se sentía tan inquieta a su lado como él con ella? Leon se echó un poco más hacia delante para leer la lista escrita.

–Se me olvidan cosas –añadió Antoinette nerviosa–. Soy desorganizada por naturaleza, así que las listas son lo único que me funciona.

Trató de retirar el diario, pero Leon le puso la mano encima para dejarlo allí. Sus dedos la rozaron por segunda vez aquel día. Piel contra piel. Ella se quedó muy quieta, igual que Leon.

Una milésima de segundo más tarde, Antoinette retiró la mano. Pero él supo que había sentido la corriente de electricidad que fluía entre ellos.

Leon fue pasando las páginas del diario y se negó a sentir ningún remordimiento… era ella la que se lo había ofrecido para que lo viera. Pero para su decepción no mostraba sus más profundos anhelos, solo asuntos organizativos, tal y como le había dicho.

–¿Todo en tu vida está establecido en una lista? –había recordatorios, listas de la compra, tareas postergadas, pros y contras

de otras cosas…–. Hay muchas listas –pasó más páginas con la esperanza de que hubiera algo más personal en ellas–. Y un arcoíris de colores.

–No hace falta que sea aburrido, ¿verdad? Pero no soy ninguna artista, así que elijo un color distinto para cada una. Pero no hay nada personal.

–Así que no te arriesgas a escribir nada personal ni incriminatorio, ¿verdad? –Leon suspiró con fuerza.

–Tal vez no tenga ningún secreto –murmuró ella.

–Todo el mundo tiene secretos –«y deseos».

Antoinette se lo quedó mirando.

–Y apuesto a que no vas a irte de bares –añadió él.

La sonrisa que esbozó ella esa vez era más avergonzada que traviesa y sacudió la cabeza.

–¿Has cenado? –a Leon no le dio tiempo para responder–. No creo que hayas tenido tiempo si has venido directamente de tu turno en Cavendish. Debes de tener hambre.

Vio cómo vacilaba y volvió a hablar antes de que ella pudiera negarse.

–Cena conmigo.

–No, gracias –respondió ella al instante.

–¿Tan horrible soy? –le espetó Leon sin miedo a desafiarla directamente. Sabía lo que quería. Sabía lo que ella quería también.

Antoinette lo miró asombrada.

–No, yo…

–Bueno, no me rechaces tan bruscamente. Solo es una cena.

«¿Tan bruscamente?» Ettie entornó la mirada. Le estaba tomando el pelo, ¿verdad? Detrás de aquella fachada había algo de sentido del humor.

–No es una buena idea. Eres mi jefe.

–No es una cita, solo es una cena. Si te hace sentir mejor puedes contarme cómo es tu vida en la mesa del conserje. Necesito saber cómo funcionan las cosas. No habrá repercusiones por la completa sinceridad –Leon hizo una pausa–. Además, en realidad no soy tu jefe. Soy el dueño del edificio en el que trabajas, pero es otra empresa la que emplea al personal. Creo que podemos aprovecharnos de esa circunstancia –la miró directamente–. Y a ti te gusta romper las normas estúpidas, ¿verdad? Esta es una norma estúpida. Además, solo voy a vivir en el ático hasta que entienda el funcionamiento del edificio. Luego se lo alquilaré a un cliente y me centraré en mi próxima inversión, así que no me verás mucho.

El mensaje no podía estar más claro. Le estaba diciendo que se

iba a mantener alejado de ella. Que su presencia era temporal. Aquello era solo una cena. Una noche.

Pero Ettie necesitaba un momento.

–¿Nunca te quedas en ninguno de tus edificios? –le intrigaba su transitorio estilo de vida.

–Me gustan los proyectos. Me gusta la emoción y el desafío que supone cada uno de ellos, y cuando supero uno me muevo al siguiente.

Antoinette sospechaba que no estaba hablando solamente de la adquisición de edificios, sino también de amantes.

–¿Te aburres con facilidad?

Un brillo travieso iluminó los ojos de Leon. Sí, estaba hablando de más de un nivel. Pero respondió con su acostumbrada seriedad.

–Me gusta estar ocupado. Me gusta solucionar problemas.

–¿Nunca quieres ir simplemente a la playa?

Leon sacudió la cabeza y lo consideró brevemente.

–Es algo que nunca he hecho.

–¿En serio? –Antoinette frunció el ceño–. ¿Nunca has tenido vacaciones?

–¿Y tú ? –contraatacó él.

–Yo no tengo elección –ella torció el gesto–. Trabajo duro pero no tengo las mismas recompensas económicas y tengo obligaciones… –no quería entrar en aquel tema en ese momento–. ¿Qué sentido tiene todo tu éxito si no te paras a celebrarlo de vez en cuando?

–El sentido es el éxito en sí mismo –respondió Leon.

–¿No te cansas? –estaba asombrada. Si ella pudiera tomarse un descanso en algún lugar cálido y bonito no lo dudaría ni un segundo.

–No te preocupes –murmuró Leon–. Sé cómo relajarme.

Sí, estaba segura de ello. Le dirigió una mirada de reproche y de pronto Leon se echó a reír. Ettie se quedó boquiabierta por la repentina transformación de aquel tirano serio en un hombre guapísimo y alegre. Aspiró con fuerza el aire en los pulmones. No había derecho a que existiera un hombre tan guapo.

–No es lo que estás pensando –dijo él–. Bueno, no del todo.

–¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

–Lo tienes escrito en la cara.

Con suerte no se le vería todo. Y con suerte no se le notaría que se estaba derritiendo por dentro.

–¿Entonces no haces esto con frecuencia, ir a recoger a mujeres y llevarlas a cenar?

–No, la verdad es que no. ¿Te sorprende? –su expresión volvió a ser seria al observarla–. ¿No me crees?

–Te han visto con otras mujeres –respondió Ettie.

Él alzó las cejas.

–¿Cuándo?

–La otra noche, al parecer –trató de sonar ligera, pero ya se arrepentía de haber sacado el tema–. Una mujer saliendo de tu apartamento.

Seguramente había estado celebrando su primera noche en Cavendish House.

Leon la observó ahora durante un largo instante. Ella sabía que estaba pensando, y le encantaría saber en qué.

–Así que estabas hablando de mí –los labios se le curvaron ligeramente–. Tenías curiosidad.

Antes de que Ettie tuviera la oportunidad de negarlo, de disculparse o de derretirse por la vergüenza, Leon siguió hablando.

–¿La vieron conmigo? –preguntó–. Lo dudo. La mujer que salió de mi apartamento anoche a última hora había llegado unos minutos antes. Es una conocida que supo que me había mudado. Vino a verme a modo de sorpresa pero no es algo que yo buscara.

–¿No te gustan esas sorpresas?

¿A qué hombre con sangre en las venas no le gustaría que una modelo apareciera en mitad de la noche a hacerle una visita?

–Ya te lo he dicho –respondió él–. Me gustan los retos.

¿Acaso la veía a ella como a un reto? Pero no pudo evitar sentirse complacida por que Leon no coqueteara con todas las que se le insinuaban.

Leon agarró el diario del mostrador y lo volvió a abrir para ver las largas columnas de sus listas.

–Podrías escribir una lista sobre si cenar conmigo o no –sacudió la cabeza y cerró el cuaderno–. O podrías simplemente fiarte de tu instinto.

Ettie lo miró recelosa. Su instinto más básico estaba más que inclinado a meterla en problemas y ya la había decepcionado con anterioridad. Leon Kariakis era una pura tentación y él lo sabía. Por desgracia para él, estaba decidida a mantener el control.

Pero la estaba retando y ella no se asustaba.

–De acuerdo entonces –decidió con energía–. Pero solo para hablarte de Cavendish.

–Estupendo.

Esperó a que Ettie cerrara la puerta y conectara la alarma de seguridad. Ella agarró el abrigo, pero a pesar del frío que hacía no

se lo puso. Era una prenda vieja que tenía la cremallera rota y no quería que viera lo desgastado que estaba.

–¿Qué sueles cenar? –le preguntó él mientras avanzaban por la abarrotada acera.

Normalmente las noches en las que trabajaba hasta tarde agarraba una barra de chocolate de una máquina del metro de camino a casa o no comía nada. Pero no iba a admitirlo.

–Suelo hacerme un revuelto.

–¿Pero cuando cenas fuera?

Ettie se encogió de hombros con la mayor naturalidad posible. La verdad era que nunca cenaba fuera.

Leon la miró de reojo.

–Conozco un buen sitio.

–Creía que eras nuevo en la zona y que no conocías los sitios buenos –Ettie no pudo evitar sonreír.

–He preguntado a uno de los conserjes de mi edificio –respondió él con suavidad–. Ofrecen un servicio excelente.

Ettie puso los ojos en blanco y mantuvo el mismo paso que él. Un par de esquinas más adelante se detuvo en la puerta de una preciosa mansión de ladrillo.

Ella sacudió la cabeza.

–Imposible. Tienes que tener reserva.

Leon se encogió de hombros como si aquello no le concerniera.

–No vamos a ocupar mucho espacio.

Era el restaurante de un chef famoso, de esos en los que había que reservar seis meses antes, algo que estaba bien porque así había tiempo para ahorrar la pequeña fortuna que había que pagar para disfrutar de un aperitivo. Ettie hacía reservas allí constantemente para los residentes de Cavendish.

Pero Leon se limitó a entrar por la puerta, que el discreto guardia de seguridad abrió al instante. El maître avanzó hacia ellos con la mirada clavada en Leon y una sonrisa de bienvenida. Leon no tuvo que pronunciar ni una sola palabra.

–¿Me da cinco minutos, señor? Puede tomar una copa antes.

–Gracias –respondió Leon con una naturalidad nacida del privilegio–. ¿Champán? –se giró hacia Ettie.

–Limonada –respondió ella firmemente captando el brillo divertido de sus ojos.

–Está claro que no te gusta correr riesgos –murmuró Leon.

–De acuerdo, que sea champán –dijo ella.

Una copa no le haría ningún mal.

Les acababan de servir las bebidas cuando el maître reapareció

para guiarlos al abarrotado comedor. Ettie trató de no quedarse mirando a nadie. Había muchas caras que le resultaban familiares, pero no porque conociera personalmente a las personas. Eran gente popular: una actriz, un político. ¿No era ese un miembro de la realeza? Se detuvieron en una mesa apartada en un rincón cerca de la parte de atrás del restaurante. Era más tranquilo que el abarrotado comedor, más íntimo y privado.

–¿Te gusta? –preguntó Leon cuando ella tomó asiento.

–¿Conoces al dueño? –Ettie no pudo evitar sonreír mientras observaba la suntuosidad del lugar. La decoración era espectacular–. Esto es muy amable por tu parte.

–No, no soy nada amable –la corrigió él con brusquedad–. Esto es puro interés. Tengo una acompañante guapa para cenar y eso me va a ayudar a dejar de pensar en desgracias.

–¿Desgracias? –Ettie alzó una ceja mientras batallaba con la sensación de calor que sintió al escuchar su cumplido.

No lo decía de verdad. Solo estaba añadiendo la palabra «encantador» a su repertorio, y eso no era justo por su parte.

–¿Tan horrible es tu vida? –le miró con curiosidad.

Pero Leon volvió a centrar la conversación en ella.

–¿De verdad te ibas a hacer un revuelto?

–No –admitió Ettie riéndose–. Odio cocinar. En general, subsisto con sándwiches de queso a la plancha.

–Hay un lugar en el mundo para un buen sándwich de queso a la plancha –asintió Leon–. Pero no es aquí.

–¿Qué me sugieres que pida?

–Sugiero que se lo dejes a los expertos –Leon le hizo una señal al maître con la cabeza, quien respondió con otra leve inclinación y se dirigió a la cocina–. Y dime, ¿por qué trabajas tantas horas? –Leon le dio un sorbo a su copa de champán–. ¿No te pagamos lo suficiente para vivir?

Ettie le dio un sorbo a la suya y saboreó la sensación burbujeante antes de responder.

–Estoy ahorrando.

–¿Para viajar? ¿Para comprarte una casa?

Ella se rio y sacudió la cabeza. ¿De verdad estaba allí para entretenerlo y apartarle el pensamiento de los tormentos que le atravesaban la cabeza?

–Tengo una hermana pequeña que quiere ir a la universidad –le dio otro sorbo a su copa–. Tiene diecisiete años, y solo somos ella y yo de familia. Ahora está en un internado en el norte, cuenta con una beca parcial y yo le pago el resto de los gastos.

Leon apretó los labios.

–Pero si tú pareces recién salida de la escuela.

–Tengo veintitrés años, así que hace ya tiempo que la dejé. Mi hermana está en su último año y es la mejor de su escuela –Ettie sonrió con indisimulado orgullo–. Quiere estudiar Medicina. Así que tiene que estudiar mucho.

–¿Qué les pasó a tus padres?

–Veinte preguntas, ¿eh? –Ettie le miró con picardía, pero contestó de todas formas–. Mi padre nunca estuvo a nuestro lado. Mi madre murió hace un par de años.

–Debió de ser duro.

Sí, pero no quería recrearse en el lento declive de su madre por el cáncer. Aquella noche no. Sonrió con tristeza.

–Sobrevivimos.

Tampoco quiso hablar del tremendo error que había cometido poco después de la muerte de su madre. El estrepitoso fracaso de su vida amorosa.

–¿Cómo se llama tu hermana?

–Ophelia.

–Antoinette y Ophelia –murmuró Leon–. Pero a ti te llaman Ettie, ¿verdad?

–Sí –Ettie se reclinó en el asiento cuando apareció el camarero y puso los platos en la mesa–. Mi madre era una romántica –aunque no tuvo ningún éxito romántico. De tal palo, tal astilla –esto tiene una pinta increíble.

Le alegró tener una interrupción. Y se dio cuenta de que estaba absolutamente hambrienta.

Leon esperó a que le diera un mordisco, su seriedad innata parecía suavizada.

–¿Qué te parece? ¿Mejor que un sándwich de queso a la plancha?

Ettie no podía contestar, estaba demasiado ocupada salivando. Pero finalmente tragó.

–Nunca había comido nada igual. Está para morirse.

–Toma, prueba esto –Leon le acercó otro plato.

Ettie lo probó y le pareció comida de dioses. La conversación se dirigió a los sabores y texturas. Leon estaba animado.

–¿Tienes sitio para el postre? –la tentó casi una hora más tarde cuando Ettie se reclinó en la silla con un suspiro satisfecho.

–Debería decir que no porque ahora mismo no estoy ni remotamente hambrienta, pero…

¿Cuándo volvería a estar en un restaurante así y con un hombre

así? Aquello era una fantasía de una vez en la vida y no quería que terminara.

–¿Y si lo compartimos? –Leon le ofrecía una pura tentación.

Ettie le sonrió.

–Yo elijo, ¿vale? –sugirió impulsivamente–. Porque tú puedes volver aquí en cualquier momento.

Leon se rio entre dientes.

–Claro.

–O tal vez deberías elegir tú –reculó al instante al recordar que aquel hombre era nada menos que su jefe–. Seguramente sabrás lo que está bien…

Había una luz misteriosa en los ojos de Leon cuando frunció el ceño.

–Seguro que está todo bueno –se giró y le dijo algo en voz baja al camarero que había aparecido como por arte de magia.

Ettie le miró con los ojos abiertos de par en par.

–¿Acabas de pedir todos los postres de la carta?

–No tienes que comértelos todos, solo probarlos.

Ella se quedó boquiabierta ante la sugerencia y sacudió la cabeza.

–Eso es tirar la comida.

–Entonces podemos llevarnos el resto a casa para luego –sugirió él con tono suave.

Ettie se quedó paralizada ante la sugerencia de intimidad que encerraba el comentario. ¿Estaba Leon dando por hecho que se iba a ir con él aquella noche?

En su mente surgió la decadente imagen de Leon y ella tomándose un postre de chocolate en la cama…

–¿Ettie? –la estaba observando fijamente, como si fuera capaz de leerle el pensamiento–. Puedes llevártelo a casa y tomártelo para desayunar –aclaró con una leve ronquera.

Las corrientes subyacentes que había entre ellos resultaban insoportablemente poderosas y adquirían poder a cada segundo que pasaba. Ettie se humedeció los labios, repentinamente secos, y decidió que había llegado el momento de que Leon respondiera a sus preguntas.

–¿Tienes hermanos o hermanas?

Él vaciló y durante un instante ella pensó que no iba a contestar.

–Soy hijo único –declaró finalmente torciendo el gesto–. Un niño rico mimado –lo dijo con tono burlón, pero había un trasfondo de amargura en sus palabras.

–Pero montaste tu propio negocio, ¿no? –sabía que sus padres

tenían un imperio hotelero en Grecia, pero que él había emprendido una nueva aventura en solitario.

Leon sacudió la cabeza.

–Tenía todas las ventajas: una buena educación, salud y unos padres ricos. El éxito de mi negocio es mío, pero no tengo derecho a decir que salí de la nada. La mayoría de la gente no cuenta con tantos privilegios para arrancar.

Sin duda que sus contactos lo habían ayudado, pero al final tuvo que hacer el trabajo por sí mismo. Y había muchos herederos de grandes fortunas que habían tirado sus vidas por la borda.

Un brillo indefinible surgió en los ojos de Leon.

–Me gustar sacar el mayor partido a todas las situaciones. Sí.

Una vez más surgió aquella corriente subyacente de una sensualidad como nunca se había imaginado. Una tensión sexual muy intensa pero al mismo tiempo seductora, casi divertida. Lo que le resultaba sorprendente teniendo en cuenta lo serio que era Leon y lo inepta que era ella para el coqueteo.

Dos camareros hicieron su aparición y dejaron seis platos sobre la mesa. Seis postres que eran miniaturas del arte culinario.

–Son porciones pequeñas –murmuró Ettie–. Tienen una pinta deliciosa.

–¿Por qué no los pruebas y lo averiguas? –había vuelto aquel tono, seco en la superficie pero travieso por dentro, animándola a arriesgarse, a probar algo que estaba tan lejos de su liga.

Ettie agarró la cucharita de plata y trató de centrarse en aquella comida de aspecto glorioso en lugar de en el hombre que estaba al otro lado de la mesa hipnotizándola. Se tomó un instante para pensar qué debería probar primero: había tres candidatos al premio, el nirvana de chocolate, el caramelo o el cielo de arándanos. Al final ganó el chocolate.

Ettie cerró los ojos mientras saboreaba el mousse de la cuchara.

–¿Está bueno?

Era imposible responderle. No se podía expresar tanta delicadeza. Era como si todas las cosas buenas del mundo se hubieran unido en una bomba de sabor que le hubiera hecho explosión en la lengua.

–¿Ya has probado esto alguna vez? –murmuró con la boca llena–. Porque no creo que al final pueda compartirlo. Y no va a quedar ni media sobra, lo siento.

Leon se tapó la boca, pero ella vio la risa reflejada en sus ojos.

–No ocultes tu sonrisa –le reprendió sin pensárselo, molesta por que le ocultara aquella chispa. Sabía que tenía una sonrisa preciosa

y quería disfrutar al máximo de ella–. ¿Te da miedo que pueda pensar que eres humano? No te preocupes, todos sabemos que eres… –dejó la frase sin terminar.

–No quería que pensaras que me estaba riendo de ti –afirmó Leon–. A algunas mujeres no les gusta que las vean disfrutar de la comida. Pero ahora soy yo el que está ofendido. ¿No te parezco humano?

Ettie se encogió de hombros.

–Solo digo que deberías sonreír más a menudo. Si yo viviera en Cavendish House estaría sonriendo todo el rato –y si fuera la dueña no pararía de dar saltos.

–El ladrillo y el mortero no hacen a la gente feliz.

–No, pero ayuda –Ettie se rio con ganas–. Toma, prueba esto. También ayuda.

–Ah, ¿así que ahora sí me das un poco? –Leon le dirigió una mirada cargada de intención y agarró el tenedor.

A Ettie se le aceleró el pulso cuando salieron del restaurante. Se puso el abrigo y se giró para dirigirse a la estación de tren. Se negaba a permitir que le decayera el ánimo ahora que la velada había terminado.

Leon le tomó la mano en la suya. Surgió la electricidad al sentir los dedos en los suyos y se creó un nuevo nivel de intimidad. Sabía que había ido construyéndose entre ellos, pero de pronto se sintió tímida y abrumada por desear cosas que no debería.

Leon le dio la vuelta para que tuviera que mirarlo.

–Entonces, ¿vamos a una discoteca? –preguntó.

No se sentía capaz de hablar, así que Ettie sacudió la cabeza.

–¿No quieres ir a bailar conmigo? –le preguntó él.

Claro que quería. Los dos solos. Supo instintivamente que Leon se refería a eso, a un baile íntimo. Parecía irreal. Pero desde que él entró en la tienda sintió como si hubiera pasado a otra dimensión, una realidad alternativa en la que las verdades del día siguiente no importaban y donde el pasado era irrelevante. En una noche de locura, aquel hombre que estaba tan lejos de su alcance le estaba prestando atención.

Leon se le acercó más con expresión intensa, todavía más seria… y hambrienta.

–Esto es una muy mala idea –murmuró.

–Sí –reconoció ella suavemente. No se podía creer que quisiera tenerla tan cerca, pero allí estaba.

Ettie había trabajado duro durante mucho tiempo. La habían decepcionado demasiadas veces. Había estado sola durante lo que le parecía una eternidad. ¿Qué más daba que aquello no tuviera futuro? Había puesto con anterioridad sus esperanzas en un hombre y solo consiguió que se le rompiera el corazón. Sin esperanza y sin expectativas no podía haber dolor, ¿verdad?

–Terrible –Leon alzó una mano y le tomó el rostro con suavidad.

Ella se estremeció con aquella leve caricia.

–Sí.

Vio la seductora promesa de sus ojos mientras los pros y los contras de la situación le daban vueltas en la cabeza. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Tendría una experiencia increíble con un hombre que parecía un dios. ¿Por qué no dejaba atrás el miedo?

–Pero quiero hacerlo de todas formas.

¿De verdad quería? Ettie sonrió y sintió mariposas en el estómago… y una acumulación de calor un poco más abajo de aquel punto.

–Sí.

Solo existía el ahora. Solo aquella sensación. Solo aquella única oportunidad. Y quería aprovecharla.

–¿Y tú también quieres? –Leon la miró con intensidad.

–Sí –por supuesto que quería. Tal vez fuera inexperta, pero no era idiota.

–¿Y eso es lo único que vas a decir esta noche? –Leon apretó los labios.

Ella le miró fijamente, animándolo a sonreír.

–Sí.

–¿A todo lo que te pida?

Hacía mucho tiempo que Ettie no se dedicaba un momento únicamente a sí misma.

–Eh… sí.

Leon no sonrió, lo que hizo fue acercarse más. Le rozó suavemente los labios con los suyos y ella se quedó paralizada con el rostro girado hacia él, sin saber muy bien qué estaba pasando realmente. Leon también estaba inmóvil y la miraba muy serio, con una intensidad inescrutable. Ettie no quería que mirara, quería que actuara.

Y entonces lo hizo.

Le sostuvo la cabeza hundiendo los dedos en su pelo para atraerla tan cerca que pudiera besarla adecuadamente. No fue un roce suave de labios, sino un beso devastador y apasionado que reflejaba el deseo que ella sentía en el cuerpo. Las delicias del

restaurante no eran nada comparadas con la sensación que la atravesaba ahora. Leon la devoró como si fuera el más exquisito de todos aquellos postres. Ettie perdió la noción del tiempo y el espacio, ya no había pensamientos ni dudas. La sensación lo trascendía todo. Solo había un destino para ella aquella noche, y era en brazos de Leon con su boca en la suya.

–Leon… –murmuró completamente obnubilada.

Él dio un paso atrás tan repentino que Ettie estuvo a punto de caerse. Leon le pasó una mano por la cintura y la impulsó al mismo tiempo suavemente hacia delante. Levantó la mano para llamar a un taxi, y uno se paró al instante. Tenía aquel poder. La gente reconocía al instante su influencia.

Leon le dio varios billetes al taxista por la ventanilla.

–Usted conduzca.

Entraron en la parte de atrás del taxi y él la estrechó entre sus brazos como si llevara siglos esperando besarla y ahora pudiera saciarse. A ella le parecía bien, porque había descubierto su propio deseo, su propio placer explorándolo también a él. Le deslizó los dedos por la mandíbula y sintió aquella barba incipiente sexy y caliente. Todavía no se podía creer que se estuvieran tocando.

Leon le deslizó la mano por debajo del vestido. Sus dedos juguetones se movieron en círculo y encontraron la piel desnuda, pero querían más. Ettie se estremeció, pero él siguió besándola, y la excitación le atravesó el cuerpo. ¿Quién se iba a imaginar que besarse podría ser tan erótico y tan intenso?

No quería que aquello terminara nunca. Necesitaba que el tiempo se detuviera. Abrió la boca y gimió mientras levantaba las caderas para encontrarse más rápidamente con el delicioso e impredecible toque de sus dedos. La seducción le resultaba intolerable. Quería más.

Leon la besó con más pasión todavía, acariciándole el interior de la boca con la lengua hasta que Ettie se mareó con la sensación. Él había desatado su deseo, un ansia que nunca había conocido. Se dejó llevar por la sensación, no podía dejar de mover las caderas ni de animarle tácitamente a que la tocara más profundamente, con más fuerza. Leon le mordió suavemente el labio inferior mientras subía un poco los dedos hacia las suaves braguitas de sencillo algodón. Ettie contuvo el aliento. Leon se detuvo y apartó los labios un milímetro de los suyos. Luego aquellos dedos osados volvieron a acariciarla tan íntimamente que se retorció con fuerza, incapaz de contener un gemido mientras apretaba los puños. Sí, aquello era lo que quería. Pero Leon dejó de besarla de pronto. Ella lo miró

jadeando.

Leon farfulló la dirección de Cavendish House para el taxista sin apartar la mirada de la de ella. Ettie distinguió la decisión en sus ojos, sintió la posesión de su mano tocándola de una manera tan íntima, y entendió perfectamente lo que pasaba. Leon lo quería todo.

Si iba a detener eso, a decir que no, el momento de hacerlo era ahora. Pero también era el momento de decir que sí. ¿De verdad iba a ser otra de las conquistas de Leon Kariakis? ¿Su reto de la noche?

«Sí». Ahora que estaba en aquel otro mundo de luces y caricias nada podía impedir que disfrutara de aquello. Que fuera suya. Solo una vez.

–¿Sí? –preguntó él con tono jadeante.

Ettie asintió. Quería la experiencia que sabía que él podía darle. Leon volvió a besarla, pura recompensa y pura promesa, invocando aquella inquietud jadeante una y otra vez. Leon apartó la mano de debajo del vestido y se la puso en el pecho, casi como reteniéndola cautiva. Ella consintió a todo, a los besos y a la conclusión inevitable de aquella noche… y se dejó llevar simplemente por aquella corriente de placer.

Pero, cuando se acercaron al edificio, Ettie le agarró de pronto las muñecas con pánico.

–Nadie puede verme.

–¿Conmigo? –Leon se rio un poco por el dramatismo–. Ya he pensado en eso, no te preocupes –se inclinó hacia delante y volvió a hablar con el taxista. Unos instantes más tarde, se abrió la puerta del garaje subterráneo y pudieron salir del taxi sin ser vistos.

Leon pulsó el código de seguridad en el panel.

–El ascensor sube directamente al ático.

A pesar de todo, Ettie se apartó lo más posible de él porque había una cámara de seguridad allí dentro. No estaba avergonzada, pero era muy celosa de su intimidad y no quería que sus compañeros supieran que… se sonrojó por la vergüenza y clavó la mirada en el suelo, cubriéndose el rostro con el pelo con la esperanza de no ser vista. Sonó la campanita y se abrieron las puertas del ascensor al ático.

Leon abrió camino y mantuvo una pequeña distancia mientras se quitaba la chaqueta y la corbata y las arrojaba al sofá más cercano.

–Toby está dormido –dijo.

Ettie se tomó un instante para recuperar el ritmo cardíaco. El perro estaba cómodamente acurrucado en la cesta. Aspiró con fuerza el aire y volvió a mirar a Leon.

–¿Por qué te quedaste con él?

–Por la misma razón por la que lo habrías hecho tú si hubieras podido –respondió él–. ¿Por qué te sorprende tanto? ¿Por qué me consideras un ogro?

¿Era dolor lo que asomaba a sus ojos?

–No creo que seas un ogro –afirmó ella con dulzura– Pero puedes ser un poco adusto.

–¿Quieres que sonría? –Leon sonaba algo irónico.

–Sí.

Pero él permaneció tan serio como siempre.

–Ven aquí.

Su orden resultaba imposible de ignorar. Se sentía atraída hacia él, lo había estado desde la primera vez que lo vio. Así que obedeció con el corazón latiéndole con más fuerza a cada paso.

–¿Estás segura de esto, Ettie? –le preguntó.

–Solo esta vez –susurró ella–. Solo una vez, ¿de acuerdo?

Leon no respondió. Estaba muy quieto y muy serio. Ettie sabía que estaba pensando, aunque no adivinaba en qué. Pero percibió la tensión, una especie de lucha interna. Le puso una mano en el pecho siguiendo un impulso.

El corazón le latía al galope. El ritmo le resonó en la palma de la mano y le subió por el brazo hasta el resto del cuerpo. Clavó su enigmática mirada en ella.

Y entonces sonrió.

Capítulo 3

ETTIE parpadeó, asombrada de nuevo por aquella instantánea transformación de modelo masculino malhumorado a seductor arrogante. Oh, estaba metida en un lío.

–¿En qué estás pensando?

–En cuál será la mejor manera de empezar.

Ella tragó saliva mientras su pobre corazón latía todavía más deprisa.

–¿Necesitas ayuda con eso? –preguntó con tono débil–. ¿Quieres que hagamos una lista de opciones?

Leon se rio y eso hizo que pareciera todavía más guapo. Pero, cuando Ettie abrió la boca, Leon aprovechó y se la tapó con un beso. Ella volvió a sentir el mismo intenso deseo que en el taxi. Dios, qué bien besaba aquel hombre. Era seductor y juguetón al mismo tiempo. Ettie tenía ahora más libertad que en el coche, así que le rodeó el cuello con los brazos y lo apretó contra sí, disfrutando de su cuerpo duro y masculino contra el suyo. Era alto y fuerte y sentía su potencia en su quietud. Pero las manos juguetonas de Leon volvieron a vagar bajo su vestido y regresaron a la suave piel de la cara interna del muslo. Ettie gimió y se derrumbó contra él abriendo los pies mientras él le deslizaba las yemas de los dedos hasta la parte superior de la pierna, muy cerca de donde ella se moría por recibir sus caricias.

Pero no lo dijo, no pronunció la súplica que le rondaba por la cabeza. No podía, estaba demasiado ocupada disfrutando de aquellos besos que la llevaban a un glorioso mareo. Pero Leon debió de leerle el pensamiento porque hacia allí se dirigió, acariciando en círculos y con habilidad aquel tirante nudo de pura sensibilidad. Ettie jadeó y rompió el sello del beso mientras el placer se apoderaba de ella.

–Oh…

Leon la atrajo hacia sí con el otro brazo, sosteniéndola mientras el orgasmo le provocaba espasmos de deliciosa sensación por todo

el cuerpo. Nunca había alcanzado el éxtasis tan rápidamente con un hombre. Bueno, en realidad nunca había alcanzado el éxtasis con un hombre.

Jadeando y sintiéndose de pronto algo avergonzada, apretó la frente contra su pecho. Leon le acarició la espalda pero siguió cubriéndola suavemente con la otra mano de modo íntimo con suaves toques.

–Llevo todo el día imaginando esto –le murmuró al oído.

¿Sería cierto? Ettie se rio cuando Leon la tomó de pronto en brazos y la levantó del suelo para llevarla al dormitorio principal.

–Yo también –murmuró ella con timidez cuando la dejó a los pies de la enorme cama.

Leon volvió a sonreír y para ella fue como una conmoción. Veía estrellas por todas partes y no pensaba que fuera capaz de soportarlo más. Leon dio un paso adelante y ella cerró los ojos cuando la besó otra vez. Escuchó vagamente el deslizar de la cremallera de su vestido y antes de que pudiera darse cuenta estaba en el suelo hecho un gurruño.

Ettie sintió un momento de vergüenza ante la simplicidad de su ropa interior, ahora expuesta. Era negra, de algodón, sin encaje ni elegante seda. Nada parecido a lo que llevarían las modelos.

Pero Leon seguía mirándola con una expresión de deseo en el rostro.

–Eres todavía más hermosa de lo que me imaginé.

Ettie se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

–¿No me crees? –Leon volvió a sonreír y dio un paso adelante–. No importa –volvió a besarla y luego la tumbó sobre la cama. Después se colocó sobre ella y la besó no solo en la boca, sino por el cuello, y siguió bajando.

Ettie se retorció, pero él le puso una mano firme.

–Déjame –le ordenó en un murmullo–. Llevo horas queriendo hacer esto.

Le quitó el sujetador con la habilidad de un hombre acostumbrado a hacerlo. Ettie agradeció que le besara primero un seno y luego el otro, convirtiendo cada pezón en un pico rígido de anhelo. Se estremeció cuando le deslizó las manos por las costillas hasta las caderas. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Cómo iba a resistirse? Sus piernas tenían vida propia y simplemente se abrieron… por lo que obtuvo una mirada abrasadora y luego otra de aquellas sonrisas que le atravesaban el alma. Y luego Leon utilizó los labios para mejor uso.

–Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios… –esa vez murmuró en voz baja la

plegaria una y otra vez mientras él la exploraba. Entonces le deslizó las braguitas por el cuerpo y sus dedos buscaron todavía más secretos. La estaba besando donde nadie más se había atrevido a besarla antes. Resultaba impactante e íntimo. Increíblemente gozoso–. Leon –gimió Ettie medio entrecerrando las rodillas en rechazo cuando su lengua alcanzó todavía mayores intimidades.

Sintió el cálido aliento de su risa. Le hizo cosquillas y se retorció un poco.

–No pensarías que habías acabado, ¿verdad? –le preguntó él poniéndole una mano en la cadera para mantenerla en el sitio.

Pero ¿y él? Ella ya había… ya había…

Pero el girar de su lengua hizo que le resultara imposible seguir pensando. Y luego sus dedos tocaron justo el calor húmedo. Ettie se arqueó y colocó aquellos dedos talentosos en su sitio. Pero la boca de Leon siguió haciendo magia, succionando fuerte. Unas imparables oleadas de placer se apoderaron de ella en un torrente de éxtasis. Leon gruñó contra ella mientras empezaban las convulsiones apretando con más fuerza contra sus partes interiores y la devoró como si fuera el dulce más delicioso imaginable.

Un placer imposible la atravesó con más fuerza esa vez mientras subía hacia la cima que él había construido para ella.

–¡Leon!

Transcurrió un instante antes de que él contestara. Se incorporó en la cama y se lamió los labios con una sonrisa.

–¿Mejor ahora?

No esperaba en serio que contestara, ¿verdad? Porque todavía estaba intentando volver a la realidad, todavía tenía que recuperar el aliento.

Ettie se estremeció y se le secó la boca al mirarle. Estaba… muy bien hecho y tan excitado que verlo hizo que se humedeciera. Leon se arrodilló en la cama y la miró. Era un hombre apasionado, experto y exigente y en aquel momento estaba otra vez quieto… pensando.

La tensión sexual iba a acabar con ella.

–¿Cómo quieres…? –no terminó la frase. Tenía tan poca experiencia que no sabía qué sugerir.

–¿Tienes una lista en mente? –bromeó él con una media sonrisa–. Porque yo sí.

–Entonces tú primero –murmuró Ettie en voz baja sonrojándose.

–Ay, *glykia mu* –dijo Leon entre dientes–, esta primera vez quiero ver cada movimiento de tu hermoso rostro –se apoyó sobre un codo y le deslizó la mano por el costado mirándola a los ojos–. Quiero

verlo todo y sentirlo todo…

–Entonces haz lo que quieras –susurró ella.

Leon la besó con dulzura y volvió a despertar su calor. Ettie no se podía creer que aquello estuviera ocurriendo. La abrumaba con su tamaño, su calor, su aroma almizclado.

–Respira –susurró él probando su tirantez. Al ver que contenía el aliento vaciló y la miró.

–Hace bastante tiempo –reconoció ella ardiendo de deseo y de inseguridad.

Otra emoción se reflejó en los ojos de Leon, más ardientes que nunca.

–Lo sé.

–¿Lo sabía? ¿Por qué, porque estaba desesperada? ¿Porque no sabía lo que estaba haciendo?

–Relájate. Bésame.

Leon la levantó y le abrió más las piernas para poder tomarla con más facilidad. Entonces, con un único movimiento, la embistió y la besó a la vez. Ettie gritó de puro placer y se agarró a sus caderas para mantenerlo allí.

–¿Estás bien? –gimió él.

–Umm –para Ettie era casi un delirio de puro gozo. Lo sentía tan lleno, tan potente…Y no solo sentía placer, sentía que todo estaba bien. Ahora entendía por primera vez por qué a la gente le gustaba tanto aquello. Leon murmuró algo que no entendió y la apretó con más fuerza. Aquello era lo que Ettie más deseaba: que estuviera con ella lo más completamente que podían estar dos personas.

Leon se movió mirándola, besándola, cabalgándola velozmente hasta un punto inimaginable. Era insoportablemente maravilloso. Ettie se entregó completamente al placer sin importarle nada más que las demandas de su cuerpo, moviendo las caderas como le dictaba el instinto. A Leon se le oscurecieron los ojos.

–Ettie –murmuró su nombre mientras la embestía más fuerte.

Ella se apretó contra él con más fuerza todavía y gritó mientras alcanzaba un orgasmo más largo y duro de lo que podía soportar. Escuchó el bramido de placer de Leon y sintió la repentina fuerza de su deseo desatándose. La embistió una y otra vez hasta que se derrumbaron juntos, entrelazados y temblando durante un sublime momento de eternidad, perdidos en el reino del absoluto éxtasis.

Ettie no podía respirar. No se podía creer lo que había pasado.

–Vamos a hacerlo otra vez –murmuró Leon con aspereza–. Ahora.

El perro no estaba. Leon se frotó los ojos y miró la cesta vacía con el ceño fruncido. Ettie debía de haberse despertado pronto para sacarlo. Leon lamentó que no lo hubiera despertado a él, la habría acompañado. O todavía mejor, la habría retrasado entreteniéndola. Tenía el cuerpo duro y preparado a pesar de los achaques tras la noche de sexo más intensa y placentera de su vida. También sentía curiosidad. Por primera vez desde hacía mucho tiempo quería saber más sobre una mujer.

Recorrió el ático y se pasó la mano por el pelo otra vez. Estaba deseando que volviera. No iba a bastarle con una noche. Se había imaginado que estarían bien juntos, pero nunca se imaginó cuánto. Sonrió al ver los envoltorios de los preservativos esparcidos por el suelo. Apenas habían dormido. Tras aquella primera e intensa experiencia se la llevó a la ducha y se tomó su tiempo para enjabonarla, quitándole las últimas capas de vergüenza y dejando paso a un humor ligero. Era una mujer generosa, dulce y divertida y lo que más deseaba era besarla por todas partes hasta que volviera a tener otro orgasmo.

Transcurrió media hora y seguía sin regresar. Sintió un escalofrío de mal agüero en la espalda. ¿Por qué no había vuelto? Todo el personal estaría ahora de servicio, y ella no quería que la viera nadie.

Leon se quedó quieto, irritado. ¿De verdad estaba preocupado por ella? ¿Y por el maldito perro?

No le gustaba sentir la incertidumbre. Se duchó y se vistió, pero una vez abajo se detuvo a cierta distancia del mostrador de recepción. Ettie estaba vestida de uniforme y no le había visto: se encontraba demasiado ocupada tratando de pacificar a un inquilino que tenía cara de pocos amigos.

–Siento mucho lo sucedido –le dirigió al inquilino su sonrisa más encantadora–. No se preocupe, lo arreglaré con George –agarró la caja del mostrador–. ¿Qué le parece si avisamos a Joel y le ayudamos a colocar la cómoda otra vez?

Era sábado. ¿Se suponía que tenía que trabajar? Y aunque así fuera, ¿por qué no le había despertado para despedirse? Sintió mucha rabia, pero se dio la vuelta para marcharse. En aquel momento sonó un mensaje en el teléfono y lo sacó.

Volvió a mirar al escuchar un estruendo. A Ettie se le había caído todo lo que estaba en aquella caja. Estaba sonrojada y evitó mirar en su dirección. Lo que significaba que lo había visto. Así que se sentía incómoda. Bien.

Se había escabullido a primera hora de la mañana y ahora intentaba actuar como si nada hubiera ocurrido. Leon podía respetar su necesidad de intimidad, pero no iba a ignorarla. ¿Y dónde estaba Toby?

Ettie era siempre muy delicada. Y, sin embargo, había dejado caer una caja entera de cubiertos, creando el ruido más fuerte que se había oído jamás en el vestíbulo. Y Leon Kariakis estaba allí para verlo. Cómo no.

Se le perló el cuerpo de sudor. No podía mirarle, pero podía distinguirlo por el rabillo del ojo y al parecer estaba muy ocupado viendo un mensaje en el móvil. Al menos no se reía de ella en su cara.

Se había despertado absurdamente temprano aquella mañana y la realidad la golpeó como un martillo. Leon estaba dormido a su lado como un dios sexy, y Ettie se dio cuenta al instante de lo fuera de lugar que estaba. La única vez que se había despertado al lado de un hombre resultó ser uno de los peores días de su vida. Su ex la había rechazado del modo más humillante posible a la mañana siguiente. Y luego había vuelto a hacerlo en público. Lo último que necesitaba era volver a escuchar aquel horror de labios de Leon.

Se quedó allí paralizada, cada vez más y más aterrada por el momento en que él se despertara, la viera bajo la fría luz del día y se diera cuenta de su error. ¿Se había acostado con la inexperta conserje?

Se le heló la sangre ante la perspectiva de la incómoda despedida que tendría lugar a continuación. No podía soportar tener una discusión o las típicas excusas educadas.

Al final no había sido capaz de soportar aquella tortura. Se levantó de la cama, se puso el vestido y salió huyendo de allí… llevándose a Toby antes de que se pusiera a ladrar porque quería salir. Le dio terror encontrarse en el ascensor con alguien conocido. Como no podía ser menos, se detuvo antes de llegar al sótano evitando que pudiera escapar a la sala de conserjería sin ser vista. Jess entró con su carrito, miró a Toby y luego a ella.

–Deberías llevar el cabello suelto más a menudo –dijo la otra chica con una sonrisa tras unos instantes de horrible silencio–. Te queda fenomenal. No sabía que lo tuvieras tan largo ya.

Ettie sabía que lo tenía revuelto y trató de controlar la vergüenza. Pero no podía enfrentarse a Leon. Porque lo último que recordaba de la noche anterior era su risa contenida cuando la llevó

al orgasmo de nuevo de madrugada, y ahora no tenía claro si se había reído con ella o de ella. Había sido su alivio por una noche. Y desde luego no supuso ningún reto… de hecho, había sido tan fácil que estuvo a punto de tener un orgasmo en el taxi.

Leon no querría repetir. Seguramente estaría fingiendo que dormía y esperaría que se marchara sin hacer ruido, ¿verdad?

Solo había sido una noche. Y no iba a permitir que nadie lo supiera. Nunca. Ni tampoco iba a ser capaz de volver a mirarle a los ojos. Nunca.

Y ese fue el momento exacto en el que Leon se acercó al mostrador.

–¿Dónde está Toby? –preguntó con aspereza.

Ettie estaba recolocando la caja de cubiertos que el inquilino quería que devolviera a la tienda donde los había comprado, y sabía que el hombre no sonreía.

–La vecina de Harold no estaba ayer y acaba de enterarse de lo ocurrido esta mañana. Ha preguntado si puede quedarse con Toby. Le tiene mucho cariño.

–Eso tiene sentido –respondió Leon con sequedad.

Ettie alzó la vista y vio que el invierno había regresado a sus profundos ojos marrones. No había ni rastro de la intimidad que habían compartido en su expresión. Lo único que había era un frío control.

–¿Por qué estás trabajando? Es sábado. ¿No llevas toda la semana de turno? –le disparó las preguntas como balas.

–Uno de mis compañeros se ha puesto malo, y como estaba aquí pronto para sacar a Toby… –miró de reojo a Joel, que estaba trabajando cerca, temiendo que pudiera escucharlos.

–Por supuesto –Leon asintió–. Gracias.

–Creo que es lo mejor –balbuceó nerviosa porque Leon tenía una expresión tan distante en la mirada que sintió cómo se alejaba todavía más de ella aunque estuviera allí de pie–. Ella le va a cuidar bien –trató de sonreír–. Me encargaré de que recojan sus cosas de tu apartamento enseguida.

Leon le dirigió una mirada helada.

–¿Enviarás a uno de los porteros?

–Por supuesto –asintió ella nerviosa.

¿Lo decía porque no quería que ella volviera? Por supuesto que no. Ojalá se abriera la tierra en aquel momento y se la tragara. Había tomado la decisión correcta al salir corriendo de allí.

En cuanto Leon se marchó, Ettie se apoyó en el escritorio y aspiró con fuerza el aire. Le temblaban las rodillas. Todo había

terminado. Ni siquiera hubo una auténtica despedida. Ni hubo en sus ojos un brillo amable, ninguna sensación de intimidad. Al contrario, Ettie tenía la sensación de que en cierto modo le había decepcionado. Pero eso era imposible, ¿no? Leon había conseguido lo que quería. Y ella también. Y ahora no había necesidad de hablar del asunto. Podían fingir que nunca había sucedido.

Todo había terminado.

Capítulo 4

DÓNDE está Ettie? –preguntó la mujer elegantemente vestida a Joel.

Leon se detuvo a una cierta distancia, incapaz de resistirse a escuchar la respuesta.

–Lo siento, señora Welby, pero Ettie está enferma –Joel le ofreció una sonrisa de disculpa.

La mujer se rio.

–Ettie nunca se pone enferma –afirmó Autumn Welby–. Ni tampoco se va nunca de vacaciones. Ella siempre está aquí. Este es su trabajo.

–Bueno, ahora mismo no está aquí –afirmó Joel.

No, no estaba. Hacía dos días que no se sentaba detrás del mostrador. Leon lo había notado. Y más que eso: la echaba de menos. Echaba de menos verla sonreír y escucharla charlar con los inquilinos.

Leon había tratado de evitar el mostrador de recepción lo más posible al principio. Lamentablemente, enseguida descubrió que aquel era el centro neurálgico del funcionamiento del edificio. Se retiró y trató de pasar más horas en su despacho, tener más reuniones. Pero siempre miraba de reojo hacia el mostrador cuando entraba. Y a medida que pasaban las semanas entraba en el vestíbulo con más frecuencia de la necesaria. Pero ella seguía sin mirarle.

Y ahora, aunque habían transcurrido más de tres semanas, aunque ya sabía todo lo que necesitaba, no era capaz de dejar el ático y volver a casa. Ettie le irritaba. O, mejor dicho, le irritaba seguir pensando en ella. Y aquello era un problema teniendo en cuenta lo que había descubierto respecto a la gestión de Cavendish House.

La conciencia de su ausencia, dos días seguidos, despertó su curiosidad. Y un escalofrío de advertencia le recorrió la espalda porque vio el instinto protector en los ojos de Joel al decir que Ettie

estaba enferma. El chico estaba preocupado por su compañera. ¿Qué pasaba exactamente con ella si nunca se ponía mala?

–¿Puedo ayudarle yo? –preguntó Joel con tono incómodo–. Ettie me ha enseñado cómo gestionar el tema de la tintorería.

Pero Autumn Welby dejó la ropa sobre el mostrador y se inclinó hacia Joel.

–¿Pero Ettie está bien?

Había pasado en un instante de clienta exigente a entrometida. Que la mujer estuviera preocupada por Ettie subrayaba lo que Leon ya sabía: todo el mundo la adoraba y confiaba completamente en ella.

–Mañana debería estar de vuelta –la sonrisa de Joel no resultaba lo bastante tranquilizadora–. Permita que yo me ocupe de esto mientras tanto.

La mujer volvió a agarrar los vestidos.

–Gracias, pero no confío en nadie excepto en Ettie. Esperaré a que vuelva –afirmó dirigiéndose al ascensor.

Leon también se marchó de allí pensando que le daría de plazo hasta el día siguiente para volver. Si no lo hacía, iba a tener que investigar.

No podía dejar de pensar en ella. Solo había sido una noche, y había tenido muchas aventuras de una noche con muchas mujeres. Entonces, ¿por qué estaba atrapado pensando en ella?

Ettie era la primera que le había dejado a él. Sin lágrimas, sin drama, sin hablar del tema, de hecho. Se le pasó por la cabeza un pensamiento horrible: ¿sería él la razón por la que no había ido a trabajar? ¿Estaba tan avergonzada de lo sucedido que había ido a buscar otro trabajo? ¿O acaso le había hecho daño sin darse cuenta, y esa era la razón por la que se había ido tan temprano a la mañana siguiente?

Las emociones eran una debilidad, fueran del tipo que fueran. Había aprendido aquella lección tiempo atrás y ahora la recordaba muy bien. No había que reconocerlas y no había que mostrarlas.

Eran apenas las ocho de la mañana cuando Leon bajó al día siguiente al mostrador de conserjería. Casi no había dormido. No iba a poder descansar hasta que supiera qué pasaba, y eso le irritaba. No permitía que los problemas de otras personas le afectaran. Ni tampoco los suyos: simplemente los solucionaba.

–¿Ettie sigue sin venir? –le preguntó a Joel con brusquedad.

–Sí, señor.

Leon miró de reojo el cuaderno que había encima de la mesa, lo agarró y empezó a pasar las hojas.

–Son las listas de Ettie –se apresuró a explicar Joel–. Ha diseñado un sistema de trabajo para todos. Es nuestra biblia.

Pero lo que le interesaba a Leon eran las direcciones del personal, lo que encontró en la última página. Lo memorizó y se marchó.

Tardó más en llegar de lo que esperaba. Ettie tendría que pasar mucho tiempo en trenes por la mañana y por la noche, lo que significaba que las tardes que trabajaba en la tienda llegaría muy tarde a casa. Leon subió las escaleras del bloque de pisos tratando de no juzgar el olor y la suciedad. Llamó a la puerta de su casa y unos instantes más tarde Ettie le abrió.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó mirando detrás de él como si esperara ver a alguien más–. ¿Ha pasado algo?

Era una alegría verla, pero también sintió dolor al ver lo frágil que parecía. Estaba muy pálida y tenía una sudadera de lana vieja, mallas negras y calcetines gordos.

–Déjame pasar, Ettie –murmuró Leon.

Estaba claro que no le apetecía nada, lo tenía escrito en la cara. Pero se echó a un lado. La atmósfera se intensificó cuando cerró la puerta tras él.

Vivía en un apartamento minúsculo sin televisión, solo libros. Vio la funda de un instrumento en la estantería y una pila de partituras. El sofá parecía destartalado, pero Ettie había intentado alegrar el lugar con unos cojines de colores y tres plantas en macetas. Todo estaba limpio y muy ordenado.

–¿Cómo has sabido dónde vivo? –preguntó Ettie abrazándose en un gesto de autoprotección.

–A lo mejor lo he visto en tu agenda personal –la miró.

Seguía estando pálida y tenía una expresión de asombro. Leon sintió el deseo de tomarla en brazos, raptarla y llevársela a su apartamento para…

Apretó los dientes. No era apropiado. No estaba permitido.

Ettie tragó saliva, incapaz de creer que Leon Kariakis estuviera en su apartamento.

–Gracias por tu preocupación, pero solo tengo un virus estomacal –murmuró–. Creo que lo peor ya ha pasado, pero mejor no te acerques mucho para que no te lo pegue.

«Vete, por favor. Vete, por favor». Antes de que cometiera

alguna estupidez como arrojarse en sus brazos.

–¿Y no deberías ir al médico? –Leon frunció el ceño.

–No, de verdad. Solo necesito dormir un poco más.

–Ettie… –su voz no fue más que un susurro.

Ella se quedó paralizada. ¿Había escuchado en su voz lo que quería desesperadamente oír? ¿Había algo más que preocupación? ¿Había deseo?

Porque dado el tamaño del apartamento estaba deliciosa y peligrosamente cerca. Ettie aspiró con fuerza el aire e hizo un esfuerzo por resistirse. Sería tan fácil besarle…

Pero no podía. Si lo hacía, estaría perdida. No estaba hecha para tener una aventura con un hombre así. Teniendo en cuenta lo que la había hecho sentir aquella noche, se convertiría en adicta en cuestión de días, desesperada por tener su dosis aun a expensas de su propio bienestar. No podía permitirse ser una romántica como su madre, enamorándose siempre del tipo equivocado. El tipo que no se enamoraba de ella. Leon Kariakis no tenía relaciones, tenía desafíos.

Ettie se sintió invadida por el remordimiento.

–Necesito este trabajo –se lo estaba recordando a sí misma más que a él–. Siento las molestias, no hacía falta que vinieras hasta aquí.

–No pasa nada –dijo Leon con sequedad–. Y no tienes por qué preocuparte, no voy a pedirte nada… inapropiado.

¿No? Genial. Ahora se sentía todavía más mortificada por haber pensado durante un instante que pudiera estar allí por algo personal. La valoraba más como conserje que como concubina. No se había ganado el premio a la mejor amante.

Leon se dirigió hacia la puerta. Parecía enfadado.

–Voy a implementar algunos cambios en Cavendish House. Podemos hablar de ello cuando vuelvas.

Ella asintió, incapaz de hablar porque se le había formado un nudo en la garganta.

–Pero no vas a volver hasta que estés completamente recuperada –añadió–. Todo puede esperar hasta entonces.

No era verdad. Como no había ido a trabajar un día a la papelería, la jefa la había despedido de inmediato. No estaba contratada, solo era una trabajadora suplente, así que tuvo que aguantarse. El virus estomacal había remitido, había dejado de vomitar, aunque se sentía agotada. Pero tenía que volver al trabajo. Tres días de baja eran demasiado.

Necesitaba el dinero. Y necesitaba la distracción.

–¿Qué ha pasado por aquí? –le preguntó Ettie a Joel al día siguiente por la mañana colocándose detrás del mostrador de Cavendish House.

Joel no tuvo la oportunidad de contestar porque Leon los estaba observando a ambos con expresión furiosa.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Trabajar –Ettie impostó la mejor de sus sonrisas. Iba a mantener una distancia profesional. A hacer su trabajo.

–Hoy no vas a trabajar –afirmó él–. Date la vuelta y vuelve a casa. Llamaré a un taxi.

Ettie se lo quedó mirando con la boca abierta. ¿Acaso no sabía lo que era la intimidad?

–Disculpa un segundo, Joel –entró en la pequeña oficina sin molestarse en mirar si Leon la seguía. Por supuesto que lo hizo–. ¿Se puede saber qué estás haciendo? –le espetó en cuanto cerró la puerta.

–Has perdido peso y estás muy pálida. No deberías estar aquí hoy. Ni el resto de la semana –afirmó él con el ceño fruncido–. Tienes un aspecto horrible.

–Muchas gracias –murmuró Ettie–. Pero estoy bien. Mi decisión es venir a trabajar, y no es asunto tuyo. No me puedo tomar más días de baja, me han echado de la papelería porque he faltado a mi turno esta semana y necesito el dinero porque Ophelia tiene muchos gastos. Voy a trabajar hoy y tú no me lo vas a impedir. Ni tampoco voy a permitir que me ayudes –le espetó antes de que él pudiera ofrecerse. Porque ella sabía que lo haría–. No quiero tu ayuda.

Leon se pasó la mano por el pelo con gesto frustrado.

–Una cosa es ser independiente y otra testaruda. Y tú eres lo último.

Aquel hombre no entendía el concepto de hablar bajo. Solo sabía dar órdenes y gritar. Seguramente, Joel lo habría oído desde el otro lado de la puerta y pronto todos sus compañeros sabrían que estaba a solas en la oficina discutiendo con Leon Kariakis como… como… amantes.

–Tengo que seguir trabajando. Por favor, déjame en paz.

Leon guardó silencio. Estaba furioso. Ettie no podía haber sido más clara, no quería tenerlo cerca. Pero él sabía que no era así. Así que se acercó más a ella.

–Leon… –susurró Ettie. No era un rechazo, era una súplica.

No la besó. No podía cuando ella le estaba pidiendo que no lo

hiciera. Pero se permitió el más leve de los gestos. Le pasó el brazo por la cintura y la oyó contener un gemido. Sintió la oleada de su anhelo atravesándole el cuerpo y la estrechó entre sus brazos.

El deseo brotó entre ellos. Leon la miró a los ojos y vio cómo crecía. Ninguno de los dos podía ocultarlo ni negarlo.

–No quieres que te ayude, pero me deseas –gruñó él.

Ella entreabrió los suaves labios.

–Eso es distinto.

Lo era. Y lo complicaba todo. No quería desearle. Con toda la fuerza de voluntad que fue capaz de reunir, Leon la soltó y salió de la oficina.

A Ettie se le cayó el alma a los pies cuando la puerta se cerró tras él. Quería sentir su contacto. Aquella necesidad era una constante desde la primera noche. Por mucho que luchara contra ello, el deseo simplemente crecía. Y ahora le había echado para siempre.

Aspiró con fuerza el aire y trató de calmar el pulso, ignorando el dolor agudo en la parte superior del pecho. La adrenalina terminó bajando, dejándola completamente agotada.

–¿Te encuentras bien, Ettie? –Joel frunció el ceño al verla salir de la oficina.

–Sí, estoy bien –mintió ella.

La verdad era que tenía frío, calor y ganas de vomitar. Nunca en su vida se había encontrado tan mal.

–¿Ettie? –insistió Joel.

Ella giró la cabeza para contestarle, pero entonces oyó a alguien más.

–¿Ettie? ¡Ettie! –Leon estaba gritando.

Se tambaleó y abrió la boca para decir algo, pero ya era demasiado tarde. No le salieron las palabras.

Capítulo 5

ETTIE…

Fue el más leve de los susurros, pero era la misma voz que había escuchado un momento antes de que todo se oscureciera.

«Leon».

Parpadeó rápidamente y trató de sentarse, pero él le volvió a apoyar la espalda en el cómodo sofá. Ettie se estremeció con el contacto. Resultaba desolador que anhelara tanto su contacto.

–Quédate quieta –le ordenó él.

Estaba tan inclinado hacia delante que solo podía verlo a él. Tan mandón como siempre. Se había quitado la chaqueta y estaba impresionante con la camisa blanca inmaculada y la corbata oscura. Pero eran sus ojos los que la dejaban paralizada, la potencia y la profundidad de aquella luz ámbar. ¿Cómo pudo pensar alguna vez que tenía los ojos fríos?

Lo que le atravesó la espina dorsal no fue una oleada de deseo prohibido, fue un tsunami.

–Leon… –murmuró. Cuántas ganas tenía de verlo. Y entonces lo recordó. Se había desmayado a sus pies. Qué idiota.

–Te dije que todavía no estabas bien –afirmó él muy serio–. Esto ha ido demasiado lejos.

Ettie miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? No era la oficina de conserjería.

–Estoy en tu ático –se le aceleró el pulso al darse cuenta–. ¿Por qué?

–Porque te desmayaste en el vestíbulo. El médico está de camino.

Ella le miró con los ojos abiertos de par en par.

–¿El médico? No necesito un médico. Solo necesito pasar un día más en la cama.

Leon estaba muy cerca y algo se encendió en sus ojos al escucharla. La debilidad física le minaba la fuerza de voluntad. Su cama estaba muy cerca. Su cama, donde le había hecho sentir tanto.

Se le secó la boca. Su deseo se multiplicó hasta el punto de la locura. Y Leon le leía el pensamiento, porque se inclinó un poco más hacia delante y le pasó la mano por el pelo para sostenerle la cabeza mientras la miraba a los ojos.

–Seguramente todavía pueda contagiarte –murmuró ella como última y débil defensa.

Se había vuelto a convertir en un pequeño desafío para él, nada más.

–Demasiado tarde. Creo que ya lo he pillado –respondió Leon–. Tengo fiebre. No duermo. He perdido el apetito…

A Ettie le latía el corazón con tanta fuerza que creyó que le iba a romper las costillas.

–Leon…

Llamaron con los nudillos a la puerta y Ettie se volvió a recolocar en posición sentada mientras Leon iba a abrir. Escuchó una conversación concisa en griego y no entendió ni una palabra.

–Ettie, esta es la doctora Notaras –dijo Leon regresando con una mujer alta, morena y elegante–. Estaré en mi despacho. Avisadme cuando hayáis terminado –esto último se lo dijo a la doctora.

Ettie trató de explicarle a la médica que estaba bien, pero la otra mujer estaba demasiado ocupada tomándole la temperatura y mirándole los oídos y la boca.

–No tienes fiebre ni hay señales de infección de oído o garganta. Nada en el pecho. Tienes el pulso fuerte y la tensión sanguínea es buena. ¿Diabetes o algún problema de corazón?

Ettie sacudió la cabeza.

–¿Hay alguna posibilidad de que estés embarazada? –preguntó la doctora.

–No… –empezó a decir ella.

Había una posibilidad, pero remota. Aunque…

Apretó los labios para no balbucear. Había habido más de una posibilidad en aquella noche mágica. Su cerebro empezó a dar vueltas desesperadamente tratando de recordar fechas, de atar cabos… Finalmente se agarró al único hecho que se atrevía a considerar. Habían usado protección. Todas las veces, ¿verdad?

–Tengo pruebas de embarazo –dijo la médica tras el largo silencio de Ettie buscando en el maletín y sacando un paquetito. Se lo entregó a Ettie junto a una tarjeta de visita–. Ponte en contacto conmigo si lo necesitas. Puedo venir en cualquier momento.

–Esto es entre nosotras, ¿verdad? –quiso asegurarse Ettie.

Confiaba en que aquella mujer no le comentara a Leon que había una mínima posibilidad de embarazo.

–Por supuesto –asintió la doctora poniéndose de pie.

–Gracias.

La doctora Notaras dijo algo en griego y Ettie se guardó rápidamente el paquetito en el bolsillo. No iba a discutir aquello con Leon, no había necesidad. Porque era imposible que hubiera sucedido, ¿verdad?

Escuchó más palabras en griego rápido y luego el «din» del ascensor. Unos instantes más tarde, Leon entró en la habitación solo. Seguía igual de serio.

–Debería volver abajo –Ettie no podía mirarle a los ojos.

–Te vas a quedar aquí –afirmó él con sequedad–. Si bajas te arrastraré hasta aquí otra vez aunque grites para que no lo haga. Me da igual quién nos mire.

Furiosa por sus modales, Ettie se puso de pie con un movimiento rápido.

–Tengo un trabajo que hacer y soy perfectamente capaz de hacerlo.

–¿Qué es eso?

Ettie miró al suelo. La prueba de embarazo se le había caído del bolsillo y Leon la recogió del suelo antes de que ella se hubiera dado cuenta siquiera de que se había caído.

–Solo es algo que la doctora… –Ettie guardó silencio y apretó los puños con fuerza mientras él leía la caja.

Cuando terminó, la miró a ella. Había palidecido y entornó los ojos.

–¿Esto es una posibilidad?

Ettie no pudo responder, estaba demasiado impactada por verlo tan abatido. Se le aceleró el pulso. Leon no quería aquello. No lo quería en absoluto. Bueno, ella tampoco. Aspiró con fuerza el aire y sacudió la cabeza.

–Usamos protección.

Leon apretó los labios. Sus palabras eran una pequeñísima medida de paz en su mar de pánico. Revelaban que solo podía tenerlo en cuenta a él y solo aquella noche. No había otro hombre en su vida y no se había acostado con nadie desde hacía mucho tiempo. Pero eso lo supo Leon la noche que estuvo con ella. Se mostró tímida y dulce y se notaba que no tenía experiencia. La expresión de placer y asombro de su rostro cuando alcanzó el orgasmo entre sus brazos lo perseguía. Quería volver a verla responder así, llevaba semanas deseándolo.

Pero ahora…

El miedo se hizo más patente en los ojos de Ettie.

–No puedo estar embarazada. Y menos de…

–¿De ti? –Leon frunció el ceño. Sí, incluso ella sabía de un modo instintivo que no sería un buen padre. Se le heló la sangre–. Lo siento, Ettie. Sé que no hay más posibilidades de paternidad para ese niño.

Ella tragó saliva pero no lo negó.

–Ve a hacerte la prueba –le pidió Leon. Necesitaba saberlo. Ya.

A Ettie le tembló la mano cuando le quitó el paquetito de la mano. ¿Por qué no le había dicho nada hasta aquel momento? ¿Se lo habría dicho cuando lo confirmara? Se sintió invadido por el horror. Aquello era todo lo que no quería. Surgieron los recuerdos de la infancia que odiaba. De la soledad y la impotencia. De todo lo que no quería.

Recorrió la sala de arriba abajo mientras esperaba. Tenía que controlar la situación.

Ettie no fue capaz de mirarle a los ojos cuando salió del baño. Ni tampoco habló. Se limitó a sentarse en el sofá y a curvarse en una bolita. Leon sintió una presión intensa en el pecho, pero se apoyó en la pared y esperó, aunque ya sabía la respuesta.

–No puede estar bien –susurró ella–. Usamos protección.

Leon la miró fijamente.

–Nada es fiable al cien por cien.

–Excepto la abstinencia –murmuró Ettie con amargura.

La respuesta que dio Leon tenía cierto tono humorístico.

–Sabes que eso no fue una opción aquella noche.

Ettie alzó las cejas dejando al descubierto su angustia.

–Estamos hablando de consecuencias para toda la vida, Leon.

Así que iba a tener el bebé. Leon sintió una punzada de inquietud en el vientre.

–¿Qué estás pensando? –le preguntó con toda la calma que pudo.

Ettie volvió a apartar la vista de él.

–Necesito un poco de espacio –intentó levantarse, pero el rostro se le volvió grisáceo.

–Siéntate –le ordenó Leon. Estaba furioso con ella–. Hoy no vas a ir a trabajar. Tómate un día para esto, maldita sea.

Los dos estaban respirando agitadamente. Y luego Ettie volvió a sentarse en el sofá.

–Para mí fue una noche –murmuró ella–. Solo para mí. Solo una noche. Y ahora esto.

–Lo siento –y era verdad. Sabía que Ettie no era de aventuras de una noche, y para una vez que se dejaba llevar…– Tienes que decirme lo que estás pensando.

Porque estaba pensando, y mucho, a juzgar por la expresión de su rostro.

Finalmente, Ettie se giró hacia él y se encogió de hombros.

–Voy a tener el bebé.

Sí, lo sabía. Pero entonces ella siguió hablando.

–Tú no tienes por qué…

La furia se apoderó de él.

–¿Dudas de que vaya a implicarme?

–Ni siquiera eres capaz de sacar a un perro a pasear –le espetó ella–. ¿Cómo vas a ocuparte de las necesidades de un niño?

–Solo dije que no podía sacar al perro porque quería verte más –confesó Leon–. Fue una excusa para que vinieras a mi ático.

Ella tenía los ojos y la boca muy abiertos, pero siguió callada. Leon volvió a mirarla. ¿De verdad no lo sabía?

Leon murmuró algo entre dientes.

–Te deseé desde que puse los ojos en ti, Ettie. Y a ti te pasó lo mismo. Sinceramente, te sigo deseando. ¿No te parece que este es un buen punto de partida para nosotros?

Ettie se quedó boquiabierta un instante más. Luego cerró la boca y sacudió con vehemencia la cabeza.

–No hay un «este». Y «lo otro» no dura.

¿No? Porque para ella ya había durado más que cualquier otra mujer en su vida.

Leon se quedó muy quieto y analizó su estrategia. Tenía una gran capacidad para pensar en todo tipo de problemas, combinaciones y opciones en una situación… y la misma habilidad para encontrar una solución. Un embarazo no deseado era la antítesis de la ambición de su vida. Nunca había querido tener un hijo. Nunca había querido una relación a largo plazo. Ni siquiera se había parado a considerarlo. Pero el destino en forma de preservativo fallido le estaba obligando a ambas cosas.

Le resultaba imposible pensar en un bebé de verdad. Era demasiado pequeño, demasiado vulnerable. No sabría ni cómo sostenerlo. Se pasó una mano por el pelo para intentar centrarse. Haría lo que se le daba bien… gestionar.

Podría aportar muchas cosas importantes: riqueza, una casa, una educación de élite… pero esas cosas no eran lo que importaba de verdad. Se aseguraría de que el niño tuviera todo lo que él no tuvo: seguridad, cariño…

Miró hacia atrás y la vio sentada en aquel sofá con un brazo sobre el vientre plano en un gesto inconsciente maternal mientras lo miraba con una expresión recelosa.

Durante unos segundos se dejó llevar por aquellos recuerdos oscuros y antiguos. El miedo, el dolor, el aislamiento. Su madre le odiaba y se lo había demostrado en todas sus acciones durante todos los días.

Pero Ettie sería una buena madre. Seguramente demasiado buena, teniendo en cuenta que siempre anteponía a los demás a ella. Hacía todo lo que estaba en su mano por los que quería.

Pero era una pena que le hubiera pasado tan pronto, y para colmo con él. La culpabilidad le dejó sin fuerzas. Nunca tendría que haberla seducido. Se había comportado de una manera egoísta y codiciosa y ahora le había cambiado la vida irrevocablemente. Porque el bebé que llevaba en las entrañas era suyo.

Su animal interno quería golpearse el pecho y bramar. No había dejado de desearla en aquellas últimas semanas, pero también estaba decidido a hacer lo correcto. Había mantenido las distancias, respetando sus deseos… había tratado de recuperar el control y no romper las normas otra vez. Pero eso lo cambiaba todo.

Ahora era muy sencillo. El bebé tendría a Ettie. Y Ettie lo tendría a él.

Y solo había una manera de asegurar aquello: el matrimonio.

Sería un acuerdo amistoso y manejable, básicamente una adquisición como cualquier otra. Solo tenían que ultimar los detalles, llegar a un acuerdo y firmarlo.

Pero viendo lo asustada que estaba ahora con él delante, Ettie iba a resistirse. Iba a tener que ser cuidadoso con ella.

–Quiero irme a casa –le miró con un brillo desafiante en los ojos–. Necesito espacio.

Leon se mordió la lengua. No iba a permitir que Ettie permaneciera en aquel agujero de apartamento ni un minuto más.

–Esto es un shock –dijo tras un instante–. Pero vamos a encontrar la manera de llevarlo. Voy a intentar con todas mis fuerzas no…

–¿No tomar el control? –adivinó ella con frialdad–. Sigue intentándolo.

Leon la miró y volvió a aspirar el aire con fuerza.

–Quiero que vivas conmigo –dijo–. No quisiera tener que estar preocupándome cuando no estás aquí.

–¿Te da miedo que no cumpla bien mi trabajo sola? –preguntó Ettie a la defensiva.

Leon contuvo un gemido y trató de ser todavía más cuidadoso con las palabras.

–Eres muy buena cuidando de otras personas. De ti misma no tanto.

–He cuidado de Ophelia toda mi vida. Y de mí misma. Puedo cuidar de él –afirmó Ettie desafiante–. Es mi bebé.

Aquella afirmación le provocó chispas en la sangre. Parecía una fiera tigresa, todo pasión y protección. Pero él no era muy distinto.

–También es mío –le espetó–. Y los dos cuidaremos de él. Somos igualmente responsables, así que nos ocuparemos juntos.

Ettie apartó la mirada.

–No os voy a abandonar –afirmó él apretando los dientes–. Y no vas a quedarte en ese apartamento.

–Es mi hogar.

–Ya no. Vas a mudarte conmigo. De inmediato.

–Ni siquiera me estás preguntando –le recordó Ettie con tono acusador–. Estás ordenando.

–Sí.

Ella se lo quedó mirando, asombrada por que no le diera vergüenza hacer aquella afirmación.

–No voy a andarme por las ramas, Ettie.

Su fragilidad le asustaba, y su resistencia le frustraba. Sus propios deseos le hacían estar irritado. Quería tenerla en su cama, pero ahora no podía. Debía solucionar aquello. Sería fácil si los dos mantenían la calma. Intentaría tranquilizarla e ir despacio, pero estaba acostumbrado a dar órdenes y que las obedecieran al instante.

–No vas a despertarte por la mañana y a descubrir que no estoy.

Ettie se sonrojó, porque eso era exactamente lo que ella había hecho. Leon se puso en cuclillas frente a ella y atacó aprovechando que todavía tenía ventaja.

–Anunciaremos nuestro compromiso.

–¿Qué? –Ettie se apartó de él como si quemara.

–No quiero que la gente piense que eres mi última conquista. Quiero que tengas otro estatus –aspiró con fuerza el aire de nuevo, pero no sirvió para calmar la irritación que sentía ante su negativa.

–Ah, porque, si soy tu prometida, tendré mucho estatus –le espetó ella con sarcasmo.

–Ettie –Leon no pudo evitar reírse un poco. Se acercó más–. Quiero que sea un hijo legítimo. No se trata solo de tu reputación, sino también de la mía.

Ella arrugó la nariz.

–¿Te importa mi reputación?

–Llevo mi vida personal con mucha discreción. Mis inversores me consideran fiable. Es importante para mi negocio.

Y estaba seguro de que para ella también. Tenía miedo de que la abandonara, y eso era una manera de demostrarle que no lo haría.

–Compraremos un anillo y anunciaremos nuestro compromiso…

–No voy a comprometerme otra vez –afirmó Ettie antes de sonrojarse toda.

–¿Otra vez? –Leon se quedó paralizado al escuchar sus palabras–. ¿Has estado prometida antes?

Capítulo 6

ETTIE se quedó como congelada en el sofá.

–No nos conocemos de nada, Leon. Esto no puede funcionar.

–Cuéntame qué pasó –le pidió él malhumorado.

–Da igual lo que pasara.

–Está claro que no porque por eso te comportas de manera irracional.

–¿Yo soy la irracional? Tú eres el loco al insistir en que nos casemos cuando es completamente innecesario.

Para él, de hecho, era imperativo. Cuanto más pensaba en ello, más crucial le parecía el concepto.

Pero Ettie se levantó del sofá y se apartó de él.

–No voy a volver a pasar por esa humillación –murmuró–. Ya no soy esa niña ingenua que creía en los finales felices.

Su vehemencia le provocó una sonrisa.

–¿Creías en los finales felices?

Ettie alzó la barbilla.

–¿Y por qué no iba a creer? –pero se sonrojó de nuevo y se apartó al recordar cosas amargas–. Olvídalo.

Leon consideró un instante sus palabras: «humillación», «ingenuidad…».

–¿Rompió contigo?

Ella asintió.

Leon no la presionó para obtener más detalles. No era el momento.

–No voy a prometerte la luna –afirmó con claridad–. Ni tampoco una devoción incondicional. No habrá mentiras ni falsas promesas –aspiró con fuerza el aire mientras el plan perfecto cobraba vida en su mente–. No te tomes esto como una petición de mano tradicional. Esto no es amor romántico con arcoíris y unicornios, es una solución real para un problema real.

Leon hizo una breve pausa.

–Está claro que os apoyaré económicamente al bebé y a ti al cien

por cien. Eso se da por hecho. Pero esta es mi oferta: si te casas conmigo pagaré los estudios de Ophelia. No solo este año, sino también la universidad. Quiere estudiar Medicina, ¿verdad? Así que una década de formación y especialización. Todo pagado. No tiene que preocuparse de conseguir una beca, solo necesita que la admitan en la universidad. Puede elegir la que quiera, aquí o en cualquier país. Si quiere estar unos años en Estados Unidos, en Europa… donde quiera. Cubriré todos los gastos de matrícula, de vivienda… todo. Ella solo tiene que conseguir las calificaciones.

Hizo una nueva pausa para observar su respuesta.

Ettie estaba inmóvil y lo miraba fijamente.

–No puedes…

–Di la palabra y le diré a mi abogado que redacte el contrato. No firmo contratos a la ligera nunca, Ettie. Y no los incumplo. Esta es una proposición legítima. Lo único que tienes que hacer es aceptarla casándote conmigo.

–Pero no nos queremos.

–Eso es irrelevante –Leon rechazó la preocupación con sequedad. Aquello no era un tema emocional, se trataba de seguridad, asuntos prácticos, puro sentido común.

Ettie tragó saliva.

–¿Esperas que sigamos casados… para siempre?

Algo se le despertó en el vientre ante aquella pregunta, pero lo ignoró.

–No veo por qué no iba a funcionar a largo plazo. Pero, si las cosas se vuelven difíciles entre nosotros, encontraremos una solución alternativa. En cualquier caso, mi compromiso económico con tu hermana no se romperá. Ni contigo. Eres la madre de mi hijo y siempre tendrás una casa.

Ettie se tambaleó. Hacía que sonara como si le hubiera tocado la lotería.

–¿Por qué no podemos encontrar esa solución alternativa ahora?

–Porque no permitiré que mi hijo nazca ilegítimo –repitió Leon con sequedad–. En cualquier caso, no creo que las cosas se pongan difíciles. Trabajamos bien juntos, Ettie.

«¿Trabajar juntos?». ¿De verdad veía aquello como una resolución carente de complicaciones y de emoción? Estaba claro que sí. Porque al parecer para Leon no era apropiado tener un hijo ilegítimo con una trabajadora del servicio…

Y estaba jugando con su lealtad y el amor hacia su hermana para conseguir lo que quería. Era muy cruel por su parte. Pero de pronto se dio cuenta de que así actuaba él: elegía una adquisición y hacía

todo lo que estaba en su mano para hacerse con ella. Y lo hacía muy deprisa. No era de extrañar que hubiera ganado tanto dinero tan joven.

–Sabes que puedo apoyarte, Ettie. Tengo el dinero y las posibilidades para asegurarme de que tanto el niño como tú tengáis todo lo que necesitáis –afirmó.

A Ettie se le cerraron las persianas del corazón.

–El bebé necesitará algo más que seguridad económica.

Ella también necesitaba más. Porque sabía que la felicidad no provenía del dinero. Pero tenía la sensación de que no iba a conseguirlo.

–Por supuesto, pero las necesidades básicas de la vida también importan. Comida, ropa, una casa digna.

El énfasis que puso en lo último bastó para que ella saltara.

–¿Y qué me dices de la seguridad emocional?

–Tú ya quieres al bebé.

Aquella sencilla afirmación la silenció y para su horror se le llenaron los ojos de lágrimas. Porque se dio cuenta al instante de que era verdad. Por muy inesperado e inconveniente que fuera… era maravilloso. Una emoción poderosa se apoderó de ella al pensar en aquella cosita pequeña creciendo en su interior. Su hijo. La imaginación se le disparó y le surgieron imágenes de un bebé precioso… Leon en niña, o tal vez un Ettie… si aquel bebé se parecía en algo a Leon iba a romper todos los corazones del mundo.

–Escribe la lista, Ettie –él la miraba fijamente como si estuviera analizando cada palabra, cada expresión–. Todas las razones a favor, todas las razones en contra. Y luego toma tu decisión.

No había decisión y Leon lo sabía. El acuerdo que le ofrecía era imposible de rechazar. Porque no se trataba de ella, sino del bebé. Y de Ophelia. Leon estaba ofreciendo seguridad completa para los dos. Ophelia podría relajarse y centrarse en sus estudios sin añadir la presión de tener que conseguir una beca. Había dicho que podía elegir entre todas las universidades y Ettie sabía que lo decía de verdad. Era increíblemente generoso…

Pero Leon no la quería a ella. Había sido una aventura de una noche, él no había querido más. Y Ettie había vivido con las consecuencias de una aventura de una noche. Su hermana, Ophelia.

Tanto Ophelia como ella habían sido niñas no deseadas. Había visto a su madre amargarse por la traición de los hombres que había deseado amar… hasta el punto de no poder afrontar las exigencias normales de la vida. Y Ettie también había sido muy tonta en el amor. Se había dejado engatusar por el primer hombre que le prestó

atención. Y ahora…

Leon Kariakis no quería nada de ella. Tenía más dinero del que se podía gastar y un flujo incesante de mujeres dispuestas. Pero se había visto atrapado y se sentía en la obligación de hacer lo correcto. ¿Acaso no llevaría eso al resentimiento al final? Nunca había sido su intención quedarse atrapada con él. Y su «contrato» estaba desequilibrado. Le estaba ofreciendo un anillo y espacio en su ático… ¿y qué aportaba ella? Un útero excesivamente eficaz.

–Estás ofreciendo todo esto… muchos gastos –dijo incómoda–. No me parece justo. ¿Qué consigues tú?

Leon compuso una mueca de resentimiento.

–Conseguir lo que quiero.

Ella sintió aquella punzada habitual en el vientre que la impulsaba hacia él. Se refería al bebé, ¿verdad?

–Ettie –Leon fue quien avanzó hacia ella hasta que quedó muy poco espacio entre ellos–. Vamos a buscar tus cosas a tu apartamento –dijo con voz ronca.

Ella no podía moverse. Leon le puso la mano en la cintura. En sus ojos brillaron dos luces ámbar, pero no sonrió. La atrajo hacia sí hasta que a Ettie no le cupo duda de la respuesta física hacia ella.

–¿Esto va a ser… parte del contrato? –alzó la barbilla, decidida a mantener su sitio. Porque si no podía hacerlo ahora no sería capaz de mantenerlo a raya.

Algo brilló en los ojos de Leon.

–Te seré fiel y espero lo mismo a cambio. Pero no voy a exigir favores sexuales. No habrá una cláusula detallando el mínimo de encuentros sexuales semanales.

Ettie abrió la boca, asombrada por la sugerencia. Por la ardiente respuesta de su traicionero cuerpo ante semejante petición.

–Si algo ocurre, dependerá de nosotros en ese momento. Algo normal –afirmó Leon–. Sin expectativas ni repercusiones… independientemente de lo que hagamos en privado.

¿Sin repercusiones? Resultaba muy irónico, pero no podía reírse. En aquel momento no podía ni siquiera respirar.

Leon le pasó la mano por la columna vertebral y la dejó descansar en la curva de la cadera.

–Tal vez deberíamos dejar de negociar…

A Ettie se le derritió el cuerpo. La estaba seduciendo para que dijera que sí. Y sabía que podría hacerlo con mucha facilidad. Se apartó bruscamente de él.

–Tal vez no deberías intentar distraerme de este modo.

–Tal vez ese tipo de distracción te vendría bien –respondió Leon

con una pequeña sonrisa.

Ella sintió un estremecimiento en la espalda.

–Tal vez deberíamos ir a buscar mis cosas.

Oyó su risa cuando se alejaba. Se dio cuenta demasiado tarde de que la había manipulado para que hiciera lo que él quería. Con qué facilidad jugaba con ella… porque sabía que todavía era débil en su deseo. Ettie apretó los ojos: aquello resultaba vergonzoso. El eco de la insensibilidad de su exprometido le daba vueltas por la cabeza, despertando los demonios de su inseguridad. Odiaba su inexperiencia.

–Vamos, *glykia mu*. En marcha.

–¿Qué significa esa expresión? –quiso saber Ettie.

–Cariño.

–¿Y crees que eso te va a reportar puntos extra? –le preguntó ella con ironía. Pero estaba sin aliento a pesar del sarcasmo. Era muy injusto porque no lo decía de corazón.

–Creo que solo es cuestión de tiempo –murmuró él–. Y creo que tú lo sabes tan bien como yo.

–No tenías interés en repetir –le recordó Ettie.

–Porque tú te cerraste en banda –afirmó él mirándola–. Estaba respetando tus deseos. La situación es la que es, Ettie –añadió–. No tiene nada de malo que intentemos sacar la mayor ventaja posible.

–¿Y en tu mundo «sacar la mayor ventaja posible» significa que volvamos a acostarnos juntos? –preguntó con amargura.

Él se rio de pronto.

–Ay, Ettie, eres transparente.

Y antes de que ella pudiera argumentar nada la giró para mirarla y le rozó los labios con los suyos suavemente. A Ettie se le entrecortó la respiración.

–No es justo que juegues conmigo así –defendió con valentía su corazón cuando apartó la cabeza de la suya.

Porque sin duda sabía lo abrumada que se sentía por su sensualidad, ¿verdad?

Pero Leon se quedó paralizado al escuchar sus palabras. Un segundo después de que se abriera la puerta del ascensor se vio con la espalda apoyada en la pared y con Leon justo delante.

–No estoy jugando –murmuró él.

Leon estrelló la boca contra la suya, decidido a encender la chispa aunque solo fuera porque estaba enfadada con él. Quería su fuego. La besó apasionadamente, probando su suavidad con la lengua. La llama se encendió al instante. Su respuesta le pilló desprevenido y desató su propio fuego. Diablos, deseaba aquello,

llevaba demasiado tiempo negándoselo. Ettie se apretó contra él y le enredó los dedos en el pelo.

El embriagador alivio de tenerla entre sus brazos contrastaba con el ardiente deseo que le atenazaba el cuerpo hasta el punto del dolor. Le enfadaba que lo hubiera mantenido a raya de aquel modo cuando estaba claro que deseaba su contacto como él se moría por el suyo.

Ettie gimió cuando le cubrió un seno con una mano firme y codiciosa. El pezón se le estiró contra la camisa. Estaba tan excitada que Leon perdió completamente la cabeza y sintió al instante la intensidad de aquel loco deseo. Llevaba semanas sufriendo sin aquello. No sabía cómo había podido soportarlo.

Sonó un «din» en la distancia y tardó un momento en darse cuenta de que la puerta del ascensor se había abierto.

–Oh, lo siento.

Leon se quedó paralizado y miró a Ettie. Le hizo gracia ver cómo se sonrojaba. Ella le retiró rápidamente los dedos del pelo y giró la cabeza para ver quién había hablado.

El ascensor no se había detenido en el sótano. Ni siquiera había tenido cabeza para apretar los malditos botones en su precipitación por tocarla. Un inquilino había llamado al ascensor, y por lo tanto se detuvo en mitad del edificio, donde ahora Autumn Welby los miraba a ambos con franca fascinación.

–Esperaré a que vuelva el ascensor. Me alegro de volver a verte, Ettie –dijo con tono alegre–. Qué alegría que te sientas mejor.

Leon miró a Ettie, que había palidecido por completo. Le pasó la mano por la cintura y con la otra pulsó un botón del ascensor.

–Ettie no volverá al mostrador de conserjería en un futuro próximo –afirmó dirigiéndole una sonrisa a Autumn.

–Ah –la mujer asintió–. Bien por ti. Mal por mí.

La puerta del ascensor volvió a cerrarse y Leon miró a Ettie. Su rostro reflejaba una furia total.

–¿En un futuro próximo? –repitió con tono gélido–. ¿Así sin más?

Sí, así sin más. No iba a disculparse ni tampoco tenía la cabeza para explicárselo.

Ettie se apartó de sus brazos y cruzó los suyos mientras el ascensor llegaba al sótano.

–Se va a enterar todo el mundo –murmuró–. En cuestión de minutos.

–Vamos a casarnos, Ettie. Vas a tener un hijo mío –Leon la siguió despacio, decidido a mantener la calma y a tratar de asimilar

la respuesta de Ettie a sus besos–. Lo iban a saber en cualquier momento, así que mejor ahora.

Ella se detuvo en seco y se giró para mirarle.

–Pero es muy pronto…

Un pensamiento terrible le pasó por la cabeza. ¿Le preocupaba perder al bebé? ¿Acaso cabía la posibilidad? Una oleada de instinto de protección se apoderó de él. Y también de enfado hacia sí mismo. No debería estar mareándola así cuando lo que necesitaba era descansar.

–Todo va a estar bien –Leon la guio hacia el descapotable. Para ese trayecto no quería contar con el chófer. Quería sentir las manos en el volante–. Eres fuerte, sana y estás en forma.

Y era tan hermosa que lo único que quería era tomarla en brazos, dejarla caer sobre la cama más cercana y retomarlo donde lo habían dejado antes de que los interrumpieran. Pero no la cansaría con su inagotable anhelo. Tenía que anteponerlos al bebé y a ella por encima de sus deseos. Ettie necesitaba seguridad, tenía demasiadas preocupaciones y responsabilidades. Pero él iba a quitárselas. Y aunque el deseo no durara, los ayudaría a atravesar aquella fase hasta que se asentaran en un acuerdo a largo plazo. Le daría un estilo de vida con el que nunca había siquiera soñado. No tendría que volver a preocuparse de pagar la comida ni la calefacción. No tendría que ahorrar para pagar la educación de su hermana. Podría cuidar de su hijo y respirar tranquila el resto de su vida.

–Tendrás que conseguir otro coche –Ettie miró el descapotable italiano.

Leon asintió.

–¿Y qué pasa con las vacaciones de Ophelia?

–Tengo espacio de sobra.

No le dijo que se refería a su casa de Londres. No iban a quedarse en Cavendish House una noche más. Ettie se sentía demasiado incómoda y él lo entendía. Necesitaban intimidad. Ella necesitaba espacio para dejar ir las inhibiciones… para gritar su nombre cuando alcanzara el éxtasis.

«Cálmate, Romeo», se burló para sus adentros. Ettie estaba agotada y abrumada, y lo último que necesitaba era que Leon intentara algo con ella. Ya había ganado. Podía esperar un poco más.

Capítulo 7

ETTIE solo tardó cinco minutos en llenar una maletita con ropa y unos cuantos efectos personales del apartamento. Agarró el abrigo que tenía colgado en la parte de atrás de la silla.

–Déjalo –le dijo él–. Te compraremos uno nuevo.

Ella se puso tensa y le entristeció que se hubiera dado cuenta de lo viejo que estaba. Echó una última mirada alrededor de la sala. ¿Cómo era posible que un apartamento tan pequeño pudiera parecer tan vacío? Allí había enseñado a leer a su hermana. Le había hecho la comida y lavado el uniforme del colegio. Durante mucho tiempo fueron ellas dos solas contra el mundo…

Y no le iba a contar a Ophelia todavía aquello. No hasta que tuviera el control de todo, principalmente de sus emociones.

–Enviaré a alguien a recoger el resto de tus cosas, no te preocupes.

¿Que no se preocupara? Su madre se había enamorado del hombre equivocado más de una vez. Ettie ya había cometido el error de poner toda su fe en un hombre… pero tal vez Leon tuviera razón. Tal vez era tan sencillo como escribir una lista, los pros y los contras, y actuar en consecuencia con la cabeza fría.

Leon quería tener el bebé. Ella iba en el paquete. Así que la tendría contenta para que siguiera a su lado: le daría un hogar, la ayudaría a mantener a su hermana. Podrían incluso tener relaciones sexuales si Ettie jugaba bien sus cartas. Pero ni siquiera aquello era «emocional» para Leon, sino un alivio relajante. Un extra añadido al acuerdo que habían alcanzado.

Tal vez podría ser divertido para ella también. Tal vez podría aprender a ser como Leon.

Observó a Leon mientras conducía de regreso al corazón de Londres. Parecía disfrutar de controlar aquella poderosa máquina. Parecía tan calmado como siempre. Seguro de su lugar en el mundo y de las decisiones que había tomado. Era como si su hermoso rostro hubiera sido cincelado en mármol. No tenía expresión. Así

que cuando antes parecía tan desesperado por su contacto no era más que una farsa. Ettie se estremeció de terror al pensar que iba a sentirse todavía más sola viviendo en su apartamento.

–¿Dónde vamos? –Ettie se puso recta y se giró para mirar la señal del camino–. Acabamos de pasarnos Cavendish House.

–Vamos a casa.

–Tu casa es el ático que tienes allí.

–No, allí es donde me he quedado unas semanas mientras estudiaba mi nueva inversión. Esta es mi casa.

Habían girado por una calle tranquila en el corazón de Mayfair. A Ettie se le paró el corazón. No era un apartamento en un edificio, sino el edificio entero. Sabía que Leon tenía dinero, pero eso no era el ático de un millonario; aquella propiedad valía cientos de millones, la mansión de un multimillonario en una de las calles más caras del planeta.

–¿Cuántas habitaciones tiene? –murmuró.

–Solo seis –Leon avanzó por delante de ella–. Cuatro baños.

Ah, ¿nada más? Ettie sacudió la cabeza y le siguió. Había una cocina brillante… limpia, aireada, completamente equipada con unos electrodomésticos que Ettie no sabría ni cómo encender…

–Debajo hay una zona de servicio con cocina.

Ettie parpadeó.

–¿Tienes mucho personal?

–Una encargada de la casa, no vive aquí, pero viene cada dos días. Nos preparará la comida si queremos. Mi asistente a veces la usa si estamos trabajando hasta tarde.

–¿Ah, sí? –Ettie trató de no imaginarse a su guapa asistente–. Supongo que es muy eficiente.

Leon la miró de reojo.

–Sí, es un hombre muy eficiente.

Ettie lo miró fijamente, abrumada por las tres salas de recepción. El gimnasio dentro de casa, la piscina y la sala de cine. Todo estaba bellamente amueblado en tonos grises y neutros, había suelos de madera pulida y gruesas alfombras y unas preciosas pinturas adornaban las paredes. Los baños estaban hechos de mármol y cromo, toda la casa era exquisita, el sueño de cualquier diseñador.

–¿Por qué has comprado esta casa? –preguntó Ettie con curiosidad. ¿Para qué necesitaba una casa tan grande?

Leon parecía sorprendido por la pregunta.

–Me gustó –miró hacia la zona recreativa–. ¿No te gusta?

Tendría que estar loca para no adorarlo. Pensó en el invitador azul claro como el cristal de la piscina interior y el spa adjunto.

–¿Usas la sala de belleza con frecuencia?

Leon sacudió la cabeza y sonrió.

–No, ni tampoco el bar ni la sala de cine. Tú puedes hacer uso de todo, por supuesto. Esta es tu casa ahora.

Ettie pensó que nunca podría sentirse en casa en un espacio tan inmaculado y lujoso. Tenía la impresión de que cada objeto era único y muy valioso.

–¿Dónde están los dormitorios?

Leon la guio hacia la escalera de caracol.

–Hay un par de dormitorios en cada planta. El despacho de la parte de arriba se abre a una terraza en la azotea, es muy agradable en los días soleados. Pero este es mi dormitorio.

Solo el dormitorio era más grande que su apartamento entero. En el centro había una cama enorme, pero la habitación era lo bastante grande como para albergar un sofá y una butaca, además de una bonita cómoda de madera. Una gran puerta abierta ofrecía un destello del mármol brillante y los acabados en cromo del baño.

Ettie se aclaró la garganta.

–¿Cuál es mi habitación?

Leon la miró con ojos brillantes.

–Si no quieres estar en la mía puedes elegir cualquiera de las otras. Aunque preferiría que estuvieras en la misma planta que yo. Para cuando el embarazo esté más avanzado.

No, ella no quería estar en su habitación, ni siquiera en la misma planta. Leon no iba a conseguir que todo fuera como él quería.

Ettie agarró la pequeña maleta y se dirigió a la habitación más lejana a la suya, consciente de que se estaba fastidiando a sí misma tanto como a él con aquel pequeño desafío.

–Voy a hacer un par de recados –dijo Leon con frialdad siguiéndola a la habitación que había elegido–. Volveré dentro de una hora más o menos. Tómate tu tiempo para instalarte. ¿Quieres comer algo en particular?

–Lo que sea estará bien –respondió ella.

Leon asintió y se marchó. Ettie solo tardó unos instantes en colgar la poca ropa que tenía, que además no encajaba con el vestidor de diseño. Torció el gesto y fue a dar una vuelta de nuevo por la casa, fijándose más en los detalles ahora que Leon no estaba allí para distraerla. Era realmente increíble. Tenía incluso su propio jardín, algo realmente inusual en aquella parte de Londres. Todo el lugar estaba en muy buen estado de mantenimiento, con toallas limpias perfectamente dobladas y jarrones con flores frescas por todas partes. ¿Y todo para una sola persona?

Procedían de mundos totalmente diferentes.

Pero lo que le impresionó todavía más fue la falta de objetos personales. No había fotos familiares ni recuerdos de viajes.

Ettie volvió al dormitorio que había elegido y entró en el impresionante baño de mármol gris y blanco. No pudo resistirse a la tentación de darse un buen baño con aquella selección de jabones franceses y sales. Unos minutos más tarde estaba sumergida en la cálida y perfumada agua.

Pero sus pensamientos no paraban. Resultaba imposible, todo su mundo se había puesto del revés. Leon Kariakis insistía en que se casaran. Le estaba ofreciendo un contrato, no su corazón. Pero a Ettie le parecía bien porque no iba a cometer los errores del pasado ni los de su madre. Aprendería de Leon a ser más eficaz.

–¿Ettie?

Ella dio un respingo dentro de la bañera.

–Lo siento, enseguida salgo –jadeó–. Estoy en el baño.

Se hizo un momento de silencio al otro lado de la puerta.

–Debes de tener hambre –se escuchó la voz ronca de Leon al otro lado de la puerta.

–Sí, enseguida salgo.

Ettie salió de la bañera, se envolvió en una de las enormes toallas y se vistió rápidamente.

Leon la estaba esperando en la cocina.

–Tengo esto para ti –dijo sin preámbulos pasándole una cajita.

A Ettie se le paró el corazón. Abrió la caja a regañadientes y parpadeó.

–¿De dónde has sacado esto?

–No lo he robado, si eso te preocupa –Leon puso los ojos en blanco.

–No puedes comprar todo lo que quieres –murmuró Ettie resistiéndose. Porque era un anillo precioso y había una parte débil y romántica en ella a la que le hubiera gustado recibir aquello en otro momento y otras circunstancias, con otras palabras–. No puedes comprarme a mí –añadió.

–Ya lo sé –dijo Leon con tono suave–. Si hay alguien que sabe que el dinero no puede comprar la felicidad soy yo. Pero te pido que te pongas el anillo, Ettie.

Era una esmeralda perfecta rodeada de diamantes y engarzada en un anillo de platino. Sencillo y a la vez impresionante.

Ettie quería más tiempo porque estaba temblando por dentro. Nunca había tocado algo así en su vida.

–¿Tienes por costumbre salir a por algo de comer y volver con

joyas?

–Todos los miércoles –bromeó Leon–. Deja de darle tantas vueltas, Ettie. Va a funcionar –rodeó la encimera, sacó el anillo de la caja y le tomó la fría mano–. Por el bebé, ¿de acuerdo? Supongo que quieres que tu hijo tenga un padre y una madre implicados. Un equipo.

Eso era justo lo que quería. Porque era lo que no había tenido y él lo sabía. Leon contaba con ello cuando le puso el anillo en el dedo.

Pero por todo el mundo había padres y madres con acuerdos amistosos que no estaban casados y ni siquiera eran pareja. No había ninguna razón por la que Leon y ella no pudieran hacer algo igual.

Aunque el argumento del matrimonio resultaba atractivo. Ella también quería que su hijo tuviera la seguridad que Leon le ofrecía. Y Ettie se jactaba de ser muy práctica para el trabajo, ¿por qué no podía aplicar lo mismo a su vida personal?

Sintió un estremecimiento en la espina dorsal. El problema era el magnetismo de Leon. Solo necesitaba estar así de cerca y tomarle la mano para que el corazón se le acelerara y le provocara excitación en todas las células de su cuerpo. Ettie podía caer rápidamente, cometer el error de creer que en lugar de ser su prometida por asuntos prácticos lo era de verdad. Y eso no era justo para Leon ni para ella. Porque a él no le estaba pasando lo mismo. Solo le importaban los asuntos prácticos.

Así que ella debía centrarse en lo mismo. Mantener la guardia alta y proteger su débil y ciego corazón. Ettie reunió toda su fuerza de voluntad y apartó la mano de la suya. Aceptaría la situación tal y como era.

Sonrió mirando el anillo.

–Es precioso, gracias –luego se dio la vuelta, deseaba desesperadamente comentar lo primero que veía–. No sabía que ya tenías perro –quería que las cosas fueran fáciles entre ellos.

Leon parpadeó y la miró con asombro.

–Lo digo por el cacharro de comida para el perro que hay detrás de ti.

–Ah –Leon frunció el ceño–. Lo compré cuando pensé que Toby se iba a quedar.

¿De veras? Leon se había dado mucha prisa en comprar los recipientes para el perro. Pero eso se debía a que era especialmente eficaz, ¿verdad? Igual que la había convencido para que se casara con él y se la había llevado a su casa dos horas después de saber

que estaba embarazada.

–Te sientes mejor, ¿verdad? –Leon cambió de tema.

Sí. Cuanto más cerca estaba de él, desafortunadamente. Y Ettie tenía mucha curiosidad. Leon no era un libro cerrado, era una caja fuerte sellada y enterrada. Pero iban a tener un hijo juntos. Se iban a casar. Incluso en el mundo de los negocios las personas eran diligentes. Tal vez si ella ofrecía información primero, si rompía el hielo, Leon se sentiría en la obligación de corresponder.

–Mi padre no estuvo ahí para mí. Nunca –dijo en voz baja.

Leon hizo una pausa y la miró fijamente.

–Así que gracias por querer quedarte.

Leon se puso tenso.

–Yo no soy como él.

–Lo sé –aquel hombre ya era mejor padre que el suyo por el simple hecho de que tenía interés–. A mi madre se le rompió el corazón un par de veces. Le hizo mucho daño –se tomó un instante para reunir valor–. ¿Y tus padres?

–Casi siempre estaban ausentes.

–¿De verdad?

–Sí. ¿Quieres comer algo? Debes de tener hambre.

Ettie frunció el ceño, molesta por que pusiera fin a la conversación tan rápido.

–No podemos empezar a vivir juntos y prometernos. Tenemos que conocernos mejor, Leon.

Leon volvió a parpadear.

–¿Qué quieres saber?

–No sé. Cualquier cosa. Todo –Ettie miró los cuencos vacíos situados en el banco lejano–. ¿Tenías un perro cuando eras niño?

–No –para su asombro, la expresión de Leon se convirtió en oscuro granito–. Vamos, la cena está en la mesa.

Leon sabía que había sido muy brusco, pero había cosas que ella no necesitaba saber. La vida era para vivir el ahora, no para recordar las miserias del pasado. Trató de ignorar el escalofrío que sintió en la base de la columna. Estaba satisfecho con que hubiera ido finalmente a su casa, y al mismo tiempo era dolorosamente consciente de que estaba en su espacio. La casa era grande, pero en cierto modo su presencia lo permeaba todo.

Había tenido que salir para aclararse la cabeza. Eligió el anillo como consideración hacia el contrato. Decidió qué cenar. Se puso en contacto con su asistente para asegurarse de que en la oficina

todo estaba bajo control. Pero había escuchado solo con la mitad de atención, y lo único que quería era volver a casa porque estaba deseando saber cómo estaba Ettie.

Era una tontería estar tan preocupado. Sabía que las emociones debilitaban a los hombres, les oscurecían la mente y hacían que tomar decisiones fuera más difícil. El aislamiento y la independencia aportaban claridad.

–Oh.

Leon contuvo la risa cuando Ettie se detuvo en la entrada del comedor formal.

–¿Cuándo has hecho esto? –estaba boquiabierta al mirar la mesa llena de platos.

–Lo trajeron cuando tú estabas en el baño –le explicó Leon–. Puedo comerme unos tacos en la calle, pero esta noche quiero sentarme cómodamente y disfrutar de la privacidad. Además, tú estás cansada y necesitas una comida decente.

Y sinceramente, verla disfrutar de comida decente le proporcionaba placer a él. Ettie suspiró y se dejó caer en la silla de enfrente.

–Estás acostumbrado a hacer todo a tu manera, ¿verdad? –se rio–. Se nota que eres hijo único.

Leon trató de sonreír, pero se le había secado la boca. No era culpa suya, simplemente no lo sabía.

–Eres muy serio –continuó ella juzgándole–. Trabajas mucho.

–Así es como he triunfado –Leon trató de no sonar demasiado estirado, pero era cierto.

Ettie ladeó la cabeza y le miró a los ojos.

–No eres un playboy, al menos que se sepa públicamente. No eres el heredero mimado de una fortuna que coquetea con todas las mujeres…

–No –respondió él con sequedad–. A mí me educaron de manera muy estricta.

–Dijiste que estaban muy ausentes –Ettie parecía pensativa–. ¿Los ves ahora?

Leon no pensaba mucho en sus padres y desde luego no quería hablar de ellos. ¿Por qué iba a hacerlo? Pero tenía que darle algo, como si le lanzara un hueso a un perro.

–Cenamos una vez cada seis meses. Está programado con un año de anterioridad. Hablamos de la bolsa y de los hoteles.

Ettie abrió los ojos de par en par.

–¿Solo dos veces al año y ya está?

–Sí.

Leon pinchó un buen trozo de carne y se lo metió en la boca. Con aquello ya era bastante, ¿no?

–Mira, sé que te preocupa lo poco que nos conocemos, pero esto es algo que no se puede forzar –dijo dando por finalizada la conversación–. El tiempo se ocupará de todo.

Ettie seguía pensativa. Y parecía no estar convencida en absoluto.

–La mayoría de la gente no trabajaría tan duro si no tuviera que hacerlo.

–¿Por qué no? ¿No necesitamos todos un objetivo, una sensación de dignidad por el trabajo bien hecho? ¿Qué te hace pensar que yo no necesito también algo así?

–Pero trabajar con tanto ahínco cuando es suficiente… –señaló los muebles de la estancia–. ¿Qué tienes que demostrar?

–No tengo que demostrar nada –gruñó él–. Tal vez se trata solo de que cambian los objetivos. Yo tengo un plan para conseguir algo, y cuando se termina necesito otro reto. ¿No es así la naturaleza humana?

Una sombra cruzó por la mirada de Ettie.

–Entonces, ¿no estás nunca satisfecho con lo que tienes?

Leon sintió una punzada en el pecho y se rio y gimió al mismo tiempo porque la efervescente curiosidad de Ettie iba a ser su perdición. Pero era irresistible. Aquello era lo que la hacía tan popular entre los residentes de Cavendish House.

–Estoy satisfecho –gruñó–. Pero quiero más.

Y en aquel momento la deseaba a ella. Llevaba puesta una camiseta vieja y unos vaqueros un poco sueltos. Pero seguía sonrojada por el baño y tenía la piel luminosa y suave. Olía deliciosamente y el cabello le caía salvaje por la espalda. Leon solo deseaba hundir los dedos en aquella maravillosa melena y colocarla debajo de él.

–Te voy a decir algo, Ettie –dijo bruscamente apartando los pensamientos eróticos de su mente–. Cuando vienes de una educación como la mía aprendes rápidamente que la gente solo se queda cerca de ti cuando quiere algo. Incluso tú querías algo de mí.

–Lo mismo que tú de mí –Ettie blandió el dedo en su dirección–. Así que estamos en paz. Y tú eres peor que yo porque me sedujiste.

–¿Y tú a mí no? –resopló él–. Con tu coleta salvaje y tus ojos apasionados que expresan todas las emociones.

–¿Y qué expresan ahora? –preguntó ella sin aliento.

Leon se la quedó mirando fijamente buscando en aquellos preciosos ojos claros la señal que tanto deseaba. Y allí estaba.

–Tus ganas de que te lleve a la cama –le espetó él sin más.

No quería seguir pensando. No quería intentar solucionar problemas imposibles. Y mucho menos seguir hablando de cosas prohibidas de su terrible pasado. No quería pensar en que Ettie hubiera resultado herida por algún imbécil, que su madre muriera y la dejara para cuidar de su hermana sola. Quería relajarse, maldita fuera. Comer bien y besar cada centímetro de aquel delicioso cuerpo hasta que ella se arqueara y le suplicara que terminara rápido.

Todo lo demás daba igual.

Ettie abrió la boca y volvió a cerrarla. Leon se dio cuenta de que estaba pensando en cómo responder.

–Guau. Impresionante –pero su ironía era un farol, porque lo que había dicho él era verdad.

Se fijó en que se había sonrojado, tenía los ojos muy abiertos y respiraba agitadamente. Y Leon no quería seguir hablando. Hablar no era tan efectivo como la acción. Antes pensaba que debería retirarse, sobre todo cuando Ettie se quedó tan angustiada por la mujer que los había pillado en el ascensor. Pero necesitaban aclarar la tensión que seguía creciendo. Solo existía el aquí y el ahora.

Leon se levantó de la mesa y la rodeó hasta donde ella estaba sentada ahora muy recta. La agarró de la mano y tiró de ella para que se pusiera de pie.

¿Y ella pensaba que la había seducido aquella noche? No era nada comparado con lo que Leon estaba a punto de hacer. No iba a esperar. No iba a tomárselo con calma. La quería tener debajo, anhelaba el calor de su cuerpo. La estrechó contra sí y la miró a los verdes ojos. Durante un instante fue como si hubieran regresado a aquella primera noche. Pero ahora no había tiempo para susurros ni risas suaves. Su deseo era demasiado salvaje. La besó, y en aquel momento todo se desató.

Sin ataduras y de manera implacable, la desnudó allí mismo en el comedor formal, tocando con audacia cada punto que dejaba al descubierto. Un instinto de posesión se apoderó de él, y se dejó llevar agarrándola por la cintura para levantarla y colocarla sobre la cama. La acarició en la jaula de sus brazos, alternando los besos con suaves mordiscos y lamidos, saboreando cada centímetro de su glorioso cuerpo. Ettie estaba tan dispuesta y ansiosa como él.

–Leon, por favor –gimió ella–. Llevo semanas deseando esto. Con toda mi alma.

Leon sintió una oleada de satisfacción y de fuego, y lo único que pudo hacer fue rendirse a la sensación. El dar y el recibir, la entrega

y la recepción, se veían reflejados en los duros embates, en el salvaje movimiento de las caderas de Ettie. Gimió cuando su tímida amante respondió con tanto ímpetu, lo deseaba tanto como él a ella. Estaba casi rendido a la ferocidad del placer cuando la llevó hasta el clímax. Y Ettie reprimió un grito, tenía el cuerpo tan tenso que le vibró de satisfacción y no fue capaz de expresarse con palabras. Verla así le detuvo el corazón. Él alcanzó también el orgasmo de un modo tan salvaje e intenso que se quedó noqueado.

Cuando volvió a la realidad y reunió la energía para levantar la cabeza se quedó horrorizado al ver su rostro pálido y los ojos húmedos. ¿Estaba llorando?

–¿Estás bien? –le preguntó con cautela.

Ettie estaba exhausta y él la había sometido a la más ruda de las cabalgadas.

–Duerme –la tapó con la sábana, en parte para ocultar el resurgir de su propio deseo por muy imposible que pudiera parecer. Llevaba mucho tiempo deseándola. Pero sin duda podría esperar al día siguiente para volver a hacerla suya.

–Puedo volver a mi habitación –murmuró ella. Una sombra le cruzaba los hermosos ojos.

Leon se quedó paralizado.

–¿Qué ocurre, Ettie? ¿He sido demasiado duro?

–No… –ella lo miró a los ojos y se sonrojó ligeramente–. Es que la otra noche parecías no saciarte nunca de mí… pero si ya no me deseas no tienes que…

–Ettie –la interrumpió Leon aliviado–, pensé que estabas agotada y no quería ser demasiado exigente… –se rio y le retiró la sábana para satisfacer su necesidad de verla desnuda otra vez. Para su alivio, ella sonrió. Leon gruñó y se hundió en ella otra vez, más despacio en esa ocasión, atormentándolos a ambos hasta el punto de la locura. Y cuando acabaron no fue capaz de apartar la mirada del brillo de su rostro satisfecho.

–Hacía días que no tenías tan buen aspecto.

–Me siento mejor.

Tenía las mejillas sonrojadas y una expresión relajada. Estaba preciosa.

–¿Qué pasó con tu ex? –preguntó Leon sin poder contenerse ladeando la cabeza. La pregunta le surgió en el momento menos adecuado. No era su intención hacerla. Ni en aquel momento ni nunca. Pero la idea de que le hubiera importado otro hombre lo suficiente como para querer casarse con él le perturbaba. ¿Qué tenía de especial aquel tipo? ¿Y por qué la había dejado ir?

Leon se puso de costado y apoyó la cabeza en la mano mientras observaba el rostro de Ettie, que estaba muy callada. Vio reflejadas la resistencia y la tristeza.

–Me dejó justo antes de la boda –murmuró ella finalmente–. No ante el altar, pero casi. Su familia ya había llegado. Mis amigos. Ophelia estaba emocionada porque iba a ser dama de honor. Fue muy humillante.

–¿Por qué lo hizo? ¿Había otra persona? –le resultaba difícil entenderlo. ¿Qué hombre no querría a Ettie en su vida? Era sexy, divertida y dulce.

Ella apartó la vista.

–No habíamos tenido intimidad –murmuró con voz ronca–. Yo quería esperar.

A Leon se le cruzaron los cables del cerebro durante un instante.

–¿Cómo? ¿No tuvisteis ninguna intimidad?

Ettie negó con la cabeza.

–Nos besamos, pero… –se hundió más en el colchón y se subió la sábana–. Yo quería esperar a la noche de bodas. Pero tenía que haberme dado cuenta de que no era una buena idea. A mí no me resultó difícil esperar. Creía que el sexo no era algo que me interesara.

Leon abrió los ojos de par en par. Aquella era la mujer más ardiente e insaciable que había conocido en su vida.

–Él no quiso seguir esperando –continuó Ettie–. Dijo que estábamos muy cerca de la boda y que deberíamos…

El tipo había presionado y había manipulado el deseo innato de Ettie de complacer. Leon se puso tenso.

–¿Y cómo fue?

Ettie se puso roja.

–No se casó conmigo, así que supongo que no fue muy bien.

Entonces, ¿solo había sido una vez? Leon apretó las mandíbulas para no quedarse boquiabierto.

–¿Y no ha habido nadie más?

Ettie se sonrojó todavía más, haciendo fácil ver la profunda vergüenza y la inseguridad en su expresivo rostro. Pensaba que no era sexy, que no había sido capaz de satisfacer a su egoísta prometido. Y luego apareció él.

–Pobre Ettie –murmuró–. Finalmente te sueltas lo bastante para pasarlo bien y…

–Y me quedo embarazada –murmuró ella con tono irónico–. Parece que el sexo despreocupado no es para mí –bromeó.

–No hay nada malo en ti, Ettie –susurró Leon–. Ni en lo que

haces ni en cómo respondes. Ese tipo era un imbécil, Ettie.

–Sí lo era. Yo solo quería complacerle.

Leon odiaba a aquel malnacido que no sabía el tesoro que había tenido entre sus manos. Odiaba el daño que le había hecho a Ettie. Buscó otro tema para no sentir tanta rabia.

–¿Dejaste pronto la escuela y tuviste que ponerte a trabajar? –preguntó.

–Al principio la dejé porque mi madre enfermó. Tenía que cuidar de Ophelia.

Pero ella misma era una niña también, solo una adolescente.

–¿No había nadie más?

–Mi madre se quedó embarazada de mí muy joven. No tenía relación con sus padres, ni yo tampoco la tuve nunca. Ni con mi padre. Ophelia fue el resultado de otra aventura condenada al fracaso –Ettie sacudió la cabeza–. Las relaciones nunca le salían bien.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Leon.

–Y por eso has evitado tener novios.

–Estaba demasiado ocupada para conocer a alguien –murmuró ella.

–No –la corrigió Leon–. Te escudaste de ellos. ¿Qué te dio tu prometido que otros no te dieron? –no pudo resistir la tentación de hacer aquella pregunta que le estaba quemando.

–Lo conocí poco después de que mi madre muriera. Fue muy rápido y yo me sentía vulnerable, supongo. Me aduló y me hizo sentir especial.

Leon se endureció por dentro.

–Eso tenía que hacer. Era tu novio.

–Quería que alguien me quisiera. Pensé que él me quería, pero no era verdad.

Leon no creía en el amor. No creía que existiera ni que nadie lo sintiera. La gente tenía costumbres y acuerdos placenteros. Pero podía ofrecerle lealtad a Ettie.

–Yo nunca te traicionaré así.

Ella le miró con expresión sombría. ¿Todavía no confiaba en él?

–¿Podemos ser siempre sinceros el uno con el otro? –le preguntó con dulzura–. No hablemos de la luna y de promesas. No me halagues. No trates de suavizar los golpes. Seamos realistas y sinceros.

Un deseo salvaje se le agarró por dentro y finalmente perdió el control.

–Vale, pues te voy a ser sincero: me muero por tu cuerpo, Ettie.

He soñado con volver a tenerte todas las noches durante las últimas tres semanas. Me encanta tener sexo contigo y quiero hacerlo todo el rato.

Ella sonrió. Se inclinó hacia delante para encontrarse con él caricia a caricia, gemido a gemido. Leon negó la desesperación de su propia necesidad física. Se negaba a enfrentarse al hecho de que no parecía saciarse nunca de ella.

Lo único que le importaba era que Ettie estaba allí. La había liberado de su responsabilidad económica, le había dado satisfacción física, le había ofrecido un estilo de vida que solo él podía darle… y se quedaría. Su hijo estaría a salvo. Y ella también.

El plan estaba saliendo a la perfección.

Capítulo 8

NO TENDRÍA que haberle contado lo de su ex. Leon debía de pensar que era una tonta y una ingenua. Ella era la única que habló la noche anterior, se había quedado expuesta con su vergonzosa historia. Leon no había compartido realmente nada excepto sus magníficas habilidades en la cama. ¿Nunca se había sentido avergonzado? ¿Nunca le habían rechazado? Por supuesto que no. No podía contarle historias de su propia humillación porque no tenía ninguna, y Ettie sintió al instante resentimiento hacia él. Por eso y porque estaba impidiendo que tomara sus propias decisiones. Una vez más.

–No vas a ir hoy a trabajar –estaba furioso.

Eran casi las nueve de la mañana siguiente. Ettie se había quedado dormida y Leon llegaba tarde a la oficina porque estaban discutiendo sobre los planes de Ettie para aquel día. Y ella se sentía incómoda. No estaba acostumbrada a tener vida personal, y mucho menos a compartirla con nadie. Sus compañeros, los clientes, todo el mundo sabría que se estaba acostando con Leon. Y el enorme pedrusco de la mano iba a hacer que sintieran todavía más curiosidad. Así que estaba lo bastante tensa sin necesidad de que Leon le dijera lo que podía y no podía hacer. Una vez más.

–Joel puede ayudarme a cargar con las cosas pesadas. Todavía no estoy incómoda, ni siquiera se me nota aún la tripa. Faltan meses para que nazca el bebé. ¿Qué quieres que haga todo el día?

–No quiero que sigas trabajando como conserje jefe en Cavendish. Quiero que seas la directora del edificio.

–¿Cómo? –Ettie se lo quedó mirando fijamente. Tenía la impresión de que no le había oído bien.

–La directora del edificio. Quiero que ocupes el puesto de George. Está claro que eres tú la que hace el trabajo y los inquilinos confían en ti. Ya que estás ocupando ese puesto, al menos que te paguen por ello.

Ella siguió mirándole con la boca abierta.

–Ya he hablado con la empresa gestora –continuó Leon–. George está de acuerdo en trasladarse a un sitio más pequeño. Y la junta de inquilinos también lo ha aprobado.

–¿Ibas a preguntarme si quería el trabajo o esperabas que lo aceptara sin pensarlo dos veces?

–Sabía que lo aceptarías –reconoció Leon alzando las manos–. Es lo que te mereces, Ettie. Lo único que te pido es que te tomes el resto de la semana para recuperarte del estrés de los últimos días, anoche no dormiste mucho. Y la semana que viene volverás con las pilas cargadas.

–No soy capaz de quedarme sentada y no hacer nada –confesó ella agobiada–. Nunca lo he hecho.

–Pues aprende a relajarte. Lee un libro. Mira la tele un rato. Duerme. Cuenta tus desgracias en Internet de forma anónima. Haz lo que quieras, pero descansa.

–Debes saber que voy a librarme de todas las normas estúpidas – afirmó Ettie–. Empezando por la de las mascotas.

–Ah, ya lo sabía.

Con una carcajada más sensual que resentida, Ettie le lanzó una almohada mientras él salía riéndose de la habitación.

Ettie no se iba a quedar todo el día sentada sin hacer nada. El cerebro le bullía con muchas ideas para Cavendish House. Fue a la cocina, agarró unas galletas, queso y zumo y puso unas hojas de papel sobre la mesa del comedor para hacer una tormenta de ideas. El sol se filtraba a través de las ventanas. Era un lugar maravilloso para trabajar. Cargada de energía y emocionada, se puso a ello.

–Vaya… ¿puedes hacer las listas aún más largas?

–¡Oh! –sobresaltada, Ettie alzó la vista y vio a Leon frente a ella al otro lado de la mesa. El corazón le latió con más fuerza, y no solo por el susto. Era imposible no reaccionar ante su presencia–. No te he oído entrar –murmuró–. ¿Qué hora es?

–Más de las seis –respondió Leon esbozando una sonrisa.

–No puede ser –Ettie miró por la ventana y vio el cielo cambiante–. ¿Dónde se ha ido el día?

–A todas esas listas –contestó él con ironía mirando los puntos principales escritos en las hojas–. Me gustan tus planes. Deberías convocar una reunión con los inquilinos. Les va a encantar.

–Ya les he enviado invitaciones por correo electrónico a través del móvil –reconoció Ettie–. Pero no puedo cambiarlo todo a la vez, tengo que ir poco a poco. Estoy deseando empezar.

–Sigue tu instinto y lo harás de maravilla –Leon le dedicó una cálida sonrisa–. ¿Qué te parece cenar comida italiana?

–Perfecto –Ettie se levantó del taburete y estiró la espalda–. Mañana es viernes y viene el fin de semana. ¿Te tomas esos dos días libres o trabajas como si todos los días fueran lunes?

–Ya sabes la respuesta –contestó él con desgana–. Pero el sábado por la noche podemos ir a un recital si quieres –abrió el móvil para mostrarle la publicidad de un concierto que había cerca.

Ettie leyó el titular y se quedó paralizada. Era un solista de oboe. Su instrumento.

–¿Cómo lo supiste? –preguntó mirándole.

–Vi la funda del instrumento en tu apartamento –dijo Leon–. ¿Por qué no me hablaste de ello? Me has contado muchas cosas de Ophelia, pero eres reticente a hablar de tus propios sueños, Ettie.

–¿Me llamas a mí reticente? –Ettie se quedó boquiabierta–. Te he hablado de mi exprometido, de mi madre…

–Pero no de tu música, ¿por qué?

Porque había sido su sueño secreto de la infancia y había tenido que enterrarlo. ¿Cómo era posible que Leon hubiera entendido que era importante? ¿Sabía leer el pensamiento? Pero era imposible porque ya nunca pensaba en ello, le dolía recordarlo. Lo que había dejado al descubierto era el naufragio de un sueño que no podía resucitar.

–Ya es demasiado tarde.

–Podemos convertir una de las salas en una sala de música. Podrías volver a tocar.

–No –Ettie se rio suavemente para ocultar la tristeza y la vergüenza. Sin duda había sido una tonta al pensar en su momento que podía intentarlo–. Nunca fui buena. Lo dejé cuando tomé un trabajo a tiempo parcial porque mi madre enfermó. Hace años que no toco. ¿Tú tocas algún instrumento?

–El piano. Era obligatorio aprender un instrumento en el colegio.

–¿Estabas en un internado? –le presionó ella, dispuesta a obtener una respuesta.

–Sí.

–¿En tus años adolescentes? –la curiosidad la quemaba. Se lo preguntaba todo. ¿Cómo eran realmente sus padres? No tenía fotos de ellos en ninguna parte. ¿De verdad estaban tan distanciados?

–Entré a los ocho años –afirmó Leon con brusquedad–. Estuvo bien.

Ettie esperó un poco, pero él no dijo nada más.

–Para Ophelia también estuvo bien –declaró transcurridos unos instantes–. Consiguió una educación y oportunidades que de otro modo no habría tenido. Pero no quiero que nuestro hijo vaya a un internado –dijo repentinamente convencida–. Me da igual lo bueno que sea el colegio, también hay buenos sitios aquí.

Leon entendió que lo decía porque había echado de menos a su hermana, pero no sabía que para él el internado había sido una bendición. Allí se había sentido mucho más seguro y feliz que en su propia casa.

–De acuerdo –dijo. Necesitaba trazar una línea–. El colegio aquí.

Leon no quería pensar en los años que había por delante. Ya tenían bastante por ahora. Ettie había acertado, normalmente trabajaba cada día como si fuera lunes. Pero ahora estaba ella, y Leon no había vivido con nadie desde el internado. No sabía cómo se hacía. No sabía qué iba a hacer con ella todo el fin de semana. No podía atarla a la cama todo el rato, por muy apetecible que le resultara la idea.

Se fijó en el color que le teñía las mejillas y en el brillo de los ojos. Seguía vibrando con el entusiasmo con el que había trabajado todo el día. A pesar de que él le había pedido que no lo hiciera, sabía que no le había hecho caso. Y ahora aquella vivacidad se veía alimentada por el filtro de la pasión con la que luchaba por algo tan lejano en el futuro que ni siquiera importaba todavía. Tenía mucha fuerza y era muy protectora con el futuro de su hijo.

Leon sintió una espiral de tensión que le constriñó la garganta y el pecho. No podía resistir el deseo de tenerla cerca. Quería su calor, su disposición, su rendición total a sus caricias. También había algo más profundo y tan poderoso que no se atrevía a examinarlo muy de cerca.

Se tranquilizó diciéndose que solo era deseo. Aunque muy poderoso.

Los planes del fin de semana eran irrelevantes. De pronto no tenía pensamientos de pasado, ni de futuro. El deseo inmediato era demasiado intenso.

La estrechó contra sí. No se le ocurrió otra forma de liberar la presión que le aplastaba el pecho. No quería romperse y dejar todas sus emociones al aire. Expuestas. No quería recuerdos ni dolor. Lo único que quería era sentir placer con Ettie.

Ella lo recibió con calidez, abriendo las piernas todo lo que pudo mientras él le bajaba la ropa interior por los muslos.

Ettie se despertó tarde y vio el zumo fresco, las galletas y la fruta cortada en una bandeja al lado de la cama. Sonrió. Leon era muy atento y se le daba muy bien anticiparse a casi todos sus deseos. No podía soportar pensar en aquellos momentos de locura de la noche anterior, cuando se arrodilló a sus pies y la volvió loca de deseo. Con aquella postura tan peligrosamente seductora se había sentido como su reina, como si Leon no pudiera soportar la idea de no tocarla. La hizo sentirse deseada como nunca antes, y ella gritó de placer hasta quedarse afónica.

Después se quedó tan ida que apenas podía tenerse en pie. Leon le estiró la ropa y le dijo que se arreglara porque tenían reserva en el restaurante.

No era un sitio de pizzas, sino un lugar con estrellas culinarias y tan caro que ni se molestaban en poner los precios en la carta. Tampoco había opción sobre lo que querían comer, porque el chef, de renombre mundial, preparaba cosas tan exquisitas que nadie en su sano juicio podría quejarse.

Ettie estaba tan cansada que se durmió en el camino de regreso a casa. Se despertó cuando Leon la llevó en brazos a la cama. Y una vez allí se dio cuenta de que tampoco estaba tan dormida. Él se rio y volvió a disfrutar con ella de aquel sexo que dejaba sin habla. Una vez. Y luego otra.

«Solo es sexo, Ettie. Buen sexo. Estupendo. Pero solo sexo».

Pero por suerte Leon parecía tan hambriento de la experiencia como ella.

Ahora él se había ido a trabajar y Ettie tenía por delante otro día para sí misma antes del fin de semana. Otro día para trabajar con la aceptación del frágil futuro que estaban construyendo.

Pero había un desequilibrio entre ellos, y no solo en la cuenta del banco. Leon lo sabía todo de ella. Sus estúpidos errores del pasado. Incluso su sueño infantil de convertirse en música. Cada pequeño secreto. Y aún más: había hecho muchas cosas por ella, como el anillo, la casa, el trabajo… y cosas más íntimas. Le había dado prácticamente todo.

¿Y ella? ¿Qué le había dado aparte de su cuerpo? Leon no se abría a ella, no la dejaba entrar. Exhaló el aire y se recordó que estaban muy al principio. No confiaba todavía en ella y vivía pensando que la gente siempre quería algo de él.

¿Y si hacía algo por él, si tenía algún detalle para demostrarle que estaba tan dispuesta a trabajar para que aquello funcionara como él? Pero sabía muy poco de él y no se le ocurría qué hacer.

Suspiró y se levantó de la cama para volver a la reluciente

cocina de cromo y cristal. Vio los cacharritos para comida de perro nuevos y relucientes sobre la encimera. Leon había dicho que nunca tuvo perro, pero se mostró dispuesto a quedarse con Toby. Y Ettie recordó cómo había acariciado al animal.

El corazón le latió con fuerza porque le había surgido una idea en la cabeza. Sería un gran riesgo, pero el instinto le decía que valdría la pena. Que saldría bien.

Les dio la espalda a las listas que había dejado sobre la mesa y subió corriendo las escaleras para vestirse.

Ettie Roberts tenía una misión.

Capítulo 9

LEON trató de concentrarse en el trabajo. Trató de no pensar en el fin de semana que tenía por delante. No era que no quisiera que Ettie estuviera allí, pero sentía que el suelo se le movía bajo los pies y no podía mantener el equilibrio. Al final dejó de resistirse y regresó a casa.

–¿Ettie? –preguntó moviendo los hombros para calmar la tensión cuando se quitó la chaqueta y los zapatos.

–¿Leon? –respondió ella con tono agudo.

–¿Quién si no? –contestó él con ironía siguiendo la dirección de su voz hacia la cocina.

Luchó contra el deseo de besarla hasta que la tirantez del pecho le desapareciera. Pero al llegar al umbral de la puerta se detuvo para tomar aliento. Ettie estaba espectacular con los vaqueros, la camiseta y el pelo recogido, una vez más, con un bolígrafo.

–No tenía claro a qué hora volverías a casa… llegas pronto –tenía el rostro sonrojado, pero no con el tono sensual habitual.

Y no era capaz de sostenerle la mirada, algo que en un principio le intrigó y luego le preocupó. Se acercó más y trató de tomárselo con calma, pero tenía todos los instintos disparados. Algo no iba bien.

–¿Qué has hecho hoy? –le preguntó–. ¿Ya no hay listas?

La mesa estaba escrupulosamente limpia. En aquel momento oyó un extraño rascar detrás de él. Ettie se quedó paralizada con los ojos muy abiertos. Leon ladeó la cabeza y la miró con los ojos entornados.

–¿Qué es eso?

Volvió a escucharse el ruido y Ettie no fue capaz de ocultar la culpabilidad de la mirada. Su rostro era demasiado expresivo.

Apretó los labios de un modo extraño y nervioso.

–He hecho algo –le espetó–. Te he traído un regalo. Espero que no te importe.

¿Por qué iba a importarle? No podía recordar cuándo fue la

última vez que alguien le compró un regalo. No tenía muchos amigos con los que celebrar su cumpleaños y sus padres nunca le mandaban nada, ni siquiera en Navidad.

Se escuchó otra vez el ruido y luego un gemido agudo. Que no era humano.

Ettie se colocó detrás de él y se agachó al lado de una caja en la que Leon no había reparado antes porque solo tenía ojos para ella. Era una caja grande.

Entonces, Ettie se incorporó y avanzó hacia él llevando en brazos…

–Él fue el más pequeño de la camada –dijo precipitadamente–. No tiene raza, es una mezcla de muchas y sé que no es tan bonito como Toby, pero esta es su única oportunidad.

Leon se quedó mirando la criatura que Ettie tenía en brazos.

–¿Me has traído un cachorro?

El corazón le latía con fuerza, sentía como si le faltara el aire en los pulmones.

–Aquí hay espacio –Ettie también parecía jadeante–. Puedes entrenarle para que vaya a la oficina contigo, o puede quedarse aquí y jugar en el jardín, o podría venir a Cavendish House conmigo… haremos que funcione. Pensé que te gustaría.

Ettie dio un paso adelante y le puso literalmente al cachorro en brazos.

Leon lo sujetó instintivamente, pero por dentro se quedó paralizado.

–Dijiste que no habías tenido perro, pero me pareció que te hubiera gustado quedarte con Toby. Pensé… –Ettie se quedó sin palabras cuando por fin alzó la vista para mirarlo–. No sé qué pensé. ¿Te parece bien? –susurró. Cada segundo que pasaba estaba más preocupada.

Leon no podía moverse. De hecho, era incapaz de respirar. La presión del pecho era demasiado intensa.

–Creen que tiene unos cuatro meses –continuó ella–. Está vacunado de todo. Si no le encuentran un hogar van a…

–¿Es un cachorro rescatado? –graznó él bajando la vista hacia el animal. Era pequeño, con unos ojos marrones sin fondo que encerraban una gran tristeza. Tenía el pelo negro, pero con mechones de blanco plateado. Era una monada.

–Sí.

Leon se aclaró la garganta.

–¿Tiene nombre?

Ettie negó con la cabeza.

–Tienes que ponerle uno.

Leon no quería hacerlo. No podía.

Un recuerdo surgió con fuerza en él. Muchos años atrás había tenido en brazos un cachorro como aquel. Era pequeño y frágil como ese. Había sido suyo… pero solo durante un breve espacio de tiempo.

Se quedó muy quieto mientras el pasado y el presente se confundían y la realidad de su futuro le impactaba con fuerza. No sabía si sería capaz de hacer aquello. Nada de todo aquello.

–¿Leon? ¿No te gusta?

Él aspiró con fuerza el aire. Por supuesto que le gustaba. ¿Cómo podía ser de otra manera?

–¿Qué ocurre? –le preguntó Ettie con dulzura–. ¿He hecho algo mal?

–No –se apresuró a murmurar él–. No, claro que no.

–Entonces, ¿qué pasa?

Ettie era tan dulce y tan lista que podía ver a través de él. Y Leon no podía soportarlo.

–Nada importante –le espetó. Necesitaba cortarla.

–Si no es importante no pasa nada si me lo cuentas, ¿verdad?

Leon casi sonrió ante la sencillez de su lógica. Pero estaba atrapado y no era capaz de escapar de aquel recuerdo doloroso.

–No creo que quieras oír la lacrimógena historia del pobre niño rico.

–Sí quiero…

–Es lo que es –la interrumpió él–. No puedo cambiarla.

No quería preguntas, no quería recordar. Tenía la boca seca y se sentía demasiado grande para sostener a algo tan pequeño. No quería tenerlo tan cerca. No quería sentir. Necesitaba tiempo para pensar. Pero Ettie seguía mirándolo con aquellos ojos verdemar y no le dejaba pensar.

–Leon…

–Mi vecino me regaló un cachorro –gruñó antes de que ella pudiera decir algo más con aquella voz ronca y dulce–. Pero mi madre se libró de él a las pocas semanas.

–¿Librarse de él? –Ettie frunció el ceño–. No querrás decir…

–Sí, eso quiero decir –afirmó él recordando sin poder evitarlo la desaparición, el silencio y el gran vacío que sintió por dentro–. No estaban interesados en mí. Yo era el hijo que había que tener por convención social. Estaban ocupados con sus carreras profesionales. Sus aventuras. Solo querían un trofeo y un heredero, no al niño real…

Apartó la mirada de Ettie y se fijó en el perrito que se había acurrucado entre sus brazos. Era muy confiado. Pero Leon no había sido capaz de proteger a su primer cachorro.

Aspiró con fuerza el aire. No tendría que haber dicho nada, pero ya había empezado, y la vieja herida emanaba pus.

–Mi madre ya tenía bastante con batallar con un hijo, y, como yo era un niño privilegiado, ella quería asegurarse de educarme en la responsabilidad para que no fuera un mimado.

–¿Para que no fueras un mimado? –repitió Ettie con dulzura.

Leon miró su rostro expresivo y se dio cuenta del momento en que lo entendió.

–¿Así de cruel fue? –preguntó.

Leon no podía soportar la simpatía de su mirada. ¿Por qué le habría dicho nada? Odiaba recordar lo débil que había sido una vez. No quería que nadie volviera a tener aquel poder sobre él nunca más. Ni física ni emocionalmente. Nunca volvería a ser tan vulnerable.

–Leon…

–Yo era extremadamente afortunado –trató de excusarse–. Tuve la mejor educación.

«No muestres debilidad. No admitas nunca un fracaso. Pelea siempre».

–Pero ella te hizo daño. No solo al cachorro, te hizo daño a ti.

Tantas veces y de tantas maneras… Leon se quedó paralizado, pero seguía siendo incapaz de pensar.

Ettie se le acercó más.

–¿Te pegaba?

–Eso habría sido demasiado obvio –las palabras se le escaparon a pesar de que hubiera preferido guardar silencio–. Me obligaba a ducharme con agua helada. Cinco minutos. A recitar ecuaciones, verbos, algún poema. Fuera cual fuera la lección que tenía que aprender, debía decirla en alto una y otra vez. Esas eran algunas de las cosas que hacía…

–Te torturaba.

–Me endurecía –Leon torció el gesto–. Duchas frías, carreras descalzo sobre la escarcha, dos horas encerrado en un armario oscuro si contestaba mal… todo cosas que no dejaban marca física pero que me enseñaban a controlarme. A no llorar. A no mostrar debilidad.

No había rabia. Ni tampoco amor. No había ninguna emoción. Había aprendido a calmarse, a quedarse quieto, a respirar y a pensar. Pero ahora no podía hacer nada de aquello con Ettie

mirándole.

–Funcionó –afirmó Leon negando obcecadamente lo que veía en los ojos de Ettie–. Me hice fuerte. Y sin duda gané independencia. No me apoyaba en nadie para nada.

–¿No podías decírselo a tu padre?

Leon sintió como si le arrancaran el último jirón de corazón.

–Él lo sabía –y no había hecho nada.

–¿No podías contárselo a alguien más?

No había nadie más. Nunca hubo tampoco marcas físicas, pero tenía la sensación de que el anciano vecino de su casa de verano sospechaba algo. Por eso le había dado aquel cachorro. Era el más pequeño de la camada.

Su madre había aceptado el regalo con demasiada rapidez, le había dado falsamente las gracias al vecino. Leon tendría que haberse imaginado que era demasiado bueno para ser verdad. Él tenía que ser un líder, tenía que estar a cargo de todo. La pérdida a la que le sometió su madre era para hacerle más fuerte. El cachorro fue un instrumento para hacerle aprender sobre el dolor y protegerse de los sentimientos.

–Por eso estabas contento de irte al internado –susurró Ettie.

–Fue un alivio –reconoció él–. Pero entonces ella atacó por otras vías. Cuando te repiten algo una y otra vez te lo terminas creyendo, sobre todo si la persona que te lo dice se supone que te protege.

Su madre le había apartado de todo el mundo. Todavía podía escuchar sus palabras:

«Solo quieren ser tus amigos por tu dinero. Quieren utilizarte. Pero tú no has hecho nada para merecer lo que tienes. No te lo mereces».

Leon se dio la vuelta, no quería seguir viendo la expresión consternada de Ettie.

–Mi madre estaba decidida a hacerme lo bastante fuerte como para ocuparme de los desafíos específicos de un imperio multimillonario. Que me convirtiera en el jefe duro y decidido que tenía que ser. Intenté con todas mis fuerzas complacerla.

Complacerlos a los dos, a su padre y a su madre. Lo intentó durante mucho tiempo.

–Finalmente me di cuenta de que nunca lo iba a conseguir. Nada la haría feliz. Así que decidí que no sería el heredero que ellos habían intentado criar con tanto esfuerzo. Pero no descarrilé, eso la habría complacido porque habría demostrado que era tan débil como ella decía. Así que nada de drogas, ni de alcohol, ni de fiestas ni de tríos…

Leon sonrió sin ganas.

–Le di la espalda a mi «deber» y rechacé la herencia que me ofrecían. Nunca trabajaría para su empresa ni me haría cargo de ella. Lo que hice fue trabajar por mi cuenta y ganar más para escupírselo a la cara. Trabajaba todas las vacaciones y me fui de casa un segundo después de cumplir la mayoría de edad.

–Para abrirte camino tú solo.

Se había impulsado hacia la cima de forma incansable. Había corrido grandes riesgos, trabajado horas y horas. Porque no quería ni un céntimo del dinero de sus padres. No quería la «gloria» de manejar su imperio. Después de todo, no se lo merecía, ¿verdad? Así que se construyó el suyo propio.

No los necesitaba. No necesitaba a nadie.

Llevó al cachorro dormido a la caja y vio la cunita que le había comprado. Lo depositó con cuidado allí. ¿Por qué había hablado? Nunca le había contado a nadie aquello. Armándose de valor, Leon se dio la vuelta y vio el rostro de Ettie. Se le puso todo el cuerpo tenso.

–No quiero tu compasión –afirmó con frialdad–. No hay nada que compadecer. Mira todo lo que tengo, todo lo que he logrado.

–¿Sí, eres increíble –susurró ella–. Pero no dejas entrar a nadie.

–¿Por qué iba a hacerlo? –se giró para mirar al perro dormido.

Pero sabía que tenía que hacerlo. Tener un hijo había cambiado las normas del juego. Nunca había querido ser padre, pero iba a serlo y quería que el niño tuviera todo lo que él no tuvo y seguía sin tener. La autosuficiencia era la clave de su existencia, pero era lo bastante humano como para no desearle eso a su propio hijo. Gracias a Dios que el niño tenía a Ettie.

Trató de calmarse, respirar, pensar. Pero el corazón le latía a toda prisa y le dolían los pulmones. Seguía notando mucha tensión en el pecho.

Leon estaba tan quieto que Ettie pensó incluso que no respiraba. Pero cuando se acercó sintió la vibración que salía de su cuerpo. Sintió el esfuerzo que estaba haciendo para contenerse y enterrar todo profundamente. Le habían hecho mucho daño y ella no tenía ni la menor idea. Lo había ocultado muy bien.

Puede que Ettie no tuviera padre, pero tenía una madre que la quería y que al menos deseaba lo mejor para ella. Y tenía a su hermana.

Leon había estado completamente solo. La bruja de su madre no le había permitido siquiera quedarse con el perro. Su padre no le había defendido. Tanto horror le rompía el corazón. Lo habían

tratado como si fuera un proyecto, no una persona. No era de extrañar que fuera tan distante, controlado y desconfiado.

–Leon…

–No.

Ettie sabía que se estaba retirando. Reconstruyendo los muros para volver a dejarla fuera. No podía permitir que eso sucediera.

–No creas que esto lo va a cambiar todo solo porque me has contado unas cuantas cosas –dijo tratando de llegar a él–. Estamos conociéndonos, eso es todo. Eso ayuda a crear confianza.

–¿No hablan las acciones más fuerte que las palabras, Ettie? –afirmó él con sequedad–. ¿No puedes confiar ya en mí? No soy tu padre ni tu ex. Yo no te he abandonado.

Físicamente no. Pero emocionalmente se estaba yendo por la puerta. Y estaba poniendo el foco en ella como ayuda para escapar.

Leon se aclaró la garganta.

–Mira, vas a ser una madre maravillosa, Ettie. Sé que cuidarás de este niño como nadie cuidó jamás de mí. Pero yo solo puedo hacer lo que puedo hacer –frunció el ceño como si le costara trabajo pensar–. Se me da bien tomar el control en una crisis.

Sí. Porque toda su vida había sido una crisis. Había estado atrapado en una lucha eterna por la supervivencia, para vencer, para liberarse.

–Tienes que tomar el control porque nunca has tenido a nadie en quien poder confiar –Ettie le puso una mano en el pecho.

Leon no respondió. La agonía de su mirada, el latido del corazón bajo sus dedos, lo decían todo. No confiaba en nadie. Ettie no podía culparlo; ella misma tenía problemas para confiar. Pero tal vez con el tiempo Leon podría aprender a confiar en ella.

–¿Puedes dejarme el control a mí? –le preguntó con dulzura acariciándole el pecho antes de desabrocharle la camisa–. ¿Por una vez?

Sintió cómo se le ponían tensos los músculos cuando le tocó, vio el brillo de sus ojos.

Ettie se puso de puntillas y le besó la mandíbula, doliéndose por los años de sufrimiento y aislamiento que Leon había tenido que soportar. Él no bajó la barbilla para encontrarse con sus labios.

–No quiero tu compasión –gruñó rígido y enfadado.

–Esto no es compasión, Leon. Esto es que me importas –le sostuvo la mandíbula con una mano–. Se trata de que te abras y me dejes entrar. Déjame entrar –murmuró antes de sostenerle el rostro entre las manos y besarle apasionadamente.

Leon dio un respingo y se despertó de golpe. Había una oscuridad total. A pesar del calor de la mujer que estaba abrazada a él, estaba helado. El corazón le latía como si llevara toda su vida corriendo deprisa. Se había despertado así muchas veces de joven y lo odiaba.

A pesar de la noche de placer que había disfrutado una vez más con Ettie, ahora estaba otra vez metido de lleno en aquel antiguo tormento. Hablar con ella le había despertado pensamientos. Recuerdos. Sensaciones.

«Miedo».

Tendría que haberse callado, resistir su propia y maldita tentación. Pero aquel regalo, la dulzura de Ettie, lo había abierto de cuajo. Ahora intentaba volver a vaciar su mente de nuevo, pero aquellos horribles recuerdos se habían despertado.

Los había mantenido enterrados durante mucho tiempo, había ocultado aquella parte incompleta y oscura de él a todo el mundo. Al vivir solo resultaba sencillo, pero… ¿en el matrimonio?

No quería envenenar a Ettie con aquello. Lamentaba habérselo contado. ¿Quejarse de un castigo, de la soledad? Era tan débil como su madre le había dicho. Lo que necesitaba era volver a recuperar el control.

Se levantó en silencio de la cama para no despertar a Ettie y fue a ver al cachorro. Estaba dormido y parecía calentito en su cama. Leon abrió el ordenador en la sala y trató de trabajar. Pero tenía la mente fragmentada y cuando por fin empezó a amanecer no había avanzado demasiado.

Se dio una ducha en la que permaneció largo rato bajo el agua tratando de relajarse. Sobreviviría al fin de semana, volvería a la cama con ella… pero no había conseguido llegar ni al sábado sin derrumbarse. Tener a Ettie tan cerca le resultaba confuso. Aquellos recuerdos que habían vuelto a la vida le dolían como puñales.

Hizo un esfuerzo. Los había vencido mucho tiempo atrás. Los había desterrado. Y volvería a hacerlo porque ya no era el niño que fue. Tenía control. Sí, tenía el poder. Y haría que aquello funcionara.

Lo había hablado con Ettie, le había dicho mucho más de lo que pretendía. Sin duda ya habría satisfecho por fin su infernal curiosidad, ¿verdad? Así que ya se había terminado y podía dejarlo atrás para siempre.

Reconduciría aquello para que fuera el acuerdo responsable y práctico que tenía que ser.

Leon aspiró con fuerza el aire, cerró la ducha y se dirigió al dormitorio para agarrar unas prendas de ropa. Luego volvió al ordenador. Centrado. Calmado. Preparado.

Pero Ettie entró en la sala una hora más tarde, resplandeciente como un rayo de sol con una sencilla falda vaquera y una camiseta blanca. Una mirada y supo que el control que tanto le había costado recuperar volvía a irse. Cada vez que la miraba era como si aquello que tenía atado fuerte en su interior se aflojara. Pero él no quería liberarlo. Jamás.

–¿Ya estás trabajando? –le preguntó Ettie.

Leon asintió, resistiendo el deseo de tocarla. De volver a usar el sexo como distracción.

–He dado de comer al perro; se ha vuelto a dormir –dijo Leon tras aclararse la garganta–. Luego vamos a dar un paseo con él.

Ettie asintió y se dirigió a la cocina caminando como lo más dulce y sexy que Leon había visto en su vida. Dejó escapar el aire de los pulmones cuando se marchó. Bien, era capaz de resistirse. Un poco.

Oh, ¿a quién estaba tratando de engañar?

Ahora se daba cuenta de la turbadora realidad: Ettie era su debilidad. Su camino hacia la adicción había comenzado y no se había dado ni cuenta porque se sentía muy a gusto con ella. Pero lo que anhelaba era a Ettie. Todo el rato. Y no podía utilizarla de aquella manera, como si fuera su opio personal. Tenía que retroceder. La noche anterior había perdido el control y se había dejado llevar por un puro deseo egoísta.

Se negaba a estar constantemente alrededor de ella. Sí, se acostarían juntos e iban a tener un bebé, pero Leon se recompondría adecuadamente y recordaría a ambos que aquello no era más que un acuerdo empresarial. Y nunca sería otra cosa.

Capítulo 10

ETTIE se sintió muy aliviada cuando por fin llegó el lunes. El fin de semana no había estado mal: Leon y ella pasearon al cachorro, visitaron los mercadillos callejeros, vieron una película en lugar de ir al concierto… lo que ella eligió. Leon la llevó a cenar a otro restaurante maravilloso a las afueras de la ciudad, como si estuviera decidido a que fueran una pareja normal, aunque con experiencias de lujo. Sabía que Leon quería que aquello funcionara y sabía que sería leal. Tenía la marca del honor y el deber grabada a fuego. También tenía todo lo demás: sentido del humor, atractivo, y una situación financiera envidiable. Y era muy atento, siempre se aseguraba de que Ettie tuviera todo lo que necesitaba.

Casi todo lo que necesitaba.

No hubo más sexo desatado en el suelo, en la cocina, en la sala… de hecho, no se volvieron a tocar hasta que cayó la oscuridad. Pero entonces…

Se habían unido con una intensidad sin palabras de la que ninguno de los dos había hablado después. Ni el sábado ni el domingo. Pero en ambas noches, aquella pasión salvaje y sin contener se había desatado. El genio estaba completamente fuera de la botella ahora. Leon la había hecho gemir y temblar, la había dejado en carne viva y había gemido con ella, cabalgándola con fuerza. Una y otra vez.

Se agarraron el uno al otro en la oscuridad casi locos de deseo. Ninguno de los dos se saciaba del otro y ninguno lo negaba. Hasta que salía el sol. Entonces regresaban a aquel estilo de vida bellamente dispuesto o desayunaban en un café de moda, daban un paseo por el parque… pero no hablaban ni discutían de nada profundo. Y por eso Ettie se sentía aliviada ante la perspectiva de volver a trabajar. Necesitaba tiempo alejada de Leon para poder pensar. Porque había algo que no terminaba de encajar, y menos después del momento tan profundo que vivieron el viernes por la noche.

Ettie se puso el uniforme y se cepilló el pelo, preparada para enfrentarse a su primer día en su nuevo puesto.

–Toma –Leon estaba en la cocina vestido con un traje de chaqueta gris y con una expresión más distante que nunca–. Algo para tu primer día como directora.

Ettie agarró la bonita cartera que Leon deslizó por la encimera hacia ella. Vio la insignia de oro y contuvo el aliento. No era una cartera de mercadillo, era cuero auténtico de una marca de lujo.

–No tenías que…

–Mira dentro –Leon le dio un sorbo a su taza de café y la observó.

Ettie se sintió de pronto nerviosa porque la mirada de Leon estaba especialmente oscura aquella mañana. El brillo ámbar había desaparecido. Buscó la cajita delgada que había dentro. Apretó los labios y abrió la tapa.

Era un bolígrafo, pero no un bolígrafo cualquiera. Se veía en la inconfundible estrella blanca de la caperuza y en el hilo de oro.

–Leon…

–Ahora no tendrás que robarme los míos –dirigió la mirada hacia su cabello–. Puedes sostenerte el pelo con él.

Ettie sacudió la cabeza.

–Me daría miedo perderlo –sabía que costaba mucho dinero. Y era precioso, femenino y perfecto. Pero no sabía si sería capaz de seguir aceptando aquel tipo de regalos.

–Bueno –Leon posó la taza de café con cierta fuerza–. Puedes usarlo para firmar el contrato que está en la carpeta.

–¿Qué contrato?

–Cuanto antes esté firmado, antes podré organizar las cuentas.

¿Cuentas? Ettie volvió a mirar en el interior de la cartera de cuero con cierta sensación de mal presagio y sacó una carpeta de gomas. La abrió y vio varias páginas. Se quedó paralizada al leer el título: era un acuerdo prematrimonial entre Leon y ella. Su «acuerdo» en toda su horrible gloria.

–Necesitaré tiempo para leerlo bien –murmuró sintiéndose algo mareada cuando vio la lista de números: «remuneración». Se había olvidado de su «trato» durante el fin de semana. Había estado demasiado ocupada intentando derribar otra vez sus defensas como hizo el viernes por la noche. Demasiado ocupada tratando de recuperar su equilibrio interior. Y había fallado en las dos cosas.

Leon apretó los labios.

–Claro. Me lo puedes devolver más tarde.

Ettie frunció el ceño mientras observaba una página con más

atención… la lista de sus «beneficios».

–Esta asignación mensual… ¿es para hacer la compra?

–No, es tu asignación personal.

¡Pero era más de lo que cobraba por su trabajo en Cavendish House! Alzó la vista para mirarle.

–Necesitas ropa y cosas…

Ettie sintió cómo le subía la furia y Leon guardó silencio al ver la expresión de sus ojos. Sí, sabía que se sentía insultada. Pero lo peor era que Ettie sabía que lo había hecho deliberadamente para provocar aquella reacción en ella. Bueno, pues había funcionado.

–¿Y obtengo una bonificación anual por cada año que siga casada contigo? –murmuró ella sin apenas poder contener la rabia.

Leon volvió a llevarse la taza de café a los labios.

–¿Crees que voy a responder a ese tipo de incentivo económico?

–Bueno, todo el mundo lo hace, ¿no? –preguntó él con frialdad.

¿Después de cómo se había abierto completamente a él? ¿Después de lo que habían compartido el viernes por la noche? El dolor se apoderó de ella en forma de violenta oleada. Pero fue seguida al instante por una profunda resignación… y arrepentimiento. Porque Ettie recordó que ya había respondido a su incentivo económico. Aquella era la razón por la que accedió a casarse con él en primera instancia. Aquello era el doloroso recordatorio de aquella realidad… escrito en letra impresa.

Volvió a guardar las páginas en la carpeta y las metió en la cartera junto con el bolígrafo.

–Será mejor que me vaya ya, no quiero llegar tarde al trabajo.

–Te llevo.

–No hace falta –Ettie se giró y le dedicó una enorme sonrisa al salir de la sala–. Me encanta andar.

Para su alivio, y también para su tristeza, Leon no la siguió. Ettie aspiró con fuerza el aire y emprendió camino hacia Cavendish House. Estaba horrorizada.

Pero ¿por qué tenía que enfadarse? ¿No debería tomarse aquello como la oportunidad financiera que era? Le ofrecía todo lo que podía desear.

Porque aquello no era lo que Leon quería de verdad. No con ella.

Había corrido la cortina, le había contado su vida y se arrepentía. Fingía que no era así y no mostraba ninguna emoción, pero Ettie sabía que el remordimiento lo carcomía por dentro, había sentido cómo se retiraba mientras trataba de reconstruir los muros que consideraba debilitados. Ettie mantuvo la esperanza durante

todo el fin de semana, pero Leon no volvió a abrirse. Lo que hizo fue centrarse en ella como si estuviera decidido a hacerla feliz, como si entretenerla fuera otro trabajo para él. A pesar de la intimidad compartida, la distancia que Ettie había sentido entre ellos no se había salvado. Y sabía que el esfuerzo que estaba haciendo Leon no podía sostenerse en el tiempo. Si era difícil para él ahora, no se podía imaginar cómo iba a funcionar en el futuro.

Y mientras tanto Leon había estado ocupado, ¿verdad? Trabajando en aquel contrato aséptico que los encerraba a ambos en un matrimonio estrictamente basado en motivos económicos.

Y pensar que Ettie había pensado durante un instante que podrían ser algo más. Y pensar que había tenido la fantasía del «y fueron felices para siempre», que con el tiempo…

Una sola mirada a aquel contrato le bastó para saber que no había posibilidades. El remordimiento de Leon arrasaba con todo. Si no estuviera tan herida sentiría lástima por él. ¿De verdad la tenía en tan bajo concepto? ¿Creía que aceptaría dinero para que su matrimonio durara mes a mes?

Nunca se había sentido tan expuesta e insegura en toda su vida. Ni cuando le dieron el diagnóstico a su madre ni cuando su ex le mandó un mensaje de texto para decirle que cancelaba la boda. Nada comparado con la inseguridad que sentía ahora. El corazón le latía con fuerza mientras se dirigía deprisa al trabajo. Y ahora tenía que mantener la mentira delante de sus amigos, actuar como si estuviera emocionada, enamorada y todo eso… cuando lo único que quería era echarse a llorar.

«Trabaja. Sé como Leon».

Tenía que hacerlo. No podía permitir que aquel contrato arruinara también su carrera. Había trabajado demasiado duro para ello. Solo necesitaba tiempo para pensar en qué iba a hacer a continuación con Leon. Pero eso tendría que ser más tarde.

Así que sonrió con decisión cuando Joel le sostuvo la puerta de la conserjería abierta al llegar y cuando le hizo una reverencia.

–Para –intentó reírse.

–Ahora eres la jefa. Tengo que inclinarme ante ti.

–Ettie –Jess se levantó de la silla donde obviamente estaba esperando su llegada–. Deberías oír lo que están contando de ti –se le acercó y le tomó la mano. Los ojos se le salieron de las órbitas al ver la esmeralda rodeada de diamantes–. ¡Dios mío, es verdad! ¡Cuánto me alegro por ti! –Jess le dio un abrazo gigante–. Cuando te desmayaste y te subió en brazos al ático fue lo más romántico que he visto en mi vida.

Ettie ocultó la cara en el rostro de su amiga. Las felicitaciones de Jess eran sinceras, pero ella se sentía incómoda. Su compromiso no tenía nada de romántico, no era más que un acuerdo empresarial con beneficios.

–Y has trabajado muy duro, así que te mereces el ascenso –murmuró Joel con voz algo ronca.

–Está contento porque a él también lo han ascendido –bromeó Jess mirando a su compañero–. Te mereces la felicidad, Ettie.

Ettie parpadeó para contener las lágrimas. Suspiró y sonrió mientras Joel y Jess salían de la oficina para ponerse a trabajar. Sería capaz de contenerse. Solo eran las hormonas, el cansancio y el horror de aquel espantoso acuerdo en el que no podía pensar en aquel momento…

La mañana transcurrió deprisa porque había mucho que hacer. Pero, cuando había empezado a seguir el ritmo, alguien la llamó al mostrador.

–¡Hola!

A Ettie le empezaron a temblar las piernas.

–¿Ophelia?

–¡Sí! –su hermana corrió a abrazarla y empezó a dar saltitos al mismo tiempo.

–¿Qué haces aquí? ¿Va todo bien? –a Ettie le latía el corazón con fuerza.

–Todo va de maravilla.

Ophelia se echó un poco hacia atrás y Ettie la miró. Su hermana, que era más alta que ella, estaba espectacular incluso con aquella chaqueta de segunda mano un poco descolorida. Tenía un brillante pelo castaño y la piel y la sonrisa rezumaban salud.

–Estoy en Londres para un torneo de debate. No te he avisado porque no sabía si habría tiempo de venir a verte. Solo tengo una hora antes de volver para la siguiente ronda. Me he escapado –Ophelia se rio–. Estoy muy emocionada. No podía venir a Londres y no verte.

–Ven a la oficina –Ettie se mordió el labio inferior y guio a su hermana hacia un espacio privado.

Había llamado a Ophelia el viernes a la hora de comer, después de ir a buscar al perro al refugio. Le había contado lo de Leon y el bebé y casi todo.

Pero no todo. Nunca le podría contar a su hermana el acuerdo al que había llegado con Leon. No le explicaría los pormenores.

–¿Está él aquí? –preguntó Ophelia en cuanto se cerró la puerta. Los ojos le brillaban tanto que Ettie no pudo sostenerle la mirada.

–No, está en su despacho. Tiene reuniones –en aquel momento, Ettie se alegró mucho de que Leon ya no estuviera en Cavendish House.

–¿Cuándo le voy a conocer? –Ophelia se puso de puntillas–. Lo estoy deseando.

Ettie sintió como si el ácido le quemara la garganta. Aquello era mucho peor que mentir a Jess y a Joel.

–Es un hombre muy ocupado.

–Tienes que venir a verme y traerlo. ¡Por favor! Tienes que venir pronto.

Ettie asintió. Pero no quería que Ophelia lo conociera. No quería que aquello se volviera demasiado real.

–¿Qué ocurre? –Ophelia hizo una pausa con un pequeño ceño en la frente.

–Nada, solo que… ha sido una sorpresa verte –Ettie impostó una gran sonrisa, pero estaban muy cerca. Demasiado cerca, y en aquel momento Ophelia podía ver a través de ella. Así que tenía que actuar como si todo fuera perfecto.

–¿Una sorpresa buena o una sorpresa mala?

–Buena… pero si te metes en líos por haberte escapado del debate no estaré contenta.

Ophelia sonrió, pero seguía mirándola con atención.

–¿Lo amas, Ettie?

Ettie sintió que se le cerraba la garganta. No podía responder a aquella pregunta. No podía respondérsela ni a sí misma. Pero el rostro se le sonrojó.

–¿Estás contenta? –la sonrisa de Ophelia era tan dulce, tan cariñosa, tan preocupada…

Aquel era el momento de mentir. Pero no le salía la voz. Asintió con la cabeza mientras le resbalaba una lágrima.

–Estoy preocupada, Ettie –dijo su hermana abrazándola.

–Son las hormonas, estoy bien –graznó ella antes de reírse para disimular–. De verdad, estoy bien. Ven, tomemos un chocolate caliente.

Media hora más tarde se despidió de su hermana con un beso y la vio entrar en un taxi para regresar a su debate. Ettie se quedó en la acera mirando hasta que el taxi dobló la esquina, aliviada de que solo hubiera sido una visita fugaz. Tendría que haber sido una alegría, pero en cambio fue más duro de lo que nunca se pudo imaginar. No podía mentir a su hermana más de los pocos minutos que la había visto ahora. Desde luego, no podía mentirle el resto de su vida. Ni tampoco a su hijo. Ni a sí misma.

Sintió una punzada en el corazón.

Tendría que estar contenta por el ascenso en el trabajo y por lo demás, pero no lo estaba. Se sentía atrapada y cada vez le daba más miedo que su corazón fuera prisionero de Leon. Tenía que haber otra manera. No podía vivir en aquella mentira.

–¿Estás bien, Ettie?

Se giró y vio a Joel en la acera a su lado mirándola con preocupación.

–Estoy bien, Joel, gracias. Solo iba a dar un paseo.

Necesitaba tiempo para pensar en cómo iban a funcionar las cosas. Todavía no sabía cuál era la respuesta, pero algo tenía que cambiar. Caminó por las calles y vio la estación a lo lejos. Se subió al tren en piloto automático y dejó que la familiar ruta la tranquilizara. No tenía intención de ir allí, pero cuando llegó supo que era lo que necesitaba.

Su apartamento estaba más frío de lo normal. Casi vacío. Leon había enviado a unos profesionales, porque todas sus cosas estaban en cajas. Miró al alféizar de la ventana. Ni siquiera sus hierbas la necesitaban ya. Se habían muerto tras estar varios días descuidadas. Pero aquel era su hogar, y en él había sido sincera. Y feliz. Necesitaba volver a ser sincera y recuperar el control. Había dejado que Leon lo decidiera todo hasta ahora. En su momento estaba cansada, abrumada y confundida. Pero ahora no. Y sabía lo que tenía que hacer.

No podía firmar el contrato. No podía estar con él. No podía vivir aquella mentira el resto de su vida.

La destrozaría lentamente y no podía hacerse eso a sí misma. Porque la respuesta inmediata e intuitiva a la pregunta de Ophelia le llegó con fuerza.

«Sí, lo amaba».

Se había enamorado de Leon. Se había enamorado de un hombre que no la amaba. Una vez más.

Pero no era como con su ex. A él nunca lo había amado. No sabía lo que era el amor hasta que conoció a Leon. Ni el amor, ni el deseo, ni la risa ni la auténtica camaradería… durante un instante tuvo un destello de lo que podría haber sido si él la amara también.

Se miró la esmeralda del dedo. Era preciosa, pero no tenía corazón. Se quitó el anillo y lo puso sobre la mesa antes de acurrucarse en el viejo sofá. Necesitaba pensar en cómo iba a poder vivir con Leon pero sin tenerle como quería tenerlo. Y de pronto se sintió tan cansada y tan triste que cerró los ojos y se evadió.

La llamada a la puerta una hora más tarde la sobresaltó. Puso el

ojo en la mirilla y se asombró todavía más.

–¿Qué haces aquí? –dio un paso atrás para dejar pasar a Leon y se tiró nerviosa de la camisa al ver su expresión seria.

–Joel me llamó. Estaba preocupado por ti.

–¿Por qué? ¿Y cómo supiste dónde encontrarme?

–Me lo imaginé al ver que te habías dejado el móvil en Cavendish –dijo Leon con tono gélido–. Joel dijo que Ophelia ha venido a visitarte. ¿Está bien?

–Sí, está fenomenal.

–Me alegro.

Ettie apretó los labios. No parecía contento.

–Siento haberte preocupado –murmuró.

Leon no respondió. Había visto el anillo en la mesa y no levantó la mirada de él.

–No voy a firmar el contrato, Leon –le espetó incapaz de seguir ocultándole su dolor–. No espero que pagues los gastos de Ophelia. Nunca debí aceptar esa propuesta. Puedo conseguirlo de otra manera.

–¿Qué estás diciendo, Ettie? –se le había congelado la expresión.

Ella apretó los puños y trató de mantener la compostura.

–He permitido que tomaras tú las decisiones. Todo sucedió muy deprisa y yo no me encontraba bien… nos dejamos llevar por el tsunami del pánico, pero hay cosas que no son necesarias.

–¿Que no son necesarias? –repitió Leon girándose para mirarla con dureza–. Estás embarazada, Ettie.

–Me has puesto la vida del revés –confesó Ettie frustrada alzando las manos–. Todo ha sido muy rápido y no he tenido tiempo de analizar las cosas. Tú no quieres casarte conmigo, y yo tampoco contigo.

Leon guardó silencio.

–No quieres casarte conmigo, Leon –repitió ella con tono más suave–. Es una decisión calculada que crees que debes tomar, pero no tienes por qué. No puedo vivir una mentira el resto de mis días, no puedo fingir que soy feliz cuando no lo soy.

–No le has dado a esto ni una semana –Leon estaba pálido.

–¿No es mejor darse cuenta del error cuanto antes?

–O tal vez deberías darnos más tiempo. Tal vez yo me haya estado esforzando demasiado, pero tú te estás rajando a las primeras de cambio. Te han traicionado en el pasado y estás dejando que tus miedos se interpongan en un futuro perfecto. Crees que voy a abandonarte –añadió él con frialdad–. Y por eso te marchas antes de que pueda hacerlo.

Aquella acusación le partió el corazón.
–No puedo hacer esto –susurró Ettie–. No puedo casarme contigo.
Ella era su opción por defecto. Estaban obligados por el destino de un preservativo en mal estado. Sí, Leon le ofrecía seguridad para el bebé. Al niño no le faltaría de nada y tendría el amor de su padre y de su madre.
–Eres un buen hombre, Leon, ¿vale? –dijo con voz temblorosa–. Has ganado el premio al honor. Eres un hombre que da un paso adelante y hace lo correcto. Pero no hace falta que lo lleves tan lejos. No puedo casarme contigo. No puedo vivir contigo. Y, desde luego, no puedo firmar ese horrible contrato y recibir dinero por estar contigo. Podemos encontrar un acuerdo mejor.
Él la miró fijamente.
–¿Estás diciendo que no quieres acostarte conmigo más?
–Solo estamos juntos por el bebé.
–¿Cómo puedes decir eso si soy incapaz de mantener las manos alejadas de ti? –gruñó Leon.
Ettie apretó los dientes.
–Eso es solo sexo. Y, sinceramente, lo estamos usando para envolver los pedazos rotos de este acuerdo.
–¿Qué estás diciendo? –preguntó Leon boquiabierto–. ¿Estás quejándote de nuestra vida sexual?
–La utilizas para evitar la intimidad emocional.
Leon se quedó paralizado.
–¿Y tú para qué la usas?
Ettie no podía responder a aquello. Sencillamente, no podía.
Leon la miró fijamente.
–Le das importancia a recuerdos que no son para tanto.
–¿Que no son para tanto? ¿No crees que impactan en cómo hemos elegido vivir tanto tú como yo? –Ettie se le acercó más temblando de emoción, consciente de pronto de lo importante que era ser sincera en aquel momento–. Sí, me han hecho daño y no quiero que me lo vuelvan a hacer –reconoció–. Y, si me quedo contigo, sufriré. He intentado tratar esto como un acuerdo, pero no puedo. No soy como tú, no puedo mantener mis emociones «bajo control». Y no quiero hacerlo.
Aspiró con fuerza el aire y se forzó a sí misma a terminar.
–Trabajaremos juntos para cuidar del bebé, pero no estaría bien que estuviéramos juntos en una relación vacía. No puedo seguir acostándome contigo, Leon. Me está destruyendo –le dolía mucho decir aquello, pero tenía que hacerlo–. Te mereces mucho más que

esta… fachada. Te mereces amor. Y yo también.

–¿Amor? –se burló él–. Eso no existe. Es una tontería de los cuentos de hadas y las películas. Lo que existe es la realidad y las cosas prácticas. Está el deseo y están los contratos.

Aquello le daba completamente la razón a Ettie. Porque para ella sí había amor. Lo sentía por él. Estaba deseando entregarle todo lo que estuviera en su mano, pero Leon no sentía lo mismo. Se hizo fuerte para resistir la dolorosa intensidad de su rechazo.

«Esta es la decisión correcta, Ettie. Lo es».

Leon se quedó mirando la expresión de Ettie en el silencio que se creó a continuación. Sintió una punzada de arrepentimiento y de dolor en el vientre. No tendría que haber dicho aquello. No tendría que haber destrozado sus sueños con su gélida realidad. Ettie no se lo merecía. Pero debía ser sincero con ella.

Se aclaró la garganta.

–Podemos hacer que esto funcione, Ettie. Lo conseguiremos.

–Sí –ella asintió secamente–. Pero no a tu manera. Puede que tú estés dispuesto a conformarte, pero yo no. Yo sí creo en ese tipo de amor, Leon –alzó la vista para mirarle. Sus ojos reflejaban una gran emoción, y también mucha dignidad. No había lágrimas en ellos, solo determinación–. Me he enamorado de ti. Por eso no puedo quedarme a tu lado ni puedo casarme contigo.

Él se la quedó mirando y sintió como si le hubieran electrocutado el cerebro.

–¿Cómo es posible que esto te sorprenda? –le preguntó Ettie sacudiendo la cabeza–. ¿Cómo no iba a enamorarme de ti? Pero tú no me quieres, y no pasa nada.

–No estás enamorada de mí –le espetó él automáticamente.

Lo estaba confundiendo con la gratitud. Había sido la primera persona que había hecho cosas por ella, sin traicionarla ni abandonarla. Y Ettie tenía tan poca experiencia sexual que no se daba cuenta de que solo era placer físico.

–Es el estilo de vida –afirmó con brusquedad.

Ahora los ojos de Ettie despedían chispas… de rabia.

–Yo no me enamoro de las cosas, Leon. Me insultas. Tu contrato me insulta. Te seguiría amando aunque fueras pobre y vivieras en una caja de cartón. Que pensaras que necesito alguna recompensa por estar contigo… –sacudió la cabeza.

Leon volvió a sentir aquella punzada que le quemaba por dentro, pero rechazó lo que ella estaba diciendo.

La expresión de Ettie se endureció ante su silencio.

–No vas a negar mis sentimientos ni mis deseos. No vas a tomar

tú todas las decisiones –aspiró con fuerza el aire–. Ya que conoces todos mis secretos, por qué no este también. Creo que me enamoré de ti la primera noche. Pero tú no sientes lo mismo. Tú intentas hacer lo correcto, pero es mucho pedirte. Está claro que no quieres porque no puedes soportar la idea de revelar nada de ti mismo y no confías en mí más de cinco minutos. Y entiendo la razón, de verdad que sí. No deberías tener que abrirte con alguien que no te importa. Pero no niegues lo que para mí es verdad. Ya es lo bastante doloroso. No quieres tener una intimidad emocional conmigo. Bien, no la tengas. Pero entonces tampoco tendrás la física. Yo no puedo separar ambas cosas como haces tú.

Ettie no le quería. Podía negarlo y seguiría haciéndolo.

–Apenas me conoces.

–Sé todo lo que necesito saber. Uno es lo que hace. Y tú actúas con lealtad. Eres amable y divertido. Decidido. Obcecado hasta el punto de… –Ettie se interrumpió porque le costaba trabajo respirar.

Y, sin embargo, no había sido suficiente, ¿verdad? Él le había dado todo lo que pudo y seguía sin ser suficiente.

–No tienes por qué sentirte mal –añadió Ettie mirándole con los ojos entornados–. No tienes que seguir fingiendo. Puedes buscar a otra persona.

¿Era eso lo que ella quería?

–Qué generoso por tu parte, Ettie –afirmó él con sarcasmo–. No le has dado a esto ni media oportunidad. Dices que me quieres, pero puedes irte así sin más –chasqueó los dedos con rabia–. No parece un amor muy fuerte.

Ella palideció.

–También me quiero a mí misma. Me merezco ese ascenso en el trabajo. Merezco la maravillosa vida sexual que me has mostrado que puedo tener. Tú eres quien me ha enseñado que me merezco más. No a esperar menos o conformarme con algo peor. Y te lo agradezco. Pero ahora tengo que protegerme –alzó la barbilla–. Tú no me amas.

–Esa no es la cuestión.

–Sí lo es.

Leon estaba tan furioso que no podía seguir mirándola. Miró a su alrededor y vio que las hierbas del alféizar se habían convertido en una colección de hojas mustias en las macetas. Sin la presencia y el cuidado de Ettie no habían sobrevivido. No podía ser de otra manera.

Diablos, tenía que salir de allí antes de perder completamente el control.

–Al menos puedo alojarte –dijo con frialdad–. No aquí –agarró el anillo de la mesa. Le quemaba en la mano y se lo guardó en el bolsillo. Se dirigió a toda prisa a la puerta, tenía que salir de allí antes de hacer o decir algo de lo que pudiera arrepentirse–. Me pondré en contacto contigo para llegar a un nuevo acuerdo.

Capítulo 11

AMOR? ¿Ettie quería amor? Leon vivía en un estado perpetuo de frustración. Pasaba de la furia a la ira y viceversa todo el rato.

Debería dejarla ir. Dejar que se quedara en su horrible y enano apartamento. Que se quedara sola y triste, si aquello era lo que quería hacer. Leon encantado de volver a tener la casa para él solo, ¿no?

Pero recorrió el espacio vacío y grande hasta que el cachorro se cansó de seguirle los pasos. Leon se dejó caer en el sofá y tomó al perro en brazos. Se hizo una bola al instante en su regazo y empezó a roncar.

Leon no tenía aquel respiro. Había hecho todo lo que pudo por Ettie. Le había dado una casa mucho mejor. Había cuidado de su salud y la había liberado de su carga económica, reconociendo además su valía en el trabajo. ¿Qué más quería?

Pero no lo había hecho todo.

Eso le repetía su voz interior una y otra vez. Pasó de susurro a un mayor volumen hasta que no dejaba de sonar en su cabeza. Ettie había dejado un gran vacío.

Era por el bebé, ¿verdad? Solo por el bebé, razonó. Se estaba llevando a su hijo. Y con aquella certeza la rabia regresó con toda su fuerza. Protestó por dentro contra su egoísmo.

A Leon le habían dicho muchas veces que la gente solo quería cosas de él, sobre todo dinero y acceso a privilegios. Y había resultado ser cierto en el pasado con mucha frecuencia. Pero no en esa ocasión.

Le había dado todo a Ettie. Al menos, todo lo que resultaba fácil dar: dinero, éxito, su hogar. Lo más difícil era lo que estaba escondido. Lo que él mismo no quería mirar. La seguridad que Ettie buscaba no era económica. Lo que necesitaba era emocional. Y eso era imposible. Él no creía en el amor. No sabía siquiera lo que era. Y, sin embargo, cada día que pasaba aumentaba aquella sensación de vacío. Y no era por el bebé.

Odiaba pensar que estuviera sola. Odiaba recordar sus palabras. Pero se le repetían incesantemente en la cabeza.

«Te amo, Leon».

Era la primera vez que alguien le había dicho eso de verdad. Sabía hasta lo más profundo que Ettie lo creía de verdad. Apenas le conocía, pero se creía sus propias palabras. Él no fue capaz. Y tenía razón, porque, un instante después, Ettie las retiró al rechazar todo lo que él le ofrecía. Al rechazarlo a él. No le quería lo suficiente para quedarse. Ni siquiera quería su maldito dinero. Estaba decidida a ser independiente, y todo por… ¿porque Leon no era capaz de llorar por su pasado, de abrirse a ella, de amarla?

¿Acaso no entendía que no sabía cómo hacerlo?

Así que Leon hizo lo que siempre hacía: luchó por recuperar el control. Se aisló. Trabajó de sol a sol. Y evitó cualquier contacto con Cavendish House. Era el equipo de Ettie, y entendía su lealtad.

También entendía que Ettie necesitaba ser amada. Por eso trabajaba para todo el mundo, quería afecto. No se daba cuenta de que toda aquella gente la quería sin necesidad de que tuviera que trabajárselo, sino por la persona que era: brillante, generosa, animosa, entusiasta…

Y él había sido lo bastante estúpido para decirle que no creía en el amor.

Leon se sentó en el suelo de su casa y le acarició las orejas al cachorro. Finalmente tuvo que admitir que era un cobarde. Peor todavía, era un imbécil. No había aceptado lo que ella le ofrecía. Ni siquiera había querido reconocer la verdad que había en sus palabras.

La mañana del cuarto día ya no pudo seguir soportándolo. El aislamiento había ido creciendo cada segundo y ahora se había convertido en dolor físico. Y ahí fue cuando se dio cuenta: lo que sentía no era rabia. Era dolor.

Un dolor profundo e incurable. Era muy vulnerable. Ettie le había arrancado las capas de protección y luego le había golpeado fuerte.

Cerró los ojos y se apoyó contra la fría ventana para mirar el impecable jardín. Ettie le había dado un pequeño atisbo de algo que nunca se imaginó que pudiera ser real. Cuando le dijo que estaba enamorada de él tuvo la visión de una familia llena de diversión, risa y pasión. Una familia unida. El tipo de familia que él nunca tuvo. En su infancia no había sinceridad, ni risas ni amor. Solo estaba la crueldad de su madre. Y, cuando Leon trató de hablar con su padre, él se cerró. Hizo caso omiso de su verdad. Lo silenció.

Pero ¿acaso no le había hecho Leon exactamente lo mismo a Ettie? ¿No se había cerrado, impidiendo todo contacto? Se había negado a reconocer siquiera el problema, así que mucho menos intentó resolverlo.

Él la había silenciado, pero Ettie nunca hizo lo mismo. Le había dejado hablar. Había querido que hablara más. No le había juzgado por sus palabras, simplemente lo había aceptado.

Leon sintió cómo le subía la bilis. No quería ser como su padre. Y, desde luego, se negaba en rotundo a ser como su madre. ¿Por qué había pensado que las cosas que quería aquella mujer eran las correctas?

«No muestres nunca debilidad. Ni rabia. Ni miedo. Ni lágrimas. Ni risas».

Ettie era la que tenía razón. Expresar emociones no era lo mismo que perder el control sobre las mismas. Y además, ¿qué pasaría si perdía el control? ¿Qué era lo peor que podría pasar? Lo peor ya había pasado.

Ettie le había dejado.

Y ahora estaba solo en aquella casa, aislado y encerrado en el dolor emocional del pasado. Creía que había terminado, que estaba libre del dolor. Pero no era cierto. El nudo que tenía por dentro se liberó por fin. Y dolía mucho. Pero él no sería un padre ausente para su hijo, ni física ni emocionalmente. Tenía que hacer un esfuerzo porque no quería que su hijo fuera como él. Leon miró hacia el jardín y se dio cuenta de la asombrosa verdad.

Haría cualquier cosa por proteger a su hijo, pero lo que resultaba todavía más increíble, maravilloso y aterrador, era que se había enamorado completamente de su madre. No era solo el contacto físico, sino todo lo que ella era. Su sonrisa había puesto una chispa en su vida. Solo deseaba poner su corazón roto en sus manos y estar con ella. Y cuidarla en todos los sentidos.

Pero para recuperarla tenía que abrirse de un modo que se había jurado a sí mismo que nunca haría. La tristeza lo impulsaría hacia delante. No había alternativa.

Capítulo 12

ERA EL día de la mudanza.

Ettie miró a su alrededor. No habían cambiado muchas cosas en su apartamento desde que dejó a Leon y volvió a vivir sola.

Él había mantenido el contacto como prometió, pero solo a través del papeleo. Documentación formal y fría en la que le ofrecía un apartamento en Cavendish House para facilitarle a Ettie el trabajo y para estar más cerca de casa de Leon. No importaba lo lejos o cerca que él estuviera, seguía rompiéndole el corazón, pero no podía vivir bajo el mismo techo que él, no podía seguir acostándose a su lado, y eso sería lo que ocurriría si se quedaba en su casa.

Leon no la amaba. Ningún hombre la había amado. Ni su padre, ni su ex ni Leon.

«Céntrate, Ettie». La camioneta de la mudanza llegaría en cinco minutos.

Llamaron a la puerta. Ettie echó un vistazo por la mirilla. El hombre tenía la gorra muy calada, pero se leía el logotipo de la empresa de mudanzas. Llegaba pronto.

Abrió la puerta, pero no era el encargado de las mudanzas. Era el mismísimo Leon.

Ettie se lo quedó mirando con la boca abierta. Nunca lo había visto con vaqueros y camiseta, y le quedaban de maravilla. Apretó los puños y la mandíbula, furiosa por la reacción que experimentaba siempre que lo veía.

–Quiero ayudarte, Ettie –dijo él sin más preámbulos.

Incapaz de hablar, ella asintió y se echó a un lado para que pudiera pasar. Tenía que ser fuerte.

Leon llevaba una bandeja que no había visto por la mirilla.

–Te he traído esto.

Tres plantas en unas macetas muy bonitas. Hierbas frescas para reemplazar a las que habían muerto.

–Un regalo para tu nuevo apartamento –le explicó él al ver que

guardaba silencio–. Me he dado cuenta de que las otras no sobrevivieron a tu ausencia.

Por supuesto. Se daba cuenta de todo. Incluso había acertado exactamente con las hierbas: tomillo, cebollino y albahaca. Ettie sintió una punzada en el corazón, pero era una ofrenda de paz y podría ser lo bastante adulta como para aceptarla, ¿no?

–Gracias –dijo algo incómoda poniendo las plantas en la vieja mesa de comedor.

Leon no agarró ninguna de las cajas que había embaladas. Lo que hizo fue mirarla a ella con expresión más seria que nunca.

–Lo siento –dijo de pronto en medio del tenso silencio.

¿Para eso había ido, para ofrecerle una disculpa? Ettie sintió que se le volvía a abrir la herida del corazón, que se le llenaba otra vez de dolor y decepción. Debería agradecer el gesto, pero no estaba preparada todavía para ser solo su amiga.

Parpadeó rápidamente y trató de recomponerse lo bastante como para ofrecerle una sonrisa educada. ¿Cargaría ahora con las cajas? Pero Leon estaba allí de pie, completamente quieto y con una expresión indescifrable.

–Yo no sé lo que es el amor, Ettie. Solo sé lo que no es, y no podía permitirme hacerte eso. Por eso pensé que debía dejarte ir. Nunca quise que fueras desgraciada.

Sí, sabía que no había querido hacerle daño. Solo había tratado de hacer lo correcto. Y ahora, ¿podía por favor agarrar una caja?

–Ettie, por favor. Mírame.

Se lo pidió con tanta dulzura que no se pudo resistir. Aquel era el problema: no creía que pudiera resistirse a él. Todavía no estaba preparada para aquello.

–Leon…

–No, déjame terminar. Qué diablos, empezar. Lo estoy liando todo –se pasó una mano por el pelo con gesto frustrado–. He tardado un poco en darme cuenta de que no me estabas rechazando. Creías que hacías lo correcto para mí. Para el bebé. Y para ti. Porque querías más de lo que yo te estaba ofreciendo. Tenías razón para querer más.

No el dinero ni el estilo de vida ni la seguridad. No, ella quería algo más precioso de él.

–Siempre he sido reacio a compartir el espacio con nadie, a compartir a secas. No sabía cómo hacerlo.

Estaba de pie muy quieto, pero Ettie se fijó en el tenue temblor de sus dedos mientras esperaba. No hubiera podido hablar ni aunque lo intentara.

–Tengo esa casa tan grande porque me hacía sentir libre. Pensé que allí apenas seríamos conscientes el uno de la presencia del otro, pero te las arreglaste para llenar todo el espacio –dijo–. En su momento no lo sabía, pero nunca en mi vida he estado tan asustado como los días en los que viviste conmigo. Y luego te fuiste.

Leon dejó escapar un largo y doloroso suspiro.

–Y ahora por fin he entendido qué me daba tanto miedo. Era que te fueras –hizo una pausa–. Tenerte conmigo fue como un sueño, y no quería despertarme y descubrir que no estabas.

Ettie no podía moverse, no podía abrir la boca, ni siquiera soltar el gemido que le iba creciendo en el pecho. Le dolía mucho, por ella y por Leon.

–No reconocí lo que sentía –dijo él–. No lo sabía, Ettie. No lo había sentido nunca antes –se acercó más a ella. Los ojos le echaban chispas–. Tenías razón. Me escondí en el sexo. Tenía esta necesidad de estar más cerca de ti. Me acuerdo del primer día. Nadie me había intrigado nunca tanto. Eras apasionada, dulce y amable. Pero el caso es que haces cosas maravillosas por todo el mundo y yo no me consideraba especial…

–No me acuesto con todo el mundo –le interrumpió ella con aspereza.

–Lo sé –murmuró Leon encogiéndose de hombros–. Te deslizaste bajo mi armadura sin que yo supiera siquiera que tenía armadura. Y luego me sentí vulnerable. No me gusta eso, Ettie. La incertidumbre es horrible –aspiró con fuerza el aire–. El problema es que no sé cómo darte lo que tengo aquí –se llevo un puño al pecho–. Lo único que tenía claro era que quería que fueras libre y feliz, que volaras y tuvieras todo lo que nunca tuviste… hasta hace unos días no me detuve a preguntarme por qué quería todo eso para ti, pero ahora lo veo claro. Te deseaba lo mejor porque me he enamorado de ti. Quería que lo tuvieras todo.

–Yo solo te quería a ti –Ettie tenía un nudo tan grande en la garganta que apenas podía hablar–. Desde aquella primera noche eso es lo único que he querido. A ti.

La expresión del rostro de Leon derrumbó sus defensas. Parecía dividido entre la ternura y el miedo.

–Te amo, y no voy a dejar de amarte –a Ettie le tembló la voz–. Pero…

–Crees que estoy aquí por el bebé –Leon la miró y fue consciente de su vulnerabilidad, de sus propios miedos–. No. Nuestro futuro quedó sellado en el momento en el que puse mi mirada en ti. Una noche no fue bastante, nunca podría serlo. Pero trabajabas para mí

y eras tímida, y yo estaba procesando cómo solucionar la situación cuando supimos que estabas embarazada. Eso lo cambió todo y creo que me limité a continuar en modo automático. El instinto me decía lo que tenía que suceder y lo que yo de verdad quería… y eres tú. Toda tú y todo el amor que tienes para dar –hizo una pausa. Tenía la voz tirante–. Soy muy ambicioso, Ettie. Te quiero en mi vida. No quiero dejarte ir. No voy a dejarte ir. Y me niego a lamentar las circunstancias que nos han vuelto a unir. Estoy deseando conocer a nuestro bebé. Te amo –sacudió la cabeza mientras lo repetía entre dientes.

Ella le puso un dedo en los labios para detenerlo.

–Te mereces tener todo el amor –los ojos se le humedecieron.

–Pero ¿cómo te lo puedo demostrar? ¿Cómo puedo hacerte feliz?

Que reconociera aquello, que le dejara ver su vulnerabilidad, la conmovió más que ninguna otra cosa.

Ettie sacudió la cabeza.

–No tienes que hacer nada más que ser tú. Escucharme, reírte conmigo, amarme. No es compasión, es comprensión.

Leon la miró con tanta intensidad a los ojos que parecía que estuviera bebiéndose sus palabras tratando desesperadamente de entender, de creer…

–Ni siquiera eres consciente de lo que haces –murmuró Ettie maravillada–. ¿Por qué crees que me enamoré de ti? Te miré y sentí deseo. Aunque pensaba que eras un bruto sin corazón a punto de condenar a Toby no podía evitar sentir aquel tirón físico. Pero me enamoré de ti aquella noche porque me dejaste ver tu sonrisa, me dejaste entrar lo suficiente para reírte conmigo, y eso fue mágico. Eras divertido, inteligente y sabías lo que necesitaba antes de que yo misma me diera cuenta. Me veías. Sabes cómo cuidar, Leon. Es algo innato en ti.

La emoción de sus ojos la derritió por dentro.

–También eras un mandón –no pudo evitar bromear.

Él tampoco ocultó la sonrisa.

–¿Quieres decir que no soy perfecto?

–Eso sería muy aburrido –Ettie le tomó la mandíbula y vio la tensión reflejada en sus ojos–. Habla conmigo. De todo. De nada. No necesito grandes gestos, Leon, ni citas elegantes. Son las cosas cotidianas lo que se te da muy bien –señaló hacia las hierbas–. ¿Ves? Te das cuenta de las cosas. Te importa.

Leon frunció el ceño e hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

–Eso ha sido solo…

–Cortés –le interrumpió ella–. Lo has hecho porque estabas pensando en mí.

–Pienso en ti todo el rato –murmuró Leon con voz ronca.

Ettie se quedó muy quieta y en aquel momento terminó por completo de creerle. Había sido la declaración más sencilla y sentida que había oído jamás.

–¿Por qué lloras? –Leon la estrechó contra su pecho mientras ella sollozaba.

–Porque soy feliz –Ettie se agarró a él, necesitaba sentir su calor y su fuerza–. Te amo, Leon.

–Yo también te amo –la acunó suavemente, acariciándole la espalda con la mano mientras ella lloraba los días de soledad y de tristeza–. Lo quiero todo contigo: risas, amor, bebés, mascotas.

Ella se rio entre lágrimas y le abrazó con más fuerza.

–Tú también tenías razón –le dijo con dulzura–. Yo tenía miedo de ir a por lo que quería, de volver a equivocarme… así que hui. Ha sido horrible. Lo único que quería era estar contigo y tenía miedo de que no me quisieras.

Leon se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó algo brillante y pequeño.

–¿Es demasiado pronto para poner esto en su sitio?

Ettie se quedó mirando el anillo y luego volvió a clavar la vista en él. El corazón le latía con fuerza.

–Siempre podemos comprar otro si este no te gusta, pero lo elegí porque me pareció que la esmeralda tiene el color de tus ojos… seguramente no te diste cuenta –Leon guardó silencio.

Ettie se le acercó y le puso la mano en el pecho para sentirle el corazón.

–Sí me di cuenta –susurró.

–¿Sí? –a Leon se le iluminó la cara.

Con el pecho rebosante de felicidad, Ettie alzó la mano para que pudiera volver a deslizarle el anillo.

–¿Te quieres casar conmigo, Ettie Roberts? –le preguntó con voz temblorosa.

–Sí –susurró ella mirándole a los ojos–. El anillo es precioso –y ahora tenía corazón, ahora brillaba todavía más que antes.

–Esto es real, Ettie –le prometió Leon con voz ronca–. Es para siempre.

Bañada en amor, Ettie entrelazó los dedos con los suyos.

–Vamos a casa –sugirió Leon–. Tomillo se estará preguntando dónde estamos.

–¿Le has llamado Tomillo al cachorro? –Ettie se apoyó contra él

y se rio con una alegría contagiosa.

–Sí. Vamos a casa con él.

Juntos.